

Biici

Ble

Dente

HISTORIAS DE VIDA Y BIELAS

¡Bici...ble-mente!

Historias de vida y bielas



Lizandro Penagos Cortés

lpenagos@uao.edu.co - lipeco06@yahoo.com



Edición original ©2024

ISBN: 978-628-01-4102-2



Diseño portada: Angie Tatiana Hernández


Diseño y diagramación: Angie Tatiana Hernández

Corrección de estilo: Fransinet Betancourt Pacheco

Edición: 15/12 Editores

Cali, Valle del Cauca

Este libro no podrá ser publicado en todo o en parte, por ningún medio impreso o de reproducción sin permiso escrito del titular del copyright.



BiCi

Ble

Dente

HISTORIAS DE VIDA Y BIELAS

15/12

Dedicatoria

Para todos los que con devoción se suben a una bicicleta
y buscan una de las mayores satisfacciones en la vida:
llegar a algún lugar impulsado por el esfuerzo propio.

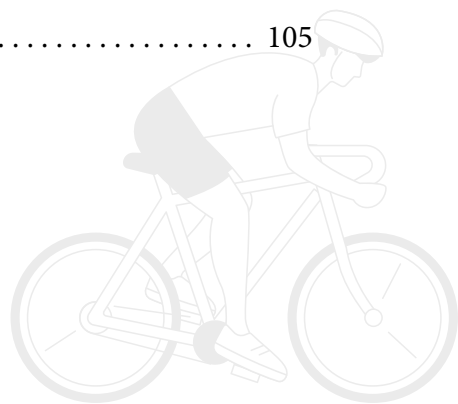
Epígrafe

Porque he andado los caminos y conozco el desafío
comprobé que todo pasa porque tiene una razón.
Cuando a veces nos cegamos fue que no quisimos ver
y el porqué de equivocarnos casi siempre es aprender.
Como locos damos vueltas en la rueda de la vida
sin siquiera darnos cuenta que uno mismo es quien la gira.

Uno mismo – Tony Vega

CONTENIDO

Bicicleta: una realidad y muchas vidas Prólogo.....	11
¡Bici...ble-mente! Introducción.....	17
Jarlinson Pantano Gómez El 'Pantano' de Jarlinson.....	25
Jan Alexis Viveros Mina "Una locura que me cura todo".....	41
Edwin Zúñiga Restrepo "Yo soy el milagro".....	55
Ana Paola Madriñán Villegas El problema es no haber sido paisa.....	73
Juan Carlos Torres Mercado "Yo siento que estoy completo".....	91
Remberto Jaramillo Romero "El campeón necesita todo y eso incluye suerte".....	105

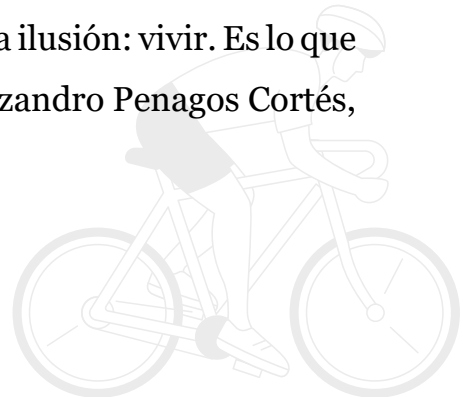


Alejandro Vargas Salas	
Polvo de los caminos	121
Yady Vanessa Fernández Bravo	
¡Sorprende el tamaño de su sonrisa!	135
Juan José Betancourt Quiroga	
Bronce en Tokio e ilusión dorada en París	153
Libardo Victoria Chaves	
La bicicleta como inspiración artística	169
Jorge Alberto Martínez	
Cuando la muerte también madruga.	185

BICICLETA: UNA REALIDAD Y MUCHAS VIDAS

El ciclismo, ese deporte del que los colombianos se sienten orgullosos por las victorias de sus nacionales en las mejores carreras del mundo –y en las menos conocidas también–, hace que la vida de muchas personas cambie absolutamente. No parece tan real, pero sí, es una verdad inobjetable y en este libro que está ahora entre sus manos, se ratifica no como una simple revelación sino como un auténtico homenaje a once titanes (bueno, nueve y dos titánidas), la mayoría de ellos desconocidos.

También parece increíble que un aparato que en esencia no ha cambiado desde su invención en términos estructurales básicos, con platos y piñones, dos ruedas, que se sostiene por un marco y que le da dirección un manubrio sea el ‘causante’ del cambio de existencias humanas, de nuevos rumbos, de la condensación real de una esperanza y la consolidación de una ilusión: vivir. Es lo que han hecho los once perfilados aquí por Lizandro Penagos Cortés,



personas convertidas en personajes por sus increíbles historias de superación sobre una bicicleta y la pluma entre periodística y literaria del autor.

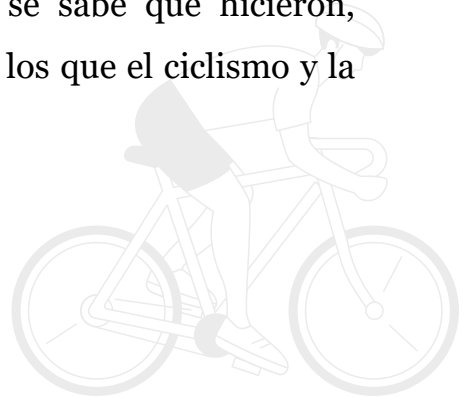
Ese elemento clave en la vida y que hace parte del mundo. Ese aparato que la gente utiliza para transportarse, hacer deporte o para trabajar, ha sido el causante de múltiples emociones. Y no sólo hablamos de las que generan las victorias de nuestros escarabajos en el pedalismo de Europa –a quienes los amantes del ciclismo tienen en un pedestal–, sino también de positivas variaciones en la vida de héroes anónimos de los que Penagos logra extraer la esencia plena. Por supuesto, se destaca lo positivo, pero también esas sombras ocultas en vidas complejas y conmovedoras.

Salvo los textos de Jarlinson Pantano y Paola Madriñán –y acaso el de Remberto Jaramillo– los protagonistas de este trabajo periodístico adobado con literatura y una investigación minuciosa, son gente del común, los llamados de a pie, seres humanos que ‘enrollan cadena’ sin saber que con cada metro que devoran y con cada meta que alcanzan y superan, van transformando, escribiendo y contando su propia historia,

algunas con ribetes verdaderamente increíbles. A través del perfil como género el texto logra picos emocionales sorprendentes y escenas memorables, con problemas que son de la gente común y soluciones que son de los ungidos por la gracia divina.

También aborda personajes y datos anexos al ciclismo profesional y su historia; bloques temporales asociados a los espacios geográficos y puntos de vista donde resulta esencial la combinación de la narración con la descripción y el diálogo con los protagonistas. Esas personas que a diario se montan en la bici son un mundo aparte, un cuento diferente, una realidad unida al artefacto, pero con otras filosofías y resultados. Si bien es cierto que cada uno de nosotros es una historia y cada persona es un mundo; en el ciclismo, cada recorrido es una nueva emoción y para algunos, literalmente la posibilidad de seguir viviendo. Son once razones para vivir y leer con deleite.

Los relatos casi míticos de Egan Bernal, Nairo Quintana, Luis, Herrera, Fabio Parra, Martín Ramírez y Martín Emilio “Cochise” Rodríguez, –para citar sólo algunos de los pedalistas más importantes del país–, son conocidos, se sabe qué hicieron, quiénes son; pero hay colombianos para los que el ciclismo y la



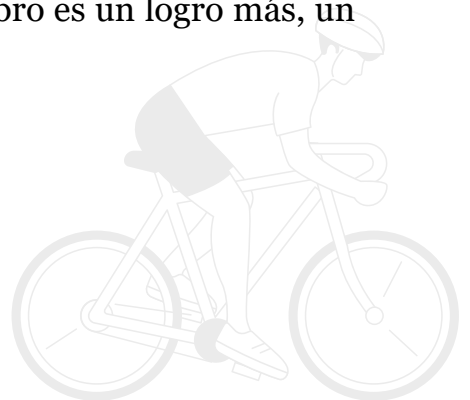
bicicleta han sido determinantes en su vida y sin la que ya no serían iguales, son personas que no son famosas, poco reconocidas y nombradas, pero protagonistas de historias asombrosas. Cada una de ellas encierra un mensaje de superación y resiliencia, de valor y pundonor para enfrentar a la desgracia.

Egan casi se muere, casi queda en una silla de ruedas tras el accidente del 24 de enero del 2022. Nairo, de niño, también tuvo su enfermedad, la del ‘difunto’, como se le conoce. Parra vivió un problema de Guillain-Barré, algo que casi que lo obliga a irse del ciclismo, claro, son hombres cuyas historias le han dado la vuelta al mundo. Sin embargo, hay otras personas que no tienen nombres rutilantes, colombianos que también han sufrido inconvenientes serios, enfermedades o accidentes graves, pero de los que casi nadie habla –más allá de familiares y amigos– porque no se conocen. Y son unas historias duras, fuertes, de admirar, y esa es la temática de Biciblemente. Historias de vida y bielas, este libro de Lizandro Penagos Cortés, un hombre serio, afortunado por amar la escritura y picado por el bicho del deporte, quien confiesa que poco sabe de ciclismo.

Pero él es un ejemplo más para decir que no hay que ser un experto en la materia para consignar en varios capítulos cómo las bielas, los pedales y unas ruedas han sacado del túnel a sus practicantes. A hombres y mujeres que de alguna manera tocaron fondo físico o espiritual y tras montarse en una bicicleta conocieron otro mundo y salieron adelante. Pocos saben (pero ya lo sabrán) quién es Jan Alexis Viveros Mina, Juan Carlos Torres Mercado, Alejandro Vargas Salas o Yady Vanessa Fernández Bravo, seres humanos que también han tenido a la bicicleta como su mejor aliada para sacar la cabeza, cuando el agua ya está en el cuello.

Lizandro se ha dado a la tarea de reconstruir sus historias, algunas más fuertes que otras, pero todas con una característica que las unifica: son un ejemplo de tenacidad, de gallardía, de honestidad deportiva, de valor inigualable, de ganas de superar las adversidades y las piedras en el camino que pone la vida.

La mayoría de ellos estuvieron en los ‘dolorosos’ y con la bicicleta llegaron a conocer los ‘gloriosos’, como se dice en ella jerga católica. (Dios seguramente está del lado de los ciclistas, porque ellos saben lo que es un calvario). Este libro es un logro más, un



¡BICI...BLE MENTE!

aporte a la pobre literatura deportiva y del ciclismo que hay en el país, pero lo que más se puede destacar es el empeño de su autor, quien quiere mostrar que Colombia no sólo vive de Egan, Nairo y los demás y que hay mucho más que Egan, Nairo y los demás en la ‘clandestinidad’. Y que, si bien no han logrado sus victorias o hazañas, sí han podido levantarse después de haber caído, como lo hicieron ellos.

¡Buena esa, tocayo!

Pongan pues sus cronómetros en cero y comiencen esta rodada que los llevará del terreno llano de la cotidianidad a la cumbre de vidas increíbles.

Lisandro Rengifo

Periodista de *El Tiempo*

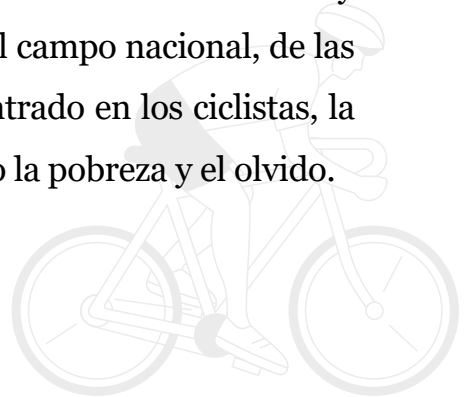
Autor del libro *Colombia en el Tour (2024)*

¡BICI...BLE-MENTE!

*“Cuando la vida se ponga cuesta arriba,
ponle plato pequeño y piñón grande”.*

Proverbio ciclista

A sí como reconocimos nuestro país en la década del 50, así como la nación reconquistó Europa en la del 80, así mismo, hoy se redescubre la vida en cada pedaleo por cuenta de una práctica convertida en estilo de vida, más allá de una moda que fue alternativa de libertad en pandemia. Las hazañas de nuestros ciclistas por las carreteras destapadas y polvorientas de un país eminente rural que apenas se asomaba al pavimento y al asfalto; las proezas de unos muchachos campesinos que a punta de coraje, panela y bocadillo veleño se encumbraron en las tres grandes carreras europeas a clavar la tricolor nacional; así mismo, un ejército anónimo de ciclistas recreativos ha redescubierto una afición y hermosos parajes de nuestra geografía, del campo nacional, de las zonas rurales, cuyos habitantes han encontrado en los ciclistas, la ruta para generar ingresos y paliar un poco la pobreza y el olvido.

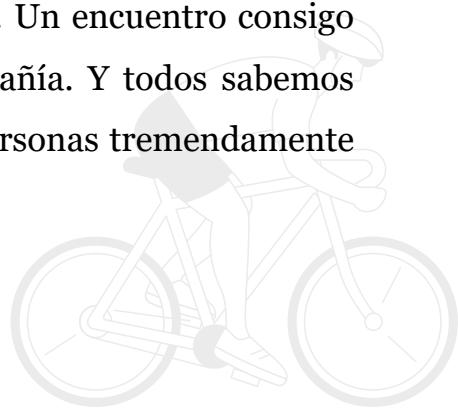


En las ciudades la dinamización del sector también corre por su cuenta y el comercio que gira en torno de la bicicleta y los ciclistas, asciende cual escarabajo alentado por el pundonor. Claro que se especula, por supuesto, hoy es más caro algún implemento que hace algunos años, pero es producto de esta fiebre, de este virus de la vida que se expande, así a muchos les cause escozor la frase y su mentor. Montar en bicicleta es un pequeño intervalo de felicidad en medio de una vida deliberadamente dedicada a producir. Bueno, debe decirse, tan pequeño como usted quiera, decida o pueda. La adicción a la bicicleta –como toda práctica adictiva–, es muy costosa, de placeres momentáneos y esa sensación de vacío que lo llena todo cuando termina, cuando se regresa a casa. La diferencia, es que en este caso el efecto no se acaba. Abarca todos los sentidos y allí radica la sujeción a esta maravillosa necesidad.

En el ciclismo hay que ensayar a ser joven siempre. Sin embargo, no se trata de la negación del inexorable paso del tiempo, ni del impacto irremediable de los años sobre los organismos. Tampoco la absurda penuria mental de no aceptar que la vejez es una etapa de la vida que debe asumirse como un verdadero privilegio. No. Es una cuestión más de fondo. Una actitud consciente de las limitaciones que solemos imponernos cuando trazamos límites en la vida. Los años pasan, es cierto, lo grave es que nos sentemos a ver cómo pasan y cómo nos aplastan, como la rueda implacable a

la que le cantara Frankie Ruiz. En la bicicleta no va sólo un ciclista, va una vida representada en cualquiera de los roles que asumimos, una persona que sin importar los años ensaya a ser joven. Es decir, experimenta, aprende, estimula y expresa su libertad, la disfruta. En suma, intenta desplegar toda su capacidad física y mental.

Las frases motivacionales, en el ciclismo recreativo y en el profesional, abundan como los vistosos uniformes en todas las carreteras y caminos de la patria. Tal vez la más mercantilizada sea la de Albert Einstein, que versa sobre el equilibrio y la constancia en la bicicleta y en la vida: “La vida es como montar en bicicleta. Para mantener el equilibrio hay que seguir pedaleando”. Ya la he visto en afiches y en la sala de hogares de biciaficionados. O aquella selectiva que reconoce con cierta curiosidad, que sobre la bicicleta uno es al mismo tiempo el motor y el piloto. Lo cierto es que pensar sobre la bicicleta debería considerarse una nueva forma de meditación, una estrategia de limpieza mental que desintoxica el cuerpo y el espíritu. Por encima de las evidentes ventajas físicas, rodar es pensar sin ataduras y respirar para henchir el cerebro y no sólo los pulmones. Se puede salir en grupo, pero este es un ejercicio solitario. Un encuentro consigo mismo. Un disfrutar de la propia compañía. Y todos sabemos que quienes se afligen en soledad son personas tremendamente aburridoras y vacías.

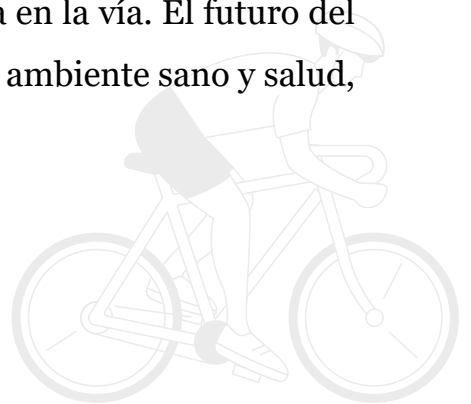


Dice mi tío Antonio, un ciclista de 75 años que ha pedaleado la mitad de su vida y se ve cincuenta años más joven que quien escribe, que los ciclistas se dividen entre los que se han caído y los que se van a caer. Muy apocalíptico, pero habla desde su experiencia. Una y otra vez se ha bajado diferente de la burra y ha besado el asfalto. No se rinde. Ya ni siquiera baja la cabeza para ver su pedaleo o la relación que lleva. Lo hace para respirar y seguir adelante. Dosifica su fuerza a partir de la fortaleza de su mente. De eso se trata mijo, maneje un ritmo de acuerdo con sus posibilidades, que el entreno va haciendo lo suyo. Me gusta más la montaña, le digo. El reto de subir y el placer de bajar son dos delicias en una y aplica para la vida tío querido. Él se ríe y me cambia el tema. Quiere regalarme un uniforme. Yo esclavo y amo de la cicla, pero digno, me niego la mitad. Con bicicletero sí, pero sin camiseta ceñida, cual *body* estrangulador. Empatamos.

Todas las subidas están llenas de bicicletas que pasean la libertad de sus dueños. Como si los llevaran de la mano, atados a la esperanza, halados con el hilo invisible de sus expectativas y posibilidades. Las montañas y sus paisajes son un deleite visual, una simbiosis de la naturaleza que debe descifrarse y un premio que se recoge de a poco en la medida en la que avanza el ascenso. Se mira hacia el futuro, hacia adelante; pero se clava la mirada en el presente, en

el camino. El plan, en cambio, es un interminable horizonte. Un espacio que no marca diferencias. Un recorrido donde se llega más lejos y más rápido, pero tal vez no más feliz. Todo lo que pueda hacer cualquiera no resulta tan gratificante. Y de nuevo, aplica para todo en la vida. Es una cuestión lúdica, de gusto. Pararse en los pedales es derrumbar las imposibilidades frente a la montaña, vaciarse de amor llenándose de silencio mientras se pedalea.

Aquí crece la afición recreativa, pero no se desarrolla la bicicleta como medio de transporte habitual. Hay todavía una especie de resistencia al que en Países Bajos es el principal medio de transporte. Ámsterdam, la capital, tiene más bicicletas que habitantes y más ciclorrutas que cualquier otra ciudad en el mundo. De hecho, la prioridad en los cruces la tienen los ciclistas. Y hay muchas modalidades. Los niños pedalean en una especie de trencito bicicleta para ir a la escuela. Las parejas, los ejecutivos, los jóvenes, los viejos, todos pedalean por convicción. Aquí a lo sumo los obreros, los trabajadores de la rusa, por física necesidad. Y los biciafiebrados. Nos falta infraestructura y política pública de estímulo. Y protección al ciclista, mucha protección. Ojalá nunca sientan indiferencia por un ciclista en la vía. El futuro del mundo entero en términos de movilidad, ambiente sano y salud, dependerá de la bicicleta.



¡BICI...BLE MENTE!

Todas las personas aquí perfiladas –y por cuenta de sus historias de vida convertidas en personajes– encontraron en la bicicleta una razón para vivir, para transformar la vida o simplemente para recuperarla. Sólo uno la perdió haciendo una de las cosas que más le gustaba en la vida: montar en bicicleta. Ojalá después de conocer estas historias, cada vez que vea a un ciclista: respete y valore aún más la vida y la vía.



JARLINSON PANTANO GÓMEZ

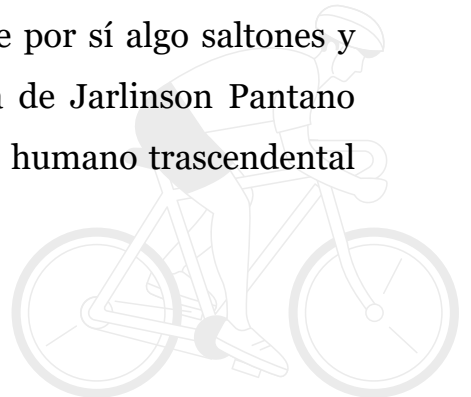
De la fama al señalamiento y la victimización

EL 'PANTANO' DE JARLINSON

*Miro al cielo y veo una nube blanca que está pasando
Miro a la tierra y veo una multitud que está caminando.*

Jesús Cristo – Roberto Carlos

Tal vez Dios ha sido generoso con este hombre que no se lo quita ni un segundo de la boca, lo menciona a toda hora y le agradece con una piedad admirable el haberle dado mucho más de lo que con fe le había pedido en la vida desde pequeño, cuando asistía a la escuela de su barrio y luego, en el bachillerato, al Colegio San Pedro Claver; pero el diablo –que es puerco y degenerado, según el refranero popular– pone en sus labios una frase demoledora e impía: “Hoy me arrepiento de no haberlos matado”. Y lo dice como una exhalación, como si se quitara de encima un peso insoportable, como si una súbita descarga de adrenalina le agitara la respiración, le aumentara el ritmo cardiaco y le dilatara un poco más sus ojos, ya de por sí algo saltones y rebosantes de viveza. Porque en la vida de Jarlinson Pantano Gómez, como en la de cualquier otro ser humano trascendental



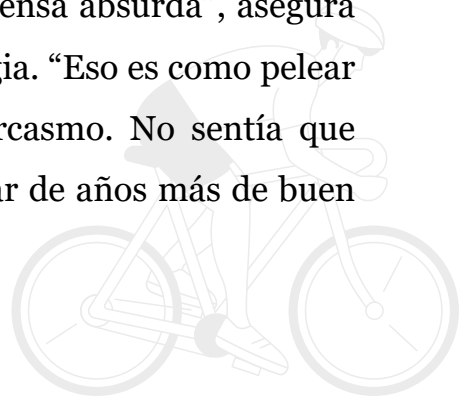
y con carácter, se entrelazan los sueños y las tragedias, la pasión y los abandonos y, por supuesto, en su trasegar deportivo, los triunfos y las dificultades.

“A mí me van a recordar por tres cosas en la vida: por ganarme una etapa en el Tour de Francia, por la acusación de *doping* y porque los ladrones me desocuparon dos veces la tienda”, sentencia como si fuera el vidente de una profecía lapidaria. “Este es un país desagradecido”, puntualiza. Resumen. Frente a la primera, fue la etapa 15 (Bourg-en-Bresse–Culoz) en 2016, a la que se le suman dos segundos puestos en etapa, tercero en la montaña y joven revelación del Tour ese año. Nada mal para alguien cuyo techo era sólo correr la carrera más importante del mundo en bicicleta. De cara al dopaje, la notificación de la UCI (Unión Ciclista Internacional) con resultado analítico adverso por eritropoyetina¹, le llegó justo mientras ardía uno de los emblemas religiosos y culturales de Francia y del mundo: la Catedral de Notre Dame en París, el 15 de abril de 2019. Y la tercera, pues en este caso no es la vencida sino lo perdido, y el contexto de la frase sobre el arrepentimiento, aludida arriba.

¹La eritropoyetina, factor estimulante eritropoyético, hemopoyetina o simplemente EPO, o sus similares –como el fármaco rHuEPO (eritropoyetina recombinante humana)– está prohibido en el deporte por considerarlo como método de dopaje. La EPO aumenta la masa eritrocitaria (elevando el hematocrito y también la hemoglobina), lo que permite una mejor oxigenación y rendimiento en actividades aeróbicas y de resistencia. Su suministro es vía intravenosa o subcutánea, no hay otra forma.

Detonado inicialmente por la presentación de una reforma tributaria y otra a la educación superior, y acentuado por la pandemia del COVID-19, el 21 de noviembre de 2019 eclosionó el estallido social (Paro Nacional #21N), una bomba de manifestaciones multifactoriales donde confluyó lo mejor y lo peor de la sociedad colombiana. Un río revuelto y caudaloso de inconformidad y de protestas, de vandalismo y de violencia, de soñadores y de sensatos, de policías y de ladrones; una marea de sangre, sudor y lágrimas cuyo efecto más devastador pareciera ser hoy la polarización exacerbada del país; y en Cali –epicentro ideológico del fenómeno– el entierro del civismo por el que fuera reconocida la ciudad y un desconocimiento de la autoridad, la ley y los principios que rigen la convivencia. Y allí estaba Jarlinson, como en una contrarreloj, arrancando de nuevo, aunque no de cero.

Tras el dictamen de la UCI, este muchacho nacido en el barrio La Independencia, cerca de Puerto Resistencia en la comuna 11 de Cali, el 19 de noviembre de 1988, no le pidió perdón a nadie. “Soy inocente, no tengo de que arrepentirme y no apelé la decisión porque con mi esposa acordamos no gastarnos el dinero que con tanto esfuerzo había logrado, en una defensa absurda”, asegura sin ningún asomo de vergüenza o nostalgia. “Eso es como pelear con la Policía”, agrega con un gran sarcasmo. No sentía que fuera a obtener más victorias, sólo un par de años más de buen



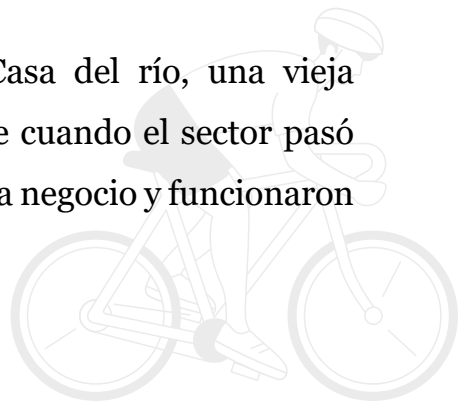
contrato. Entonces desechó el qué dirán, no pidió peritaje y montó un almacén de bicicletas, La tienda de Pantano, porque es de lo que sabe, no de ferretería, ni de tornillos o de cualquier otro negocio donde resultaría ‘tumbado’. Sólo de bicicletas, es su mundo desde los 12 años, cuando su papá José Gabriel Pantano –un ciclista aficionado– lo montó con mucha precaución en esta preciosa vacaloca. No lo dejaba entrenar tanto cuando era chico. El negocio iba bien, en medio de los obstáculos que supone un emprendimiento.

Pero una noche aciaga del estallido social, que para él fue “estallido criminal”, los vándalos le saquearon el almacén. A él, que postuló su nombre al Concejo de Cali en 2019, que viene del barrio, de una clase social pobre y luchadora, que ha hecho trabajo social con niños. A él, que llegó a pensar en el suicidio cuando el mundo se le vino al piso, cuando lo bajaron del podio del ciclismo profesional, cuando se detuvo el reloj para seguir acumulando unos pesos y mejorar su calidad de vida y asegurar el futuro de su familia. A él, que fue criticado y condenado, porque a nadie inyectan sin que se dé cuenta. A él, que se encerró, que lloró, que lo superó todo por sus dos hijos. A él, al que muchos le dieron la espalda, pero la mayoría le reconoció su condición humana, por encima de la deportiva. A él, que le consiguió empleo a uno de los cinco delincuentes que lo robaron y éste no aceptó, porque

dos millones doscientos era muy poquito sueldo. A él, que le volvieron a desocupar el almacén una segunda vez y alguien le ofreció matarlos, que debe pesar más en la conciencia que poner un arma en las manos para perpetrar la ejecución.

Por supuesto, no lo hizo, es difícil pasar de empuñar un manubrio a una pistola. O decidir acabar con la vida de otro ser humano, siendo fiel creyente de Dios. Aunque en un país tan convulsionado como Colombia varios ciclistas se han visto envueltos en negocios turbios y han terminado muertos a balazos, acribillados en ajustes de cuentas o en cualquiera de las vueltas de nuestra espiral de violencia (Alfonso Flórez, Juan Carlos Castillo, Gonzalo Marín, Marcos Wilches, Ricardo Zea, Elkín Darío Rincón). Con la rabia el ser humano se convierte más rápido en homicida y decir que hoy se arrepiente de no haber asesinado a quienes lo dejaron con los brazos cruzados y le arrebataron buena parte de su patrimonio, de sus ahorros, tal vez no sea más que una forma de vengar simbólicamente la afrenta o una advertencia vedada a la vida para que no le vuelva a pasar. O la ratificación en su sentir y pensar del viejo refrán: “Al que obra bien, le va bien”.

Hoy La tienda de Pantano, ocupa la Casa del río, una vieja mansión esquinera en Ciudad Jardín que cuando el sector pasó de exclusivo a comercial fue adecuada para negocio y funcionaron

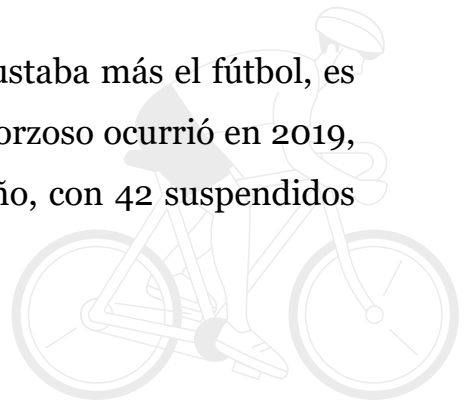


allí la Casa de la cerveza, una *boutique* y un restaurante de comida mexicana. Con un CAI (Centro de Atención Inmediata) de la Policía y el río Lili como guardianes, un anexo del almacén es el Café Pantano, un espacio para el deleite del paladar y punto de encuentro de ciclistas recreativos, de cierto nivel o poder adquisitivo. El sector ya no es residencial, pero no ha dejado de ser exclusivo, lo confirman negocios vecinos como el almacén de la diseñadora Silvia Tcherassi o el restaurante de comida de mar Martín Pescador. Jarlinson –cuya imagen en los días de gloria está congelada en fotografías de gran formato en los inmensos ventanales traslúcidos–, lo defiende y asegura que hay precios para todo el mundo. Es un tipo amable y buen conversador, inteligente –con racionalidad sensible o sentipensante, como decía Miguel de Unamuno– y convincente. Tiene 35 años, pero parece más joven. Ha subido 10 kilos desde que se retiró y ahora monta bicicleta sólo cuando en realidad se le antoja, menos los fines de semana que son sagrados para dedicárselos a su esposa Yesenia Narváez (la mente sagaz detrás de las inversiones de las finanzas familiares y la que le reprocha su gusto por la música popular) y a sus hijos, Jerónimo y Maximiliano, de 12 y cinco años respectivamente.

Juan Carlos Conde, exasistente técnico del Deportivo Cali, egresado de la Escuela Nacional de Deporte, vecino y amigo de Jarlinson, lo considera junto a Luis H. Díaz, “el mejor ciclista

vallecaucano de todos los tiempos y se constituye en un referente de rectitud y honestidad”, y remata diciendo que es un gran trabajador, una buena persona y un ser humano excepcional. Entretanto, para Álvaro Mejía, exciclista profesional y mejor joven del Tour de Francia 1991, médico egresado de la Universidad de Manizales-Caldas, la mayoría de colombianos que corren Europa están limpios y cada temporada pasan los controles, “pero en un campo de trigo puede haber una mala hierba”, aseguró refiriéndose a Pantano con una metáfora bucólica y letal. La cuestión tiene mucho más de fondo, Paola Madriñán, la mejor ciclista caleña en la historia, es menos afilada y más realista pues considera que, en el ciclismo masculino competitivo de alto nivel, los hombres son llevados al extremo: “Uno sabe que, con carreras de tres, casi cuatro semanas y etapas tan largas, el desgaste es brutal. Todos van ‘carburados’, como un carro de carreras: los hematocritos deben ir aquí, la hemoglobina acá. La ayuda va a hasta los límites del dopaje”. Y eso lo saben todos los que ruedan, que la ruleta rusa del dopaje está agazapada en cada pedalazo, en cada ascenso, detrás de cada curva de la carrera que envenena el ambiente y los organismos, pero arroja resultados.

Jarlinson debutó en 2007 –de niño le gustaba más el fútbol, es hincha del América de Cali– y su retiro forzoso ocurrió en 2019, fueron 12 años de carrera. Ese mismo año, con 42 suspendidos

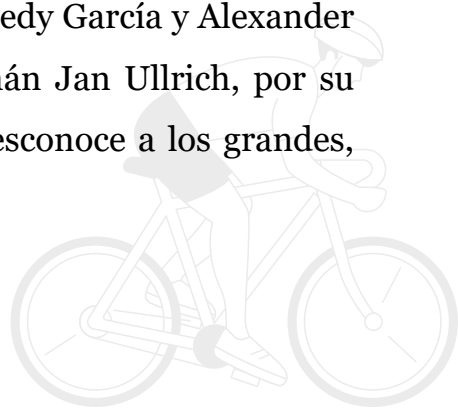


por dopaje, entre ellos ocho con carácter preventivo, Colombia ocupó el deshonroso segundo puesto mundial en ese ámbito, detrás de Costa Rica. Tres años después –según el portal *France 24*– nuestro país saltó al primer lugar con 32 casos, escoltado por Costa Rica e Italia. Habría que decir que en la élite del ciclismo mundial los casos positivos se cuentan por pelotones y que muchas figuras siguen en competencia como si nada. O mejor, gracias a un entramado de intereses que no son tan ocultos, avalados por un poderoso caballero: Don dinero. De los colombianos, Nairo *Man* Quintana o Miguel *Supermán* López, para citar sólo dos casos. O la vinculación del campeón mundial de contrarreloj Santiago Botero, en la Operación Puerto². Pero le tocó a Pantano chapotear en las aguas densas y cenagosas del dopaje, superar ese terreno inestable y si bien no tan hondo, profundo en sus repercusiones que le empantanó una etapa de su vida. La más terrible acaso, la explicación de lo sucedido a su hijo mayor y a su señora madre, Olga Sofía Gómez. Su muchacho, el que desde que comenzó a competir con el equipo Colombia es pasión, comenzó a ganar, se enfrentaba a su derrota más terrible.

² Fue una operación contra el dopaje en el deporte de élite realizada en España por la Guardia Civil. Este proceso permitió desarticular una red de dopaje liderada por el doctor Eufemiano Fuentes; dicha red ofrecía diversas prácticas ilícitas para mejorar el rendimiento de sus clientes deportistas (futbolistas, tenistas, atletas y ⁵⁸ ciclistas, el mayor número); hormonas (incluyendo EPO, testosterona y otros anabolizantes), medicamentos y transfusiones sanguíneas.

No le gusta hablar de sacrificio sino de disciplina. Fue la que lo llevó a las filas del equipo conformado para volver después de 20 años a las grandes carreras europeas e intentar emular las gestas de Lucho Herrera, Fabio Parra y toda su cohorte. Valora el compromiso como gregario y no se arrepiente de haberlo sido. “Nairo nos hizo volver a soñar con ganar el Tour y Egan, el niño maravilla, nos lo hizo realidad”, dice con la admiración propia de quien trabajó siempre para un líder, que recalca, debe ser tan humilde como todos sus coequiperos. Recuerda con gran aprecio al español Alberto Contador, dos veces campeón del Tour de Francia, en dos ocasiones del Giro de Italia y en tres ediciones de la Vuelta a España. Siendo el líder del equipo y pudiendo dormir solo en una habitación, la compartía con él en un gesto de inmensa gratitud. Le daba la cama más grande y en carrera estaba al tanto de su gregario de oro. Todo lo contrario del italiano Vincenzo Nibali, “un prepotente de aquí hasta Roma”.

Guarda silencio para pensar en sus ídolos y después de un suspiro –ese aire que sobra cuando algo hace falta–, se suelta como en un descenso: “Yo era hincha de don José Castelblanco y de Hernán Buenahora; de los vallecaucanos John Fredy García y Alexander González; y a nivel de Europa, del alemán Jan Ullrich, por su combatividad en la competencia”. No desconoce a los grandes,

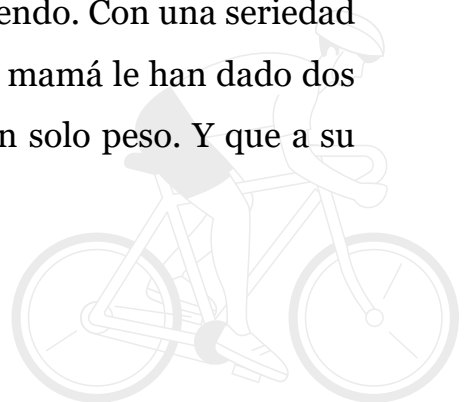


pero rinde homenaje al ejército anónimo que los encumbra y que no sale en la foto, ni en los titulares y menos en las pantallas. Habla con cierto desparpajo sobre sus propias condiciones: “Yo a veces tenía mis chispazos, me gustaba subir, pero en las carreras grandes me daba pereza estar todos los días adelante y me trazaba objetivos de etapa”. Era un corredor que se regulaba después de aplicarse a fondo, que siempre tuvo claro que su vida no podía depender del riesgo. No le gustaba la presión, amaba la diversión, el disfrutar la carrera. Era cauteloso y medido, en La Línea o en el Alpe D’Huez. En el primer Tour de Francia, le dijo a su mujer: “Yo por acá no vuelvo ni loco. Esto es una guerra”. Mintió, corrió tres. Y no mintió, es un infierno entre compañeros. Ahora planea y le da pereza la montaña, pues ya la padeció bastante. La subida a El Piojo en Yotoco, que nunca se ha corrido oficialmente y sólo es un lugar de entrenamiento, la compara con el ascenso a Monte Zoncolan, una estación de esquí en el norte de Italia que ha sido final de etapa del Giro en siete ocasiones. Son lugares que marcan la vida de un ciclista, porque se sufren o porque se gozan.

No sabe a ciencia cierta por qué escogió el lugar donde está su tienda, pero lo cubre la certeza de que la goma del ciclismo se estiró más por estos lados de la ciudad. “Aquí en el sur no había almacén y sí muchos aficionados”. Confiesa que hay precios para

todos los bolsillos, pero la verdad es que se necesita una tarjeta con buen respaldo para mercar en ella, amén de las promociones. Un *staff* de diez personas lo acompaña. Tres asesores en atención al cliente, dos en el café, tres más en el taller; además de un contador y un abogado, eventuales claro. Marcas de gran renombre en bicicletas de ruta y montaña, uniformes, cascos, zapatillas y toda la indumentaria requerida para aventurarse en este mundo. Hasta planes de entrenamiento personalizados diseña y asesora para su clientela.

No piensa en expandir su negocio, abrir otras sucursales o aventurarse en otras ciudades de Colombia. Sólo está a la espera de que pase este gobierno, ‘llevar la cruz’ y luego analizar las circunstancias para tomar la decisión de irse del país. Nunca lo había siquiera contemplado –a su juicio en otros gobiernos también nefastos–, pero los resultados de las próximas elecciones serían definitivos para abandonar su patria. No quisiera, porque no le gusta, pero siente que le toca. Refiere una situación acontecida en Europa, que permite deducir su posición: “Estuve dos horas hospitalizado y pagué 500 euros. A mí me da risa los que dicen que aquí la salud es mala”, y no se está riendo. Con una seriedad hasta el momento oculta, añade que a su mamá le han dado dos aneurismas y no le ha tocado pagar ni un solo peso. Y que a su



hijo mayor, diabético tipo 1, no le faltaba su bomba de insulina, pero con el debate de la reforma a la salud y las EPS (Entidades Promotoras de Salud), de cinco plumas del medicamento ahora sólo le dan una. Comprende la lucha de clases, la polarización de país y ese descontento del pueblo con todo y con todos, pero por encima de cualquier otra consideración cree en el trabajo y en la disciplina. Tal vez no esté muy empapado de los niveles de desinformación o manipulación mediática, pero le parece inconcebible que una familia pobre sea numerosa. Bueno, la educación trasciende la simple forma de ganarse la vida.

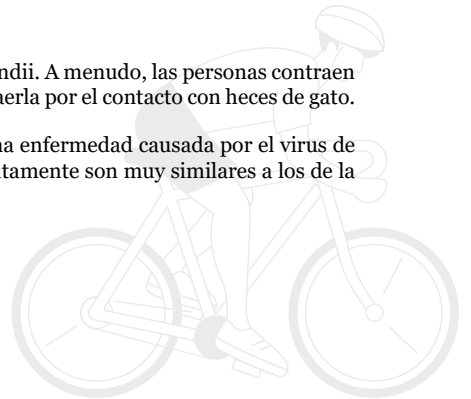
Sus amigos son los del barrio, sus ‘parceros’, y los hechos con la bicicleta, su negocio es el eje sobre el cual desarrolla su vida, que siguen ligada a la bici, pero de otra manera, pues ya no encuentra la motivación para salir a entrenar. El ciclismo fue un hobby que se le convirtió en profesión y representación de una marca que le pagaba por eso. Ahora camina, trota o va al gimnasio para mantenerse en forma y monta cuando lo que no hacía antes le deja tiempo. Es un papá presente, un amigo afectuoso, un cristiano militante que todas las mañanas se arrodilla al levantarse para agradecer al creador. Una persona que se considera ‘jodida’, seria en los negocios y que detesta la deslealtad. Este año será la tercera versión de La ruta Pantano que partirá de Cali, pasará por Palmira, El Cerrito y el corregimiento La Habana en Buga y finalizará en el

Lago Calima. Un dinamizador económico que puede ocupar a un millar de personas en los dos días de logística y travesía, mover la hotelería, los restaurantes, el turismo en general y, por supuesto, la caja registradora del organizador. Todos quieren saber cuál es su patrimonio actual, porque lo asumen rico, pero pocos saben su pasado con limitaciones: “Todos cinco dormíamos en una sola habitación, mi papá, mi mamá y mis hermanos. Nunca nos acostamos con hambre, pero eso sí, comimos mucho arroz con huevo”, y se ríe como burlándose de la miseria.

Vive feliz. Tiene dos tatuajes y pronto serán tres: uno en el brazo derecho, que asemeja el parche sensor de insulina que debe utilizar su hijo Jerónimo; en la espalda, las iniciales de su esposa (ella tiene las de él); y otro sin definir, pero Maximiliano le reclama y exige que lleve su nombre marcado en la piel. Pronto será. Nunca se imaginó llegar a dónde llegó y hacer lo que hizo. Nunca caídas graves, sólo una toxoplasmosis³ y una mononucleosis⁴ en competencia. Asegura que hay que prepararse. Ahorrar. No dilapidar. No le extraña lo rápido que se olvida la gente de los ciclistas que ganan sólo etapas y no títulos, todos caen en el

³ Es una infección causada por un parásito llamado *Toxoplasma gondii*. A menudo, las personas contraen esta infección por comer carne poco cocida. También pueden contraerla por el contacto con heces de gato.

⁴ También conocida como mononucleosis infecciosa o mono, es una enfermedad causada por el virus de Epstein-Barr. Es contagiosa y los síntomas que suelen aparecer lentamente son muy similares a los de la gripa.



abismo del tiempo que se lo traga todo. Y ni qué hablar de los que ni siquiera una etapa. No sabe si es el país o el deporte, el más desagrado, pero está seguro de que hoy día el tiempo es como un río que arrastra rápidamente todo lo que deja de figurar.

Por eso primero Dios y segundo la familia, lo que la gente diga lo tiene sin cuidado. Comparte con Nairo Quintana una máxima espléndida: “A mí no me duelen las críticas, sino las piernas”. Siempre hizo pista y ruta de manera alterna, por eso no le asombra que la moneda caiga por cualquiera de las dos caras. Andrés, su hermano mayor, lo considera un ganador indiscutible en la carrera de la vida. Y Alejandra, su hermana menor –y que trabaja con él en la tienda–, lo considera ejemplo de resiliencia y capacidad de rehacerse siempre. Juan Nayib Tobón, una mole de ébano de casi dos metros, campeón mundial de patinaje y amigo entrañable, pasa por Café Pantano e interrumpe la entrevista con un abrazo conmovedor. Se saludan, se hacen las preguntas de rigor, se ponen al día y se despiden con una brevedad contraria a la inmensidad del cariño. “Mi negro, Dios te bendiga”. Sin duda alguna, Jarlinson es más de amores que de odios. ¡Oh Dios!



JAN ALEXIS VIVEROS MINA

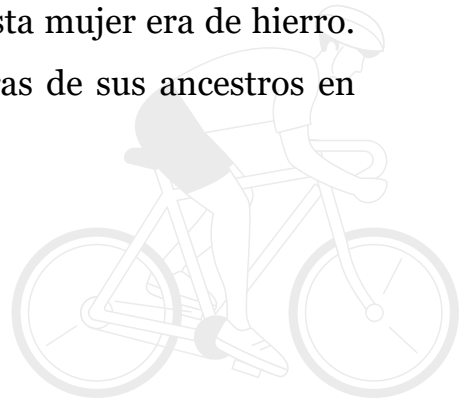
Su brazo izquierdo inerte y paciente de diálisis

“UNA LOCURA QUE ME CURA TODO”

*Si tú habías pensado por un minuto
Que el sabor de este negrito, se había termina'o
Estás equivoca'o, óyelo, estás equivoca'o.*

Estás equivoca'o – Roberto Roena

Jan Alexis Viveros Mina es el tercer hijo de su mamá y el primogénito de su papá. El 11 de diciembre de 1984 mientras en los Estados Unidos se lanzaba el disco *Like a Virgin*, de la cantante estadounidense Madonna –que vendería 25 millones de copias– Nancy Mina se encomendaba en la Sala de partos del Hospital Universitario del Valle Evaristo García, a la Virgen de la Dulce Espera para que su morochito llegara sano a este mundo. Era una mujer fuerte, pero le habían programado cesárea. Alirio Viveros, entretanto, le rezaba lo poco que sabía a San Ramón Nonato para que fuera un varoncito. Las contracciones de su negra querida eran fuertes, pero esta mujer era de hierro. Lejos estaban las historias de las parteras de sus ancestros en

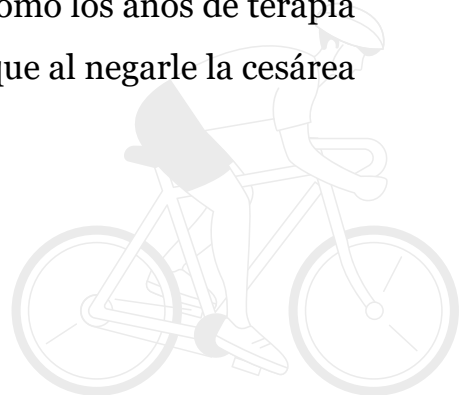


Buenaventura y un poco más cerca, los antepasados de su nuevo galán en Jamundí, que poco les creían a los médicos de batola blanca y estetoscopio.

Y el médico de turno dijo así: ¡Semejante negra tan grande y tan floja! ¡No mija, nada de cesárea, parto natural! Y entonces Nancy –cuya berraquera parece haberles incubado a sus seis hijos– se limpió el sudor de la frente, pujó con más bríos y se enfrentó a un parto con la misma determinación con la que su tercer hijo –hoy de 39 años y 2,05 metros de estatura– se enfrenta a los más empinados ascensos en su bicicleta de montaña y con un solo brazo: el derecho. El izquierdo es un colgandejo encogido de huesos y músculos atrofiados que a lo sumo hace algo de contrapeso y una cuarta parte del equilibrio normal de cualquier persona en el tren superior. No tiene ninguna funcionalidad, aunque a veces mientras conversa descansa allí su quijada cual Pensador de Rodin –símbolo universal de la reflexión y de la introspección humanas– para salir con otra ocurrencia y soltar una carcajada que hace pensar no sólo en que la felicidad es posible, sino en que es la condición real de aquellos ungidos con la fuerza de la voluntad y de la resiliencia.

“Yo nací enyesado”, dice Alexis. Y agrega: “Eso dice mi mamá”. Y retumba otra risotada que se desvanece en degradé, como la barba de su chivera con algunas canas. Refulgen sus ojos como los dos topitos que lleva en los lóbulos de cada oreja al estilo Maradona, aunque se declara admirador de Messi sin posibilidad alguna de discusión. Fue Culé en la distancia, seguía al Barça, pero en realidad era a la Pulga, al Mesías, a la Comadreja, al Goat (*Greatest of all time*), al mejor de todos los tiempos. Ni sus aretes son de diamante, ni su cadena es de oro. Lleva una pulsera de hilos de varios colores en su muñeca derecha, de esas que fabrican los *hippies* y que utiliza también Carlos el Pibe Valderrama. Pero su reloj de ciclista es fino y potente –como su brazo derecho– y vale unos buenos pesos. Por eso sigue ‘enyesado’, es decir, endeudado, porque trabaja para su fiebre, para su afición, para sus dos bicis o tres, para esa “locura que me cura todo”, testifica con una seriedad aterradora.

Doña Nancy recuerda que cuando le pasaron a su muchacho tenía un yeso en el hombro izquierdo. Se lo pusieron en su regazo y le dijeron que había sufrido una pequeña luxación. No era un bebé gordo, pero sí bastante largo. Tan largo como los años de terapia que no sirvieron para nada. Lo cierto es que al negarle la cesárea



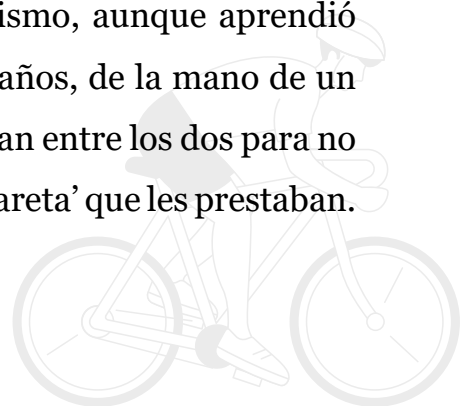
no había en el momento del parto una dilatación adecuada y el médico intentó primero con los fórceps (instrumento obstétrico en forma de tenazas) y luego con sus manos, cuando el alumbramiento se estaba complicando. El riesgo de afectación cerebral (hipoxia) es muy alto cuando el feto sale de la bolsa amniótica donde se oxigena a través de la sangre de su mamá y se queda atrapado en la cavidad pélvica. El médico jaló con mucha fuerza de sus hombros y le dañó el bracito. Nancy con una sumisa y triste resignación, evoca que fue una larga noche pensando en el dolor que podría sentir su criaturita. No imaginaba por supuesto, que era la primera de una serie de obstáculos que enfrentaría Jan Alexis con una increíble intrepidez.

En realidad, más que la luxación el procedimiento le había roto al recién nacido su plexo braquial, un grupo de nervios que proporcionan movimiento y sensibilidad al hombro y, por extensión, al brazo, el antebrazo y la mano. Visto en imágenes, es un entramado de cables muy delgaditos que va de la parte inferior del cuello a través del área de la parte superior del hombro. Son muchos filamentos nerviosos y vasculares entrelazados que hacen que podamos sentir y mover cada extremidad superior. La ruptura –según su magnitud–, impide que la información del cerebro fluya y entonces el daño es casi irreversible. No hay cirugía por microscópica que sea, capaz de volver a unir este universo de

finísimos canutillos cuya función es tan oculta como vital en la tarea de que el cuerpo funcione como la máquina perfecta.

El brazo izquierdo de Jan Alexis se percibe más corto en comparación con el otro cuya destreza es asombrosa. Con él opera el manubrio de la bicicleta, hace los cambios, frena y, como si fuera poco, –cuando puede soltarse– bebe de su caramañola y obtura el botón de su cámara GoPro con la que graba los mejores momentos de sus ‘rodadas’ con el grupo Calidosos. Como suele ocurrir en estos casos la readaptación del cuerpo es increíble, por decir lo menos, pues en el cerebro la representación del brazo no desaparece, sino que se trasmuta y evoluciona. No siente el llamado “dolor fantasma” del que pierde una extremidad porque jamás ha sentido su brazo, aunque esté ahí, pero sí siente el inusitado asombro de quienes lo ven pasar en su bicicleta. Los cambios en las áreas del cerebro relacionadas con el miembro atrofiado se dieron cuando no tenía el consabido ‘uso de razón’ y ahora todo lo que este supermán hace en la vida y sobre la bicicleta, le parece ‘normal’.

Hace seis años comenzó a practicar ciclismo, aunque aprendió a montar en bicicleta cuando tenía siete años, de la mano de un primo que tampoco sabía, pero se sostenían entre los dos para no irse al suelo y destartalar aún más la ‘monareta’ que les prestaban.



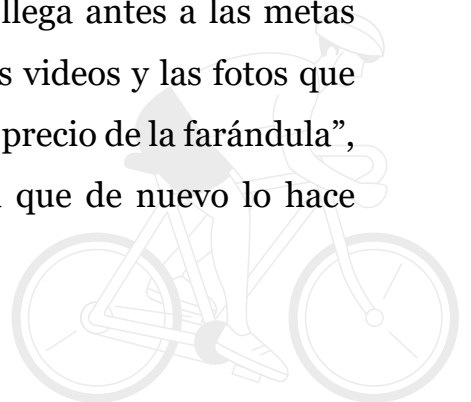
Asegura que no hay un momento específico para arrancar con esta devoción por la bicicleta, pero sí dos razones que fueron determinantes: su trabajo y el trago. Es mensajero en una vieja turismera –que también es su medio de transporte habitual– y sólo tiene freno delantero. Los amigos dicen que entrena todos los días y él les responde que, al contrario, sufre más desgaste y ellos mantienen más descansados. De joven era muy vago. Mucha rumba y mucho licor los fines de semana, al compás de la salsa y de Roberto Roena, en el barrio 7 de agosto donde nació y ha vivido desde siempre. *Y tú loco loco, pero yo tranquilo...* Les sacó canas a Nancy y Alirio, que hoy viven orgullosos de él. Se las sabe todas: *Cui, cui; Avísale a mi contrario; Mi desengaño; Marejada feliz; Guaguancó del adiós; Trago amargo; Vigilándote; Cómo te hago entender; Estás equivocado...*

Fue zapatero. Tal vez porque alguna vez pensó que no conseguiría fácil su número. Calza 45 y en la punta dice: continuará... Como lo mofaba un malandrín reconocido del barrio: “Ve Alex, si a vos te pegaran un tiro, habría que empujarte para que te cayeras oís”. Usa tenis. Todos coloridos, como sus camisetas, como sus uniformes, como su espíritu. Hoy pesa 78 kilos, pero dice como si hubiera sido un obeso mórbido que llegó a pesar 82. Es tremenda vara y sus amigos de rodada le dicen Dron, porque siempre está arriba. Es el de las *selfies* del grupo Calidosos: Emilio, Diana,

Mina, Antonio... todos lo quieren y lo respetan, lo admiran y lo valoran, encontró en ellos y en las bielas la felicidad que se compone de instantes, de momentos sublimes en los que se disfruta esa rara especie de sufrimiento positivo que se goza y se padece como un reto libre sobre una bicicleta.

Se acomoda la camiseta amarilla con Bart Simpson en el pecho y evoca tiempos idos mientras saborea un aborrajado que pasa con una cerveza. Es buena cuchara y todavía se empuja de vez en cuando unas frías. Breves, asevera. Hay una condición que no le permite absolutamente ningún exceso. Terminó Once en el Colegio 7 de agosto, donde repitió Octavo, pero había hecho hasta Séptimo en el Colegio San Marco de León en el barrio Petecuy. No era bueno para el estudio. Mucha recocha. Mucho fútbol. Mucho recreo. Ingresó a un instituto para hacer una carrera técnica por complacer a su papá, pero se retiró. Con el ciclismo perdió unas amistades y ganó otras. Ya sabrán ustedes cuáles. Todavía hay amigos que lo molestan y le dicen que ahora todos los borrachos arrepentidos son ciclistas redimidos.

Es el reportero del grupo. Casi siempre llega antes a las metas y a los puntos intermedios para hacer los videos y las fotos que comparte en sus redes sociales. “Ese es el precio de la farándula”, afirma. Y entonces suelta una carcajada que de nuevo lo hace

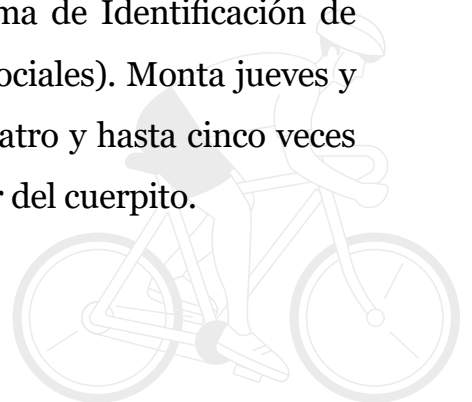


encorvar de la risa. Cuando ve ciclistas en la loma ‘gateando’, quedados, que ya no dan más, les da ánimo. Basta mirarlo para comprender que no solemos aprovechar la vida. Nuestro cuerpo completo. El privilegio de estar sano. Vivo. No saben lo más tenaz, ni siquiera se lo imaginan. Tampoco ustedes. Cuando ve llorones en las travesías, gente que se queja apenas arrancando los recorridos, les dice con una genuina amabilidad: “Esto es mero paseo, hagámosle”. No cree que haga parte de los ‘élite’ y tampoco se considera una ‘máquina’, sólo un hombre que no le para muchas bolas a las dificultades y se centra más en las oportunidades. Hace tres años recibió una terrible noticia sobre su salud que habría doblegado a cualquiera y que para Alexis es únicamente una circunstancia, como la de muchos otros, lo que pasa es que no todos se encaraman en una bici.

Sebastián Valencia es un amigo de Pereira que también monta y le adaptó un sistema de frenos a las ‘nenas’ de Alexis, que le permite con una sola mano aplicar los frenos trasero y delantero al mismo tiempo. También le falta un brazo, que perdió en un accidente en bicicleta. Hay un chico en Cali, Juan Carlos Torres, famoso porque debió tutelar a su EPS para que le amputaran el brazo que había quedado inservible, tras otro percance en ‘burra’ bajando de Miravalle en Jamundí. Otro señor que sufrió un derrame y tiene parálisis en un brazo. Alexis dice que no es el único. “Hay

gente más tesa”, certifica. El famoso Mochise, Robinson Martínez, que pedalea con una sola pierna porque la otra la perdió de raíz siendo un niño tras la mordedura de una serpiente mapaná, en la selva chocoana. Una chica, Yady Fernández, que perdió su pierna izquierda en un accidente en moto, hace pista y ruta con Jarlinson Pantano. “Yo estoy completo, pana”. Pero no es así, a este negro grandulón le falta un brazo y dos filtros indispensables para vivir, aunque le sobre corazón.

Alexis padece insuficiencia renal y es paciente de diálisis. Hace tres años sin razón aparente le detectaron la creatinina muy alta. No sufría de la presión o del azúcar. De nada. Día de por medio debe someterse cuatro horas a la depuración de su sangre porque sus riñones no funcionan. Lunes, miércoles y viernes. De 4:00 a 8:00 p.m. No contempla trasplante. La diálisis no le genera calambres ni síndrome de las piernas inquietas. La bicicleta sí. El procedimiento tampoco le genera ansiedad, náuseas, vómitos o dolor de cabeza. Menos dolor en el pecho, que está henchido de positivismo. Vive bien, a gusto, no se siente cansado o agobiado, es feliz. No sabe cuánto vivirá, pero sí que hasta que tenga alientos va a montar en bicicleta. Su tratamiento lo cubre el Sisbén (Sistema de Identificación de Potenciales Beneficiarios de Programas Sociales). Monta jueves y domingo. Antes de la diálisis montaba cuatro y hasta cinco veces por semana, pero sabe que no debe abusar del cuerpo.



Fue futbolista aficionado y no era ‘patacón’, era de los buenos, aguerrido y siempre calidoso. Jugó en varias posiciones, menos de arquero, “ya te imaginarás por qué”. ¡Y suelta otro carcajeo endiablado! Esa pulsión a reírse de todo, pero sin burla, es una virtud admirable de este niche. Tanto en cancha grande como en ‘banquitas’ se destacaba su espigada estatura física y su gran conciencia social, como la del astro brasileiro Sócrates Brasileiro Sampaio de Souza Vieira de Oliveira, y que soporta en el trabajo: “Llegue el que llegue allá arriba hay que trabajar compa. Claro, deben generarse las condiciones”. Pero dejó el fútbol antes de que el fútbol lo dejara a él. Además del salsero puertorriqueño Roberto Roena Vázquez, del futbolista argentino Lionel Andrés Messi Cuccittini y de un anónimo compañero ciclista, no tiene ídolos. No admira a nadie o, por lo menos, no lo confiesa. No hay idolatrías en su mundo de luchas y superaciones. Nada de políticos o escritores, ni de actores ni nada de millonarios de la charlatanería. Nunca quiso ser como nadie, siempre como él. Acaso desde su inconsciente certero sepa que el de admirar es él, que muchos quisieran tener su fuerza, no sólo física sino mental y espiritual.

No cree que Pico de Águila sea la subida más brava en la zona rural de Cali. De las que tienen huella, Cárpatos es durísima y Las Flechas, en Dapa, también. Pueblito Pance es un paseo relajado para ir a desayunar. Ya perdió la cuenta de las travesías

y rutas que ha hecho por todo Cali, por todo Valle del Cauca y por algunos lugares de Colombia. Alexis es soltero. ¡Mentira! Está casado con dos hembras: dos bicicletas *mountain bike* o MTB: bicicleta de montaña o BTT: bicicleta todo terreno. Una Optimus y otra Cannondale, una se la ganó en una competencia y la otra se la regalaron. A este man, que la vida no le ha regalado nada y que todo se lo ganado a pulso. A pulso y con una sola mano.





EDWIN ZÚÑIGA RESTREPO

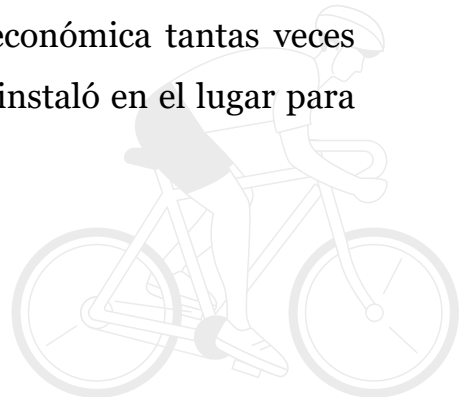
Superó un cáncer etapa cuatro y diez tumores

“YO SOY EL MILAGRO”

*Sigo a aquel que dijo:
Yo soy el camino, la verdad y la vida.*

Adiós a la salsa – Richie Ray and Bobby Cruz

Hace 40 años Siloé ya tenía más de 70 años, pero la comuna 20 de Cali no tenía los 11 barrios que hoy la conforman, aunque muchos crean todavía que Siloé es la montaña completa coronada con una estrella gigantesca que se divisa plena desde el frente del Centro Comercial Cosmocentro y que hasta hace una década se encendía sólo en diciembre. Había nacido con el siglo XX cuando la pobreza comenzó a treparse por las laderas de la ciudad proveniente de los campos ensangrentados de Huila y Tolima; y las minas oscuras y peliagudas de Marmato-Caldas y lo que hoy conocemos como el Eje Cafetero. Aupada sobre los hombros de campesinos huyentes de la violencia que no sabían que la llevaban incubada, la estrechez económica tantas veces vestida con los ropajes de la miseria, se instaló en el lugar para



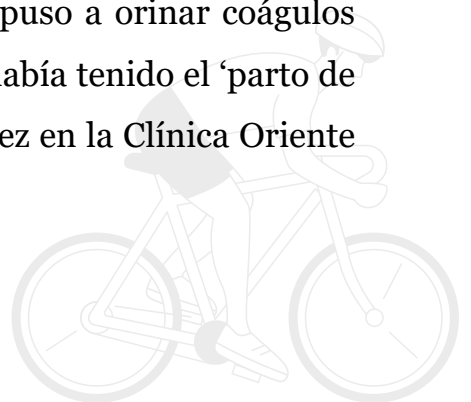
arañarle las entrañas a la tierra y subsistir de los yacimientos carboníferos que le otorgaban el sustento. El hollín que tizna la piel, pero despercude la dignidad con trabajo recio, era una marca indeleble de la mayoría de sus gentes.

Allí, en una casita humilde –colgada en la ladera– que parecía como todas las del sector aferrarse a la loma como el pájaro carpintero se aferra al tronco donde cava su nido picotazo a picotazo, nació y vivió su primera infancia el protagonista de una historia de vida que rinde tributo al Príncipe de las paradojas, el británico Gilbert K. Chesterton: “Lo increíble de los milagros, es que ocurren”. El rancho se levantó en la medida de las posibilidades de Simeón Zúñiga, un cotoero que madrugaba a ‘bultear’ todos los días en Cavasa⁵, por eso nunca les faltó la ‘papa’. Con los pocos excedentes, compraba materiales que se subían al lomo de las bestias en sillas de carga desde las ferreterías incipientes del plan que se volvieron imponentes cuando la migración interna creció a borbotones. Seis años tenía Edwin Zúñiga Restrepo cuando una baranda de esterilla de guadua, no soportó la curiosidad del pequeño que cayó al vacío.

⁵ La Central de Abastecimientos del Valle del Cauca S.A. es el mayor centro de acopio de alimentos de la ciudad de Cali y las poblaciones intermedias cercanas que se han conurbado, que de a poco se le acercan y terminarán uniéndosele.

En las zonas marginadas de ladera de cualquier ciudad o pueblo de Colombia la necesidad desafía los principios de la ingeniería, de la arquitectura y hasta de la Ley de gravedad. Los caminos se convierten en callejuelas y las casuchas en mansiones de la creatividad que crecen de arriba hacia abajo y donde lo rudimentario se transforma en suntuosidad popular. La lámina del bambú nacional que fungía como barandilla cedió y aquel niño convertido hoy en un hombre de 47 años no recuerda nada del hecho, sólo lo que le cuenta su mamá, María Restrepo, que no ha dejado de decirle mi muchacho. Como todos los patios, éste quedaba atrás de la casa, sólo que abajo, donde estaba el lavadero y unas matas de plátano, vestigios de la ruralidad. Edwin se fue de bruces y cayó de espalda en la alberca, que a veces servía de piscina a los más chiquitos de la familia. La fuerza de la gravedad la amortiguó el tendedero, pues las cuerdas de extender la ropa redujeron la velocidad de caída y el golpe se convirtió en otra anécdota de supervivencia con un par de moretones.

Casi cuarenta años después, el cuerpo pasó la factura y del chapuzón en el tanque del lavadero y el golpe en la espalda, daba cuenta un riñón maltrecho que lo puso a orinar coágulos de sangre. El dolor era insoportable, ya había tenido el ‘parto de hombres’ –cálculos renales–, pero esta vez en la Clínica Oriente



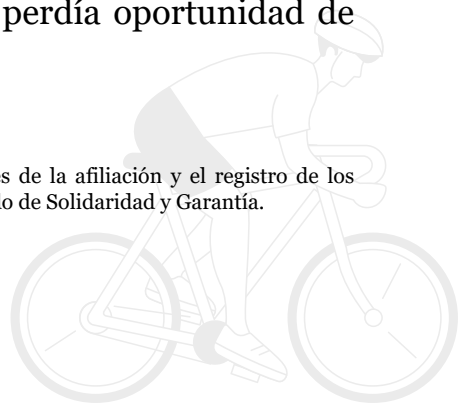
sentía como si se le fuera a perder su norte. Era algo diferente, muy intenso. Los médicos le dijeron que eran cálculos y él, que ya sabía de esos dolores –y de las penas de amor–, se tranquilizaba a si mismo con el sosiego que entregan la fe y el desconocimiento. Lo remitieron a la Clínica Nuestra Señora de los Remedios y allí, un médico sin anestesia física, tacto ético o cálculo moral, le dijo a quemarropa: usted lo que tiene es cáncer y un tumor que ha afectado el 80% del riñón izquierdo. Corría 2018. Edwin se desvaneció. Entró en pánico. Lloró de miedo. Y llamó a Raquel, la mujer de la que se había separado hacía un par de años, por la única enfermedad que hasta ese momento había padecido y parecía incurable: ser un enamoradizo compulsivo de las mujeres. Con ella lleva 22 años y tienen una hija, Sofía Zúñiga Posso, de 17 años. Los mismos años que tenía cuando fue papá por primera vez, de María Camila Zúñiga García, de 29 años.

Lo primero que le pidió Edwin a Raquel fue silencio. Ella, su hijo y las hijas de Edwin, asumieron esa callada misión. Que su familia materna no supiera nada. Ya bastante había sufrido su mamá para causarle más dolor. La noticia se quedó encapsulada, como estaba su riñón, envuelto por un tumor de dos kilos, que no permitía una cirugía laparoscópica. Y así, con esa pavorosa información encerrada entre la compasión y el desasosiego,

los dos esperaron más de cinco meses la noticia de la cirugía. Entre los contactos de Raquel en el Club Campestre –su lugar de trabajo–, las solicitudes ante Coomeva EPS⁶, el apoyo de Hemato Oncólogos S.A., papeleos, exámenes y la recuperación, transcurrió casi un año. Cuando por fin lo operaron se asomó una buena noticia en medio de tanta desgracia, el tumor era benigno, de células claras, invasivo y muy viejo. Les dijeron que no era necesaria la quimioterapia. Eso creyeron. El sufrimiento los había unido de nuevo y la vida arrancaba con la fuerza con la que arranca un ciclista después de una caída para alcanzar el lote.

Con Javier Jaramillo, un amigo del canal regional *Telepacífico*, atendieron la invitación de un grupo de ciclismo recreativo bautizado Farallones MTB, a una exposición de bicicletas. Fueron los dos únicos que compraron. “Estábamos emprimados” recuerda Javi. Y comenzaron a montar en los espacios que deja la producción de televisión. Edwin trabaja como camarógrafo de planta del canal desde enero de 2011. Comenzó como el pela’o de los mandados en el *Noticiero Notipacífico*, de *Fernando Parra Duque Televisión* en 1993. Allá conoció a Raquel. Era un muchachito atrevido de 17 años que no perdía oportunidad de

⁶ En Colombia son Entidades Promotoras de Salud, responsables de la afiliación y el registro de los afiliados y del recaudo de sus cotizaciones, por delegación del Fondo de Solidaridad y Garantía.

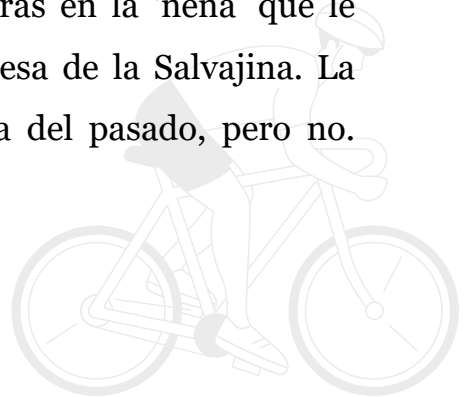


piropearla. Allá dejó de contar bultos en Cavasa desde las 2:00 a.m. y de volear pala con las manos avejigadas junto a un vecino pastuso que era maestro de construcción, cuando abandonó el estudio en el Politécnico Central porque un profesor le dijo al grupo –mirándolo a él– en medio de la entrega de notas: “No falta la mula” y él le increpó: ¡Mula su madre hijueputa!

Era arrebatado, pero sano. Con cinco amigos conformaba un grupo que denominaron Código Negro. El parche más bravo de Siloé era La Playboy, ellos apenas unos rockeritos pelilargos que no alcanzaban a metaleros, no fumaban marihuana e iban a una escuelita abandonada y sin maestros donde dictaba clase un líder de la comunidad que lo llevó al mundo de la televisión: Juan Carlos Chambo, un periodista del Belisario Caicedo que lo sacó de ese mundo y sigue en esa lucha social. Pasó por el Colegio Eustaquio Palacios, pero ya le había picado el bicho de la plata. Ya era papá y tenía responsabilidad. Se volvió asistente de cámara en reemplazo de un muchacho al que el suegro le pegó un tiro. El hombre era policía y Ricardo –Ruñi, ese era el remoquete del Romeo en ciernes– saltaba la tapia de su casa en Terrón Colorado, para tener encuentros furtivos con la hija del ‘tombo’. Casi lo mata. Lo salvaron la oscuridad y las escasas carnes de un cuerpo escuálido.

Edwin trabajaba de día y estudiaba de noche. Ese había sido el compromiso con su ‘cucha’, palabra muisca que significa mujer tan bella como el arcoíris. Terminó el bachillerato en el CCED (Centro de Capacitación y Educación Dirigida) y hoy estudia Dirección y Producción Audiovisual en la CUN (Corporación Unificada Nacional de Educación Superior). “Dependo de mí compa, no me puedo fallar”. A camarógrafo pasó por otra coyuntura, no tan trágica como la del ‘viejo Ruñi’, pero igual médica. Fernelly Cobo, oriundo de Candelaria, era un hombre tozudo, un obstinado que, en lugar de mover la cámara, pretendía mover el mundo para cuadrar un plano y lograr un buen encuadre. Movié una matera y lo dejó tieso un lumbago. Zúñiga cogió la cámara y no la volvió a soltar jamás. Bueno, sólo cuando la vida volvió a poner sobre su espalda la prueba más difícil que ha debido superar.

Difícilmente la industria azucarera, el sector industrial y el Ferrocarril del Pacífico hubieran podido funcionar sin el carbón que extraían los primeros pobladores de Siloé, al que de cariño los amantes de la bareta rebautizaron Siloco. Edwin no tuvo relación ni con el carbón, ni con la bareta, pero sí con la locura de la bicicleta. Un recorrido de diez horas en la ‘nena’ que le costó ‘tres palos 900’, lo llevó a la represa de la Salvajina. La cirugía de extracción del riñón era cosa del pasado, pero no.

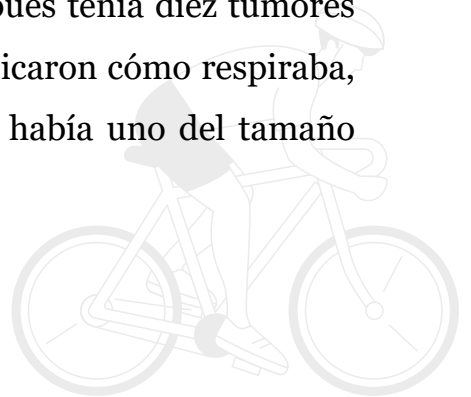


Después de esa ‘pela’ le cogió un dolor en la cintura que casi lo enloquece. Luego del rosario de recriminaciones por excederse con la bici, la situación se tornó más tensa. No resistía nada. Ni parado, ni sentado. Ni acostado en ninguna posición. Fue llevado a Urgencias de Sanitas, la EPS a la que se cambió después de luchar en la primera para que no lo dejaran morir. Era un dolor más que insoportable. Indescriptible. Le cortaba la respiración y le enturbiaba la mirada. Pujaba como un toro embravecido y atravesado por un acero demoledor. El tramadol no le hizo cosquillas y sólo la morfina lo calmó un poco.

Al otro día a las 10:00 a.m. los resultados de los exámenes fueron informados por una doctora con más tacto y conciencia que el médico de 18 meses atrás. Comenzó con un “hay algo en tu columna”, que se extendió hasta la temida palabra del cangrejo: “tienes un cáncer que hizo metástasis”. El desconcierto fue total. Acaso no era un tema del pasado. Un obstáculo superado. Ahora tenía un solo riñón y unas ganas de vivir como únicamente puede sentir las un recién resucitado. La angustia lo invadió y el dolor cedió un poco ante lo tremendo de la noticia. El resto de la información la recibió Raquel, cuando Edwin se quedó como petrificado. El cáncer se estaba literalmente comiendo una vértebra. Esa era la causa del dolor. Ya estaba fisurada. “Si esa vértebra se parte, Edwin queda cuadripléjico”, sentenció

la galena. Y comienza de nuevo otro calvario. El mundo estaba en pandemia, encerrado y atormentado por el desconcierto y la desinformación. Lo remitieron a un hotel pagado por su EPS para protegerlo y esperar una UCI (Unidad de Cuidado Intensivo) libre. Fueron dos semanas terribles. Sólo podía dormir un poco bocabajo. Se movía primero con caminador y después en silla de ruedas. Pasó de 85 a 62 kilos en cuestión de 20 días. Hasta gotas de cannabis consumió en medio de la desesperación para mitigar el dolor. De nuevo pidió silencio para su familia, pero esta vez no fue posible. La situación era grave. Si no se conseguía una UCI para operarlo cuanto antes, el daño neurológico sería irreversible.

Y de pronto aparece un ángel redentor, el Dr. Darío Fuertes, un traumatólogo pastuso brillante que cada que ve a Edwin le pide perdón. Sí, lo operó al otro día de conseguirle una UCI que él mismo gestionó, pero le dijo que perdería la movilidad de la pierna derecha. Le había tocado un nervio. Era junio de 2021. La cirugía comenzó a las 7:00 a.m. y terminó a las 4:00 p.m. Debí quitarle una costilla y entrar por el costado derecho. Ubicó el implante de titanio en la columna. No pudo retirar todo el tumor. Debía comenzar el proceso oncológico, pues tenía diez tumores en su cuerpo. Los médicos nunca se explicaron cómo respiraba, pues varios estaban en los pulmones. Y había uno del tamaño



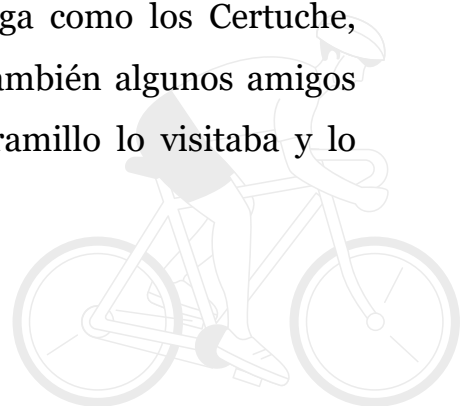
de una pelota de tenis. Los otros estaban en la columna. Fue un error no haber hecho tratamiento de quimioterapia después de la cirugía donde le extrajeron el riñón izquierdo en febrero de 2019. Las células malignas tuvieron 16 meses para esparcirse por su cuerpo como una mala noticia.

Un TAC⁷ atómico no sólo despejó dudas, sino que en la segunda cita con la Dra. Diana Zapata, una oncóloga joven y pragmática, Raquel recibió una información lapidaria: “Edwin está en fase terminal, su cáncer es etapa cuatro. La metástasis es muy dura y sólo podemos darle cuidado paliativo”. Raquel se derrumbó. Lloró a escondidas. Toda la familia debía enterarse. Ahora el que no fue informado fue Edwin. Su mujer se limitó a decirle que era preciso luchar. Es una ventaja para alguien que viene de abajo, mirar siempre hacia arriba. Algo intuía el hombre, pues una y otra vez le decía: “Cuídame a las niñas”. Es un man sano que se aferró mucho más a Dios, con el que se había peleado. Pero la doctora lanzó una pequeña luz de esperanza en medio de semejante sensación de vacío existencial. Si la autorizaban, comenzaría un tratamiento de inmunoterapia, el segundo en Cali y Raquel aceptó con más ilusión que resignación.

⁷ La Tomografía Axial Computarizada o de sonda atómica (APT o sonda atómica ³D) es la única técnica de análisis de material que ofrece una extensa capacidad para la medición de composición química, así como para la obtención de imágenes en ³D a escala atómica (aproximadamente una resolución de ^{0,1-0,3} nm en profundidad y ^{0,3-0,5} nm lateralmente).

La pierna derecha efectivamente se secó. También la nalga de ese lado, aunque nunca tuvo muchas, asegura este hombre con su distintiva pillería. La enfermedad lo estaba consumiendo, tanto como la tristeza y la impotencia de verse limitado. Claro, no podía caminar. Lo bañaban, lo vestían. Fueron ocho meses casi postrado. Debían hacerle todo. Recibía un sueldo mermado por la incapacidad y los gastos se habían incrementado. Pensó en vender su bicicleta, pero un amigo –Pablo Cifuentes– le sugirió que la rifara, para recaudar más dinero. Las boletas se vendieron en un santiamén y como el destino siempre hace lo que se le da la gana, se la ganó Pablo, que en un acto de humanidad sinigual –que le quiebra la voz a Edwin y le arranca las lágrimas–, no se la recibió. Sabía cuánto significaba para él. Pero a este ciclista recreativo, obstinado y persistente, también le habían dicho que no volvería a montar en bicicleta y menos en moto. Incumplió las dos. Ama la velocidad y el cuarteto de la felicidad representado en los químicos naturales del cuerpo: endorfina, serotonina, dopamina y oxitocina. Su fuerza mental y espiritual, quintuplica la física, pa' ponerle una cifra.

Su familia estuvo firme –tanto la Zúñiga como los Certuche, del primer matrimonio de su mamá– también algunos amigos que nunca lo desampararon. Javier Jaramillo lo visitaba y lo

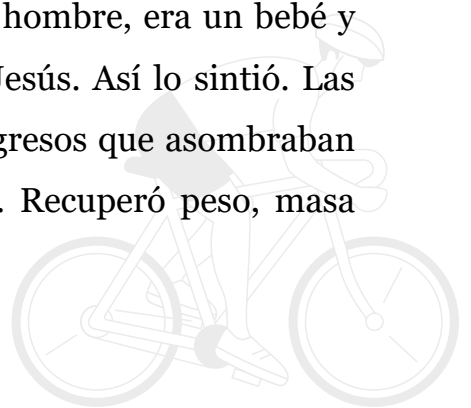


animaba. Hay que volver a rodar, le decía con un nudo en la garganta y una trabazón lastimera de sentimientos en el corazón. Junto con Mónica Salazar –otra compañera del canal–, por poco acaban con las existencias de guanábana en Cali. Diversos estudios señalan que es anticancerígena y ese era el presente que le llevaban con una rigurosidad casi monástica. Moni, se convirtió incluso en su masajista de cabecera, para reactivar la sensibilidad de su pierna derecha. La escasez de recursos venció y la bicicleta de carbono terminó en manos de Cecilia Restrepo, una profesora universitaria que quería hacer algo de deporte. Fue duro desprenderse de la cicla, pero ya se había desprendido de un riñón y de una vértebra. Incluso, regaló los uniformes. También él creyó en algún momento de desasosiego en medio del insomnio, que nada volvería a ser igual.

Por eso lloró a raudales el día que pudo pararse, no se arrodilló porque no pudo, pero le dio gracias al cielo y al día siguiente comenzó las terapias para recuperar la movilidad. Eran dolorosísimas. Su masa muscular había mermado de manera ostensible y el tratamiento de inmunoterapia lo dejaba exhausto. Sin embargo, como impulsado por una fuerza invisible pero arrolladora, todos los días hacía un poco más de ejercicio. Hizo las paces con Dios. Antes de todo su drama le reclamaba, por qué

permitía tanto sufrimiento, tanto dolor, tanta injusticia, tanta pobreza. Una tarde, cerca al Estadio Olímpico Pascual Guerrero, cuando iba operar la cámara en un clásico sanfernandino, un anciano se acercó a la ventanilla de su carro. Edwin la había subido al verlo a los lejos. La bajó un poco. Iba de mal genio. —¿Qué quiere mi viejo?, le dijo con molestia. El anciano, apoyado en un bastón, le preguntó: —¿Usted es un hombre de fe? —A mi manera, respondió cortante y seguro de que era un evangélico. El viejo le pasó una carta sellada. De las antiguas, de esas que en el borde traían unos rectángulos oblicuos, de color azul y rojo. —¿Por qué me peleas? Y se fue. En medio de la cirugía recordó el episodio y se estremeció.

Allí estaban todas las respuestas a su vida, recuerda; y agacha la cabeza como en un acto de sumisión y perdón. No dice nada, pero puede notarse que se le sacude la razón. Después de la segunda intervención quirúrgica, entró en paro y fue reanimado. La hemoglobina bajo a seis y se le fueron las luces. No vio ninguna luz al final de ningún túnel, pero sí a un hombre de cabello oscuro y piel morena, aindiado, que lo levantó como una ofrenda al cielo. En dicho trance, Edwin no era un hombre, era un bebé y no sabe por qué, pero asegura que era Jesús. Así lo sintió. Las terapias avanzaban y con ellas unos progresos que asombraban a familiares, amigos y personal médico. Recuperó peso, masa



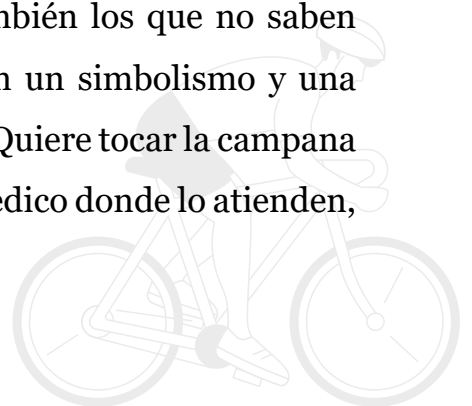
muscular y movilidad. Pero, sobre todo, el ánimo, las ganas de vivir. Una bicicleta estática encendió de nuevo la pasión por el velocípedo de sus amores. Tenía miedo, pero podía más el dominio sobre sus temores y la fuerza de su convicción.

Todo iba mejor. Volvería a retomar la bici, pero quería la suya, la propia. Llamó a Cecilia Restrepo y le dijo que le vendiera su bicicleta. A ella la calentura del deporte se le había pasado. Edwin no tenía el dinero, pero la profe se la fío y él se la pagó en tres cuotas. La recuperó. Llamó a su hermano William y le dijo que le devolviera los uniformes que le había regalado. Todos aceptaban complacidos el retorno de la ilusión y la certeza de su poderío anímico. Había pasado año y medio desde la segunda cirugía. Año y medio desde que la Dra. Zapata le había dicho: “Sepa que usted no tiene cura, usted no se va alentar y si se alienta es un milagro”. Año y medio desde que Edwin le respondió con certeza y humildad: —¡Yo soy el milagro! Javier acompañó la primera salida. Fueron suave hasta el sector de Alfaguara, en Jamundí. Pedaleaba y lloraba. Pedaleaba y pensaba. Pedaleaba y ratificaba que la bicicleta era parte del milagro de la vida.

En 2023 hizo su primera rodada fuerte: la Travesía Himalaya. 700 ciclistas recreativos inscritos. Se entrenó duro, aunque no corre para ganar, sino para vivir. Subía a La Vorágine. A Pueblo

Pance. A Pico de Águila. A La Buitrera. A Villa Carmelo. Haría el recorrido suave, el de 42 kilómetros, para intermedios. Se perdió en la ruta e hizo el de los llamados ‘élites’, el de las ‘máquinas’, el de los tesos, 55 kilómetros. En el ascenso al municipio de La Cumbre lloró. Es un hombre de lágrima fácil. Llegó de sexto en su grupo. Cuando le colgaron la medalla le agradeció a Dios. Ya podía arrodillarse. Agradece a Dios cada día. Sigue en “mantenimiento”, pues un nódulo se estancó. El que tenía el tamaño de una pelota de tenis, es ahora un puntito por el que todavía eres nuestro paciente, le dicen los médicos. El Dr. Fuertes hace charlas con su caso. Se abrazan fuerte cuando se encuentran. Edwin le dice: “Vos sos mi héroe” y el médico se la devuelve cambiada: “El héroe mío sos vos”. La Dra. Zapata es su bálsamo de autoestima, pues cada que lo ve le dice con una emoción tan genuina como su asombro: ¡Cómo estás de bello!

Edwin Zúñiga Restrepo no para. Avanza en la vida que reconfiguró como se suele decir sin pausa, pero sin prisa. Raquel asegura que su recuperación ha sido en todos los aspectos de la vida. Ya no envejece, ahora crece en el tiempo. En eso coinciden todas las personas que lo conocen y también los que no saben nada de sus ocho tatuajes, cada uno con un simbolismo y una representación determinante en su vida. Quiere tocar la campana que está al final del pasillo en el centro médico donde lo atienden,



para agradecer por haberse curado totalmente. No le teme a una nueva cirugía. Asiste con una puntualidad religiosa a sus terapias de medicamento. Con Eywa⁸ Films, su productora de televisión, sigue trabajando para cosechar sueños, convertirlos en realidades, en contenidos que le aporten a la sociedad y le den aún mayor sentido a su existencia. Ha obtenido cinco galardones del Premio de Periodismo Alfonso Bonilla Aragón, dos estatuillas del Premio Halcón de Oro y este año, la nominación al Premio Nacional de Periodismo del CPB, el Círculo de Periodistas de Bogotá. Pero ningún premio es más importante, como el que le otorgó la Divina Providencia: la vida, para amar y trabajar en lo que y por lo que valora en realidad.

⁸ Eywa es una deidad y una fuerza guía en el mundo de Pandora, según la cultura Na'vi. Aunque no tiene un cuerpo físico ni habla con palabras, Eywa es considerada la gran madre que conecta a todos los seres vivos y mantiene su equilibrio.



ANA PAOLA MADRIÑÁN VILLEGAS

Su pecado fue no haber sido paisa sino caleña

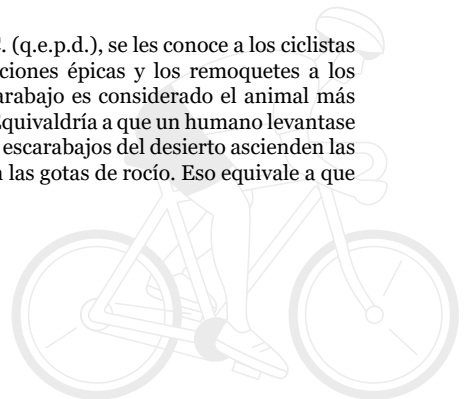
EL PROBLEMA ES NO HABER SIDO PAISA

*A millas siento tu aroma, cualquiera justo razona
Que Cali es Cali señoras, señores, lo demás es loma.*

Cali pachanguero – Jairo Varela

● Bajáale Paola, bajáale Paola! Le gritaba nadie menos que la paisa
María Luisa Calle, medallista olímpica y vedete de las cámaras de Teleantioquia, en el ascenso al Alto de Las Palmas en Medellín, a esta mujer hecha de bravura y algo de porfía, que trepaba como un escarabajo⁹ y a la que no le gustaba la bicicleta y nunca la había visto cercana. Y ella no le bajó, firme en su objetivo y en la meta, desenfundó más pierna y berraquera. María literalmente quería pasar victoriosa por su casa –aún vive en el sector–, pero venció Paola. Salvo en el ‘país antioqueño’ la mayoría de los

⁹ Con ese término acuñado por el Campeón, Carlos Arturo Rueda C. (q.e.p.d.), se les conoce a los ciclistas colombianos en el mundo de la bicicleta. Famoso por sus narraciones épicas y los remoquetes a los deportistas, pudo haberse inspirado en un dato revelador: El escarabajo es considerado el animal más fuerte del mundo, ya que puede levantar más de mil veces su peso. Equivaldría a que un humano levantase dos camiones. Uno dato más romántico si se quiere asegura que los escarabajos del desierto ascienden las dunas dos veces al día, en el alba y en el ocaso, para empaparse con las gotas de rocío. Eso equivale a que un ser humano suba en un día dos veces al Everest.

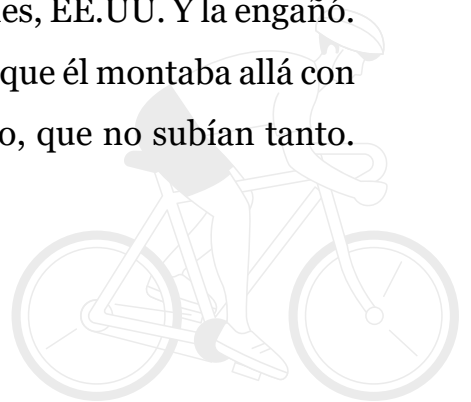


expertos en ciclismo en Colombia coinciden en una cosa: ninguna mujer subía como ella, con esa cadencia en el pedaleo propia de los grandes y esos pequeños lumbares de acero. A pesar de su estatura, o precisamente por ella –1,58 m–, en la montaña era muy difícil superarla. Y algunos consultados van más allá y aseguran, casi en secreto de confesión, que la Calle prefería retirarse de las competencias que ser derrotada por Ana Paola Madriñán Villegas. Aducía enfermedad o problemas mecánicos, cualquier inconveniente, y esa era la noticia que registraban los medios, pero lo cierto era que en los recorridos empinados Paolita era casi imbatible.

Comenzó a competir tarde, en 1998 a los 25 años cuando ya estaba casada; y se retiró en 2013. Quince años de carrera profesional que incluyen dos breves pausas absolutamente planeadas que hoy tienen 22 y 17 años. Juan Pablo y Sofía, sus hijos con Juan Carlos Saa, el hombre que la impulsó en el partidito del ciclismo, pues también ha rodado toda la vida en bicicleta y conocía a don Hernán Herrón Arenas (q.e.p.d.), una institución y referente obligado de las bielas en la región que un día le dijo, “¿por qué no le decís a la Monita que si quiere ir a correr una carrera en Ecuador?”

Y ahí arrancó todo. Se la ganó. “No tenía mucho dominio de la bicicleta, era tronca, pero me rendía”, asegura con una seguridad que no es presunción. Once títulos en carreras de la Unión Ciclista Internacional, amén de un rosario de competencias avaladas por ligas y federaciones, dan cuenta del recorrido y logros de esta mujer, hoy invisible para la actual dirigencia deportiva de Valle del Cauca, en su opinión, plagada de corrupción.

Su segunda competencia fue un paseo, textualmente. Se fue con toda la familia a correr unos Juegos Nacionales en Cartagena. Y toda la familia es toda la familia. Plan sol y playa. De Bolívar se trajo la medalla de bronce y los pergaminos de Flor Marina Delgadillo y María Luisa Calle, comenzaron a abrirle paso a la inscripción de su nombre porque ganó también la ruta con un embalaje en medio de la lluvia, a la que todavía hoy le tiene pavor cuando monta. “Había llovido todo el trayecto y yo no soy embaladora, pero ese día les gané”, evoca con genuino asombro. Hizo puntos para representar a Colombia en un mundial y Verona, en Italia, fue su próximo destino y el choque con la realidad ciclística internacional. Era su tercera carrera. Juan Carlos, su marido, estudiaba en Los Ángeles, EE.UU. Y la engañó. Sí, la engañó, aunque de buena fe. Le dijo que él montaba allá con varias corredoras y que no andaban tanto, que no subían tanto.



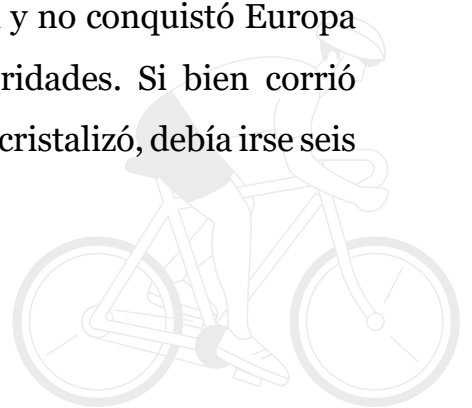
¡Ingenuo! La experiencia fue demoledora. La ubicaron última en el pelotón, junto a Nancy Casallas, eran las únicas dos mujeres en medio de puros hombres, en las calles de la ciudad que escogió Shakespeare como escenario de *Romeo y Julieta*. Estrechez, pavê, falta de equipo. Se retiró y se dijo: “Adiós a los paseos, si quiero seguir en competencia esto es a otro nivel”.

Habló con sus padres, Alfonso Madriñán, que también montó muchos años en bicicleta, de forma recreativa; y con su mamá Ángela Villegas, y les informó que se retiraba del trabajo. No iba más en la finca de Jamundí, municipio vecino de Cali, donde ejercía su profesión de zootecnista, desde que se graduó en la Universidad Nacional de Palmira y en la que transcurrió buena parte de su vida primera en medio del campo y el negocio familiar. Juan Carlos, si no estaba feliz, debía estar muy complacido. Fue y ha sido de todo en su vida: confidente, patrocinador, técnico, masajista, mecánico, psicólogo, animador, acompañante y, por supuesto, gran esposo y compañero. Ese día decidió ser otra hija de la cordillera, otra deportista que encima de una bicicleta forjó un nombre que está escrito con letras doradas en el libro amarillo de los liderazgos.

La disciplina es para Paola una condición *sine qua non*, sin llegar a la obsesión enfermiza o a la compulsión avasalladora. No por lo menos de manera permanente e inflexible. Es bailarina profesional

de Incolballet y después hizo mucho running. “Trotando no era mala, pero no era la mejor”, reconoce mientras agrega que le ganaba sólo al grupo de amigos. No le iba mal. Corrió la maratón de Nueva York y también todas las locales, la Río Cali, la de la Luz, la de la Mujer... Le gustaba hacer fondo a nivel recreativo y llegó a correr con María Carmenza Morales Rendón, medalla de oro en el Campeonato Panamericano de Triatlón en 2005. Por esa disciplina atesorada –casi espartana en su carácter–, su formación muscular, su fortalecimiento óseo y su gran espíritu competitivo, la bicicleta se le dio fácil.

Aunque asegura que le correspondieron tiempos difíciles. “Era ‘jartísimo’ correr con mujeres, un lote femenino es un caos, un manajo de nervios. Sé que ha evolucionado, pero a mí me tocó tremendo”. La bicicleta hace parte de su vida, pero siempre tuvo claro que no era su vida. Fue una de las que desbrozó el camino que hoy recorre el ciclismo femenino nacional. Se retiró campeona hace poco más de una década y no hay a la vista del pelotón vallecaucano, otra corredora que se proyecte como ella. Las que no pegan el brinco a Europa, se las llevan otras ligas nacionales. Triunfó en todo lo que corrió en América y no conquistó Europa porque eran otros tiempos y otras prioridades. Si bien corrió cuatro mundiales, el sueño olímpico no se cristalizó, debía irse seis

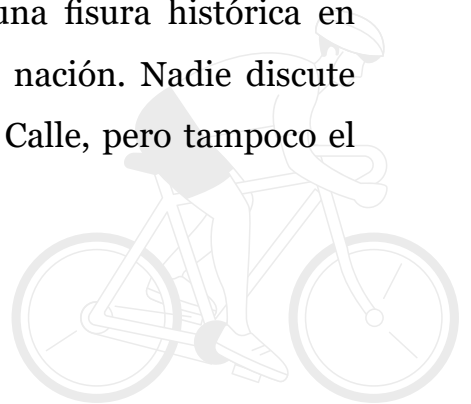


meses a Europa a entrenar y nada es más importante para ella que su familia. “Yo me voy seis meses y cuando llegue no encuentro familia”. Tras haberlo ganado todo en este lado del charco, miró al ego de frente y comenzó a contemplar la realidad del retiro.

El Gato de Río o la María Mulata de la portada al mar, la han visto emprender tantos desafíos y subidas como trofeos y medallas penden en el historial de esta diminuta mujer. No es grande, pero sí grandiosa. Su cuerpo pequeño y armonioso es una capillita hecha de fibra muscular y su personalidad una imponente catedral hecha de carácter, seguridad y resultados en todo cuanto se propone. Un sólido monumento a la disciplina, a la rectitud deportiva y al amor por la familia. Es competitiva y no ha dejado de serlo, asegura con un toquecillo de timidez que contrarresta con ímpetu desbordado. Ahora que monta en bicicleta por puro placer, no soporta un sobrepaso y asume como una provocación cualquier adelanto en la ruta. “Yo me enciendo rapidito”, asegura y se ríe en complicidad con Juan Carlos que con la mirada y sin musitar palabra no sólo lo corrobora, sino que ha de reconocer sin decirlo que se queda corta en la revelación. “Todos los esposos esperan a sus mujeres cuando salen a rodar, a mí me toca esforzarme el doble para que Paola no me deje regado”, confiesa sin pudor alguno.

Su relación con la montaña es de intermediación: la cumbre, ella y la carretera. Ha de ser porque es la de la mitad en su familia nuclear. Tiene una hermana mayor, Alejandra; y un hermano menor, Luis Alfonso. Por el cañón de la carretera que busca el mar Pacífico y que debe superar el kilómetro 18 (46 minutos, su mejor tiempo), la más mítica de las subidas en bicicleta en Cali, entrena con Alejandro Rodríguez, un hombrecito callado y circunspecto al que quiere más que a un hijo bobo. Es corto de estatura y de palabra, pero balbucea una sentencia algo macondiana: “Doña Paola es la mejor y es de Cali, aunque aquí no la apoyaron”. El pequeño tipo se echa otro sorbo de cerveza y vuelve a guardar silencio. Siempre entrenó con amigos y jamás se preocuparon por la pinta ni por tanta parafernalia. Iban a Tenerife, de la finca de Rogelio Arango –otra leyenda de las bielas–, hacia arriba; a El Danubio, a El Arenillo, a tantos lugares que no hubiera conocido de no ser por la bicicleta y por sus amigos (Alexander González, Leonardo Duque, Ardila, Serpa, Laverde, Jaramillo...) de todos los rincones de Colombia, hoy retirados del lote y radicados en la capital vallecaucana o en algún punto del departamento.

En Colombia el regionalismo ha sido una fisura histórica en la arquitectura de la construcción de la nación. Nadie discute los títulos y el palmarés de María Luisa Calle, pero tampoco el



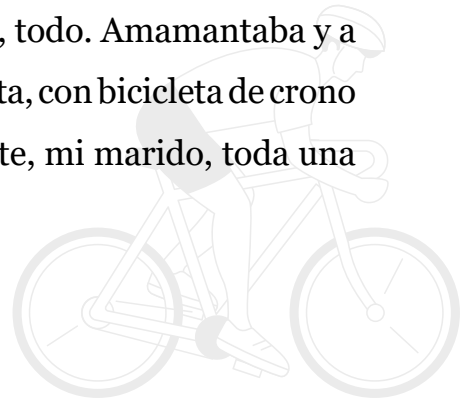
regionalismo paisa o la trascendencia de los hijos de la Ciudad de la Eterna Primavera, Medellín, llamada también la Capital de la Montaña; cuna de ilustres pedalistas como Ramón Hoyos¹⁰, Martín Emilio “Cochise” Rodríguez, Santiago Botero y Sergio Higueta; y Antioquia, la tierra que vio nacer en Urrao a Rigoberto Urán y en La Ceja, a Fernando Gaviria. “Todo lo que se ha ganado Rigo es a pulso y se merece todo lo que le está pasando. No me asombra, me le quitó el sombrero. Es el mismo desde que lo conozco”, asegura Paola mientras llena con agua un recipiente que ubica al lado de Talía (como la hija de Zeus, no Thalía como la cantante mexicana), una convaleciente perra pastor siberiano que la acompaña hace quince años. Y añade: “Rigo era jovencito y vino a correr un circuito aquí en Cali. Unos Juegos Nacionales con subida a la Avenida Circunvalar, yo le tomé una vuelta a todas las mujeres y claro, a algunos hombres”. Rigo se retiró y de buena onda, por la amistad que los une, la culpó a ella: “Paolita mi amor, nos rompiste las piernas, ese recorrido era para vos”. Eso le dijo el hombre que lleva 18 temporadas en Europa, el colombiano que ha corrido más pruebas de tres semanas, 24 en total: 10 Tours, siete Giros y el mismo número de Vueltas a España. Que, si bien sólo registra 14 victorias, se da el lujo de estar en el selecto grupo de

¹⁰ En la Vuelta a Colombia de 1953, se atrevió a ponerse un collar hecho con arepas y entrar triunfante a Bogotá, con la cara ensangrentada producto de las piedras, los palos y las botellas que le había lanzado la multitud, por atreverse a profanar el territorio de otro ídolo: Efraín el Zipa Forero, campeón de la primera Vuelta a Colombia.

compatriotas que ha ganado etapas en las tres grandes carreras; y como si fuera poco, plata en ruta de los Juegos Olímpicos de 2012, en la que perdió el oro por voltear a mirar p'atrás güevón, antes de cruzar la meta.

Paola nunca pasó afugias, no nació en una olvidada vereda del campo colombiano, ni pasó hambre, ni debió madrugar a trabajar desde la infancia para ayudar a sus padres a sostener a una familia numerosa, ni se retiró de la escuela, ni fue mensajera o trabajó en una bicicleta, ni tuvo dificultades para adquirir un uniforme o lo necesario para competir. No padeció ninguna de esas historias de miseria, violencia y superación de las que está llena la vida de nuestros héroes del ciclismo. Pero no la tuvo fácil, su papá deportivo fue el paisa Gabriel Jaime Vélez, quien la entrenó siempre, creía ciegamente en ella cuando el departamento no le creyó. “El Valle me creyó al final cuando ya era campeona de todo”, asevera de forma categórica.

Como cuando expresa que a pesar de sus embarazos (planeados según calendario ciclístico) entrenaba todos los días, hasta el día antes de la cesárea. Y que cuando se corría la Copa Colombia viajaba con niñera, muchachito, pañalera, todo. Amamantaba y a correr. “Era toda una delegación, una buseta, con bicicleta de crono y de ruta, Anita la niñera, Alejo el asistente, mi marido, toda una

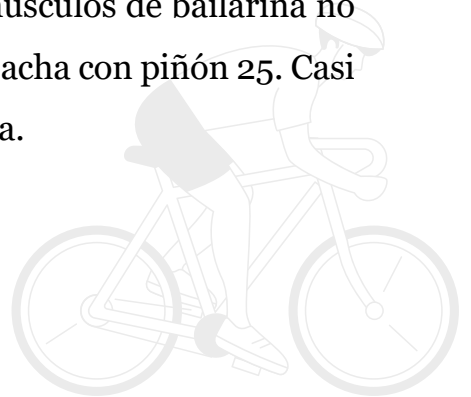


logística”, evoca mientras sonrío y añade que los Panamericanos de Río de Janeiro estaban en la mira y fue seleccionada. Ganaba los chequeos. Llovieron las críticas por su parto reciente. Fue, corrió y venció. El segundo embarazo le dio más duro que cualquier ascenso, muchas náuseas. Hoy Sofía es una jovencita vivaz que saludó con amabilidad cuando llegó del colegio, comió algo y salió presurosa al encuentro con unas amigas. Hace deporte y ha hecho bici, pero Paola y Juan Carlos, lo consideran un riesgo. Han cambiado los tiempos y han pasado los años.

Loganó todo a nivel de América: Juegos Centroamericanos, Juegos Suramericanos, Juegos Bolivarianos, Juegos Panamericanos... Venció a medallistas olímpicas en Uruguay, donde la inscribieron sólo a ella, aunque también estaba María Luisa Calle en competencia, pero el cuerpo técnico no le veía posibilidades de triunfo. Con Raúl Mesa como técnico corrió en Bolivia, ganó la contrarreloj y la ruta, apertura y cierre de la carrera. En medio de condiciones muy adversas de salubridad en el hospedaje y de seguridad en los lugares de entrenamiento, pensó en retirarse, pero el técnico le dijo: “Quédese Paolita, son en subida, son suyas”. Nunca esquivó dificultades, ni calculó participaciones por posibilidades de triunfo. Le agradece muchísimo a la bicicleta, pero mucho más a la vida por su familia. Ya no disfrutaba la presión, el comentario del delegado de Coldeportes, entre el

gracejo y la imposición: Contamos con la medalla de oro Paola. “Ni que yo viviera de la bicicleta”, pensó y dijo adiós.

Paola Madriñán muchas veces corrió sola en ruta, sin un equipo, sin otra estrategia que la trazada por su grandeza y su honradez atlética, pues ni siquiera le gustan las bebidas energizantes, que le saben a remedio. No toma gaseosa desde los nueve años. No come carne. Con todo y el pavor a las agujas, de forma eventual, se hacía inyectar algún suplemento vitamínico para equilibrar su organismo tras el desgaste. Pero nada más. “En el alto rendimiento hay deshumanización. No importan las personas sino los títulos. Menos los riñones, la esterilidad o que se disparen células cancerígenas”. Admira a la estadounidense Amber Neben (que a su vez admiraba la pasión y el pundonor de la caleña), una leyenda que lo ha superado todo –incluido un cáncer–, y que ahora tiene su propia marca de bicicletas: 4P. Perseverancia (*Perseverance*), Paciencia (*Patience*), Perspectiva (*Perspective*) y Fuerza (*Power*). La loma más tesa que enfrentó fue en una Clásica Anapoima, a nivel de páramo, se quedó sin aire a pesar de tener una excelente recuperación. No valió el entreno de Dapa en Yumbo o El Escobero-El Piojo, en Vijes. La elasticidad de sus músculos de bailarina no respondió a la relación con la que subió: pacha con piñón 25. Casi se funde y eso que nunca la afectó la altura.



Ahora monta para alimentar su corazón y su alma. No se impone kilómetros. Va al gimnasio o disfruta una mañana en familia o una tarde en pareja. Ya no se martiriza. Sufrió tanto y comió tanta ‘miércoles’ que ya no le provoca. Por eso se asombra de los recreativos, “están locos, se han metido en una cinta, están empeliculados: no viven del ciclismo y entrenan como si fueran élites. Y meten vainas”. Es una ráfaga de opiniones, de sensatez, de crítica con fundamento y hasta de regaños con argumento. Es impaciente, por eso ni profesora ni entrenadora. Reflexiona sobre la moda de los ‘pupis’ –como les dice Rembi (Remberto Jaramillo, otro ciclista exprofesional, amigo de rodada)–, esas bicicletas de millones que se exhiben como las mujeres embutidas en enterizos costosísimos, como los carros que los escoltan, como los relojes y teléfonos inteligentes que portan, como los cascos y las zapatillas con las que se podrían comprar las bicicletas de todo un equipo infantil. “¡Qué es esa locura, en una ciudad que vivió hace tres años un estallido social, donde se ve tanta pobreza!”. Aficionados preocupados por cuántos vatios movieron y esclavos del Strava¹¹, del tiempo que hace su amigo de rodada (aunque confiesa que es un mal del ciclista lengüilargo, eso de alardear con los tiempos), algo tan *bluff*, tan falso y destinado a impresionar, que choca con ella y con su percepción del ciclismo al que le dio buena parte de su ser. Paola acalora su discurso y sentencia que sólo valen los

tiempos cuando a todos los mide el mismo cronómetro y en las mismas circunstancias y condiciones de carrera.

El calor soporífero parece haber firmado una tregua eterna con el oeste de Cali. Aquí la temperatura es diferente, siempre primaveral. Las riberas de los ríos Cali y Aguacatal, fundidas en Entreríos, son una especie de termostato de la ciudad que convierte en brisa maravillosa el viento que baja a veces furioso desde Los Farallones. Es el lugar de residencia y el punto de partida de las rodadas ahora esporádicas de Paola Madriñán, la ciclista caleña más destacada de todos los tiempos. A la que la dirigencia parece haber olvidado. No es una cuestión de apoyo financiero –que jamás ha necesitado, vive con holgura– de homenajes o monumentos, es una cuestión de reconocimiento elemental a su trayectoria y a sus triunfos. “A mí muchas personas me dicen, Paola el problema tuyo fue no haber sido paisa”, afirma sin resentimiento y más bien con algo de mofa. Tal vez por su posición social, por su independencia económica, acaso por su pensamiento crítico, a esta mujer la ciudad y la región no le han otorgado un sitio. Bueno, habría que decir que tampoco lo necesita porque su historia es la evidencia de tal merecimiento.

¹¹ Es una red social y una aplicación basada en Internet y GPS enfocada a deportistas como pueden ser ciclistas y corredores, cuyo objetivo central es el seguimiento en términos de tiempos y recorridos.

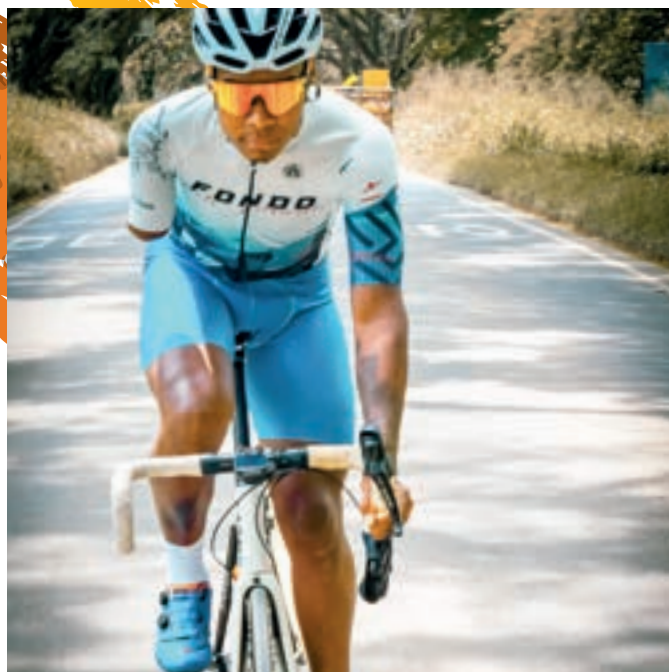


Paola nació en Cali el 18 de octubre de 1973 y cinco días después el gobierno del presidente de la República, Misael Pastrana Borrero (q.e.p.d.), decretó toque de queda para la realización del Censo Nacional de Población que arrojó una cifra levemente superior a los 20 millones de habitantes. Ahora, es una entre más de 50 millones, la única ciclista colombiana que se ha dado el lujo de colgar la bicicleta en la cúspide y no en el ocaso de su carrera, que sale a rodar cuando le da la gana y que se dedicó a bailar salsa en la academia Swing Latino para enaltecer la alegría que les corresponde a las caleñas de pura cepa oís. Vive y siente la vida sin la presión de la competencia, con el agradecimiento por cada día, por cada instante al mismo tiempo fugaz y eterno, por cada oportunidad de ser; de ser y vivir feliz.

De la cocina de su apartamento emana el aroma de un café colombiano que luego me brinda con la calidez de quien ha desabrigado una parte de su vida. Lo bebo a sorbos cortos y me cuenta –como una anécdota final y una gran ironía de la vida, pues el emblema de las pepas rojas en la montaña es una estampilla nacional– que en los Juegos Panamericanos de República Dominicana salió positiva por 0.5 miligramos de

cafeína, sustancia por entonces restringida más no prohibida. Algo absurdo que duró menos que un termo con café en una mañana lluviosa y con neblina. Agradezco con honestidad el tinto y el haberme permitido la entrevista en el espacio sagrado de su hogar. Me despido de Paola y de Juan Carlos, deseándoles la recuperación de Talia y con la certeza de que en el deporte colombiano hay maravillosas excepciones en los orígenes y vidas de nuestros mejores embajadores.





JUAN CARLOS TORRES MERCADO

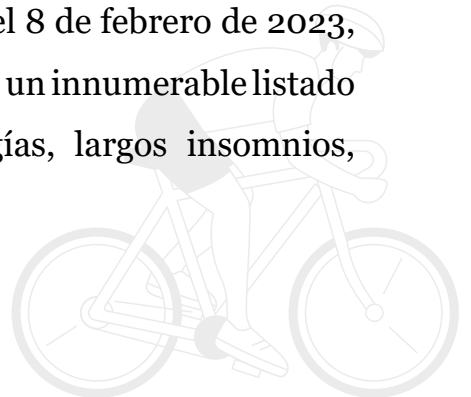
Sin su brazo derecho hace bicicleta y *running*

“YO SIENTO QUE ESTOY COMPLETO”.

*No sabía lo que dije, qué sentiría vivir sin ti
Dije lo que dije sin pensar, sin pensar
Y la consecuencia es jamás volverte a ver.*

3 a.m. – The Lebrón Brothers

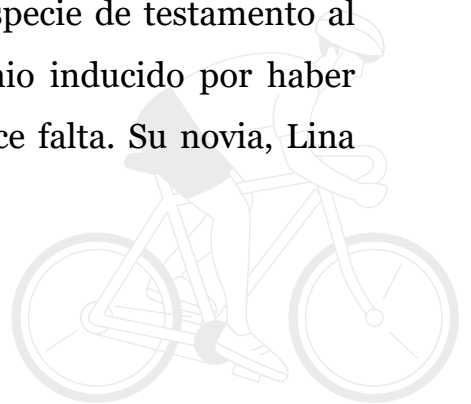
Puede ser difícil para alguien que no conozca su historia comprender cómo se puede asumir y superar un trauma, cuando quien vivió la experiencia tomó la decisión de perder su brazo derecho porque ya no le servía para nada. Es más, porque se le había convertido en un verdadero estorbo. Cuando quien experimentó el suceso fue quien propició, no el accidente en este caso, sino la decisión de zafarse de ocho kilos inservibles de una parte de su cuerpo que se murió antes de tiempo. Juan Carlos Torres Mercado resolvió hacerse amputar su brazo cuando la medicina ya había hecho lo suyo y el destino obstinado también: nada sirvió. La disección se llevó a cabo el 8 de febrero de 2023, dos años, cuatro meses y 23 días –amén de un innumerable listado de citas, exámenes, diagnósticos, cirugías, largos insomnios,



intensos dolores y una batalla jurídica con el sistema de salud en Colombia—, después de sufrir un accidente el 13 de septiembre de 2020 en el sector de Miravalle, zona montañosa del municipio de Jamundí, cuando hacía lo que más le gusta en la vida: montar en bicicleta, en aquel entonces, para liberarse del encierro de la pandemia. Hoy, para trascender en la vida.

Ese día, su amigo Edwin Rodríguez Pipicano, estudiante de Comunicación Social, Humanidades y Artes de la Universidad Autónoma de Occidente, y apasionado como él por la fotografía, le había propuesto salir a dar un ‘borondo’ en bicicleta, pero Juan le dijo que lo dejaran para por la noche. Ya tenía la cita ineludible con el destino. Su colega fue el primero en enterarse del accidente —ningún familiar respondió el teléfono— y quien acudió al Hospital Piloto de Jamundí. “Estaba golpeado y con un chichón entre el hombro y el cuello, pero las radiografías no mostraban nada más”, asegura como si el asombro no se hubiera desvanecido. Los dos pensaron que se trataba de simples magulladuras, como otras que había sufrido en la práctica del BMX y que con algo de reposo, calmantes y cuidados estaría de nuevo al frente del cañón. Pero el calvario apenas comenzaba, esa curva en una bicicleta de ruta le cambió el rumbo a su vida y le enderezó el camino en muchos sentidos que, si bien no estaba torcido, ahora le hacen valorar cosas que antes consideraba mínimas o superficiales.

Su brazo se fue lleno de tatuajes, experiencias e ilusiones. Se despidieron. Fueron a muchos lugares, a todos en bicicleta. “Lo llevé a Miravalle, donde lo perdí y no me había dado cuenta. Fuimos a cine. A Marte, otro lugar de tierra roja, bacano para subir en bici por Ciudad Jardín. Cocinamos pasta, hecha por nosotros. Nadamos. Le dimos la vuelta al Lago Calima. Yo lo pasié (sic) bastante antes de despedirnos”, puntualiza con humor y sin el más mínimo asomo de tristeza, más bien con un tufillo de perversa ironía. La EPS (Entidad Promotora de Salud) negaba el procedimiento, pues aducían sus directivos que no estaba en riesgo su vida, pero él insistía: estaba en riesgo su felicidad. Luchas y tutelas con las que al final logró coronar su objetivo, con el ímpetu de un ciclista competitivo y el deleite de uno recreativo que va por la vida poniéndole el pecho a la brisa y adelantándose un poco a los acontecimientos. Por eso se retiró de la Academia de Dibujo Profesional, porque vería Fotografía por allá en séptimo semestre y él con apenas 18 años ya estaba trabajando con el diario gratuito *Publimetro* y luego con la Orquesta de los Hermanos Lebrón, que le dejó el clásico *Temperatura* como su banda sonora preferida para entrenar y el tema *3:00 a.m.*, en la voz de Frankie Vásquez, como una especie de testamento al desamor provocado, una oda al insomnio inducido por haber despachado a ese amor que después hace falta. Su novia, Lina

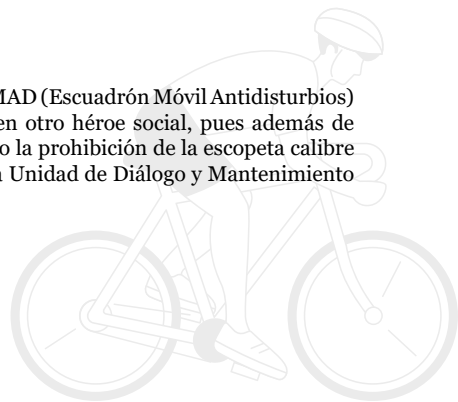


Vargas, que también corre, pero de forma recreativa, reconoce que sus metas son muy altas. Tanto como sus sentimientos.

Durante cuatro años fue reportero gráfico y hasta el incidente le llegó el clic, pues el obturador de todas las cámaras está en el lado derecho y los lentes pesan y deben sostenerse con la mano contraria para equilibrar la tarea de capturar instantes, que aprendió de maestros como Christian Escobar, quien asegura le enseñó la calle; Luis Robayo, fotógrafo de la AFP (*Agence France-Presse*) en Cali; Oswaldo Páez, presidente el Círculo de reporteros gráficos de Valle del Cauca; y el casi legendario Aymer Álvarez, pensionado de *El País* de Cali, pero nunca jubilado de la fotografía. Iba a los eventos y a las movilizaciones sociales a ver cómo se movían, cómo emplazaban su cuerpo y la cámara, cómo se protegían, cómo buscaban objetivos y ángulos, para lograr piezas de buena comunicación y por qué no, de colección. Por eso se tatuó en la canilla de su pierna derecha la primera foto que le tomaron mientras hacía reportería gráfica, porque en ella vio retratada su vida, lo que tanto había soñado ser y ahora ya no es. En medio de las protestas del Estallido social sólo pensaba en fotos, se moría por disparar... su cámara, pero la vida lo había puesto de quieto para la foto.

Juan tenía una especie de vitral en la piel de su brazo derecho, unas flores geométricas que daban cuenta de su sensibilidad artística y representaban una conexión entre cada tatuaje: Un ojo que todo lo ve, cerca de los nudillos de la mano; y en ellos, las letras de la palabra *shot* (disparo o foto en inglés). Un irreverente mico con pañoleta y gafas. Un Darth Vader de la saga de Stars Wars, cuya frase “Yo soy tu padre”, lo conmueve. En la palma de su mano derecha estaba tatuada la estrella de los puntos cardinales (hecha cuando ya sentía muy poco) y en el anverso de ese remo hoy ausente, un laberinto. En el brazo izquierdo aún conserva el tatuaje de la cámara análoga y sus partes, como en su memoria, las fotos que logró en Bogotá sobre la muerte de Dilan Cruz¹², suceso que lo impactó y le enseñó que la vida se pierde en un instante. El lóbulo de su oreja izquierda está ampliado por un aro, una práctica propia de la tribu de los Mursi en África, que se deformaban labios y orejas para no ser escogidos como esclavos y hoy son símbolo de belleza y para él, de liderazgo, pues asegura que dichas expansiones denotan rango. Ama la libertad y protege su independencia, tanto como su vida íntima. “Nadie es pobre porque quiere” y se queda callado. Son esos momentos

¹² Joven bachiller bogotano muerto a manos de un miembro del ESMAD (Escuadrón Móvil Antidisturbios) en las protestas del 23 de noviembre de 2019 y que se convirtió en otro héroe social, pues además de convertirse en mártir y símbolo, el debate social y mediático supuso la prohibición de la escopeta calibre 12 en este tipo de manifestaciones. Hoy se este grupo de denomina Unidad de Diálogo y Mantenimiento del Orden (UNDMO).

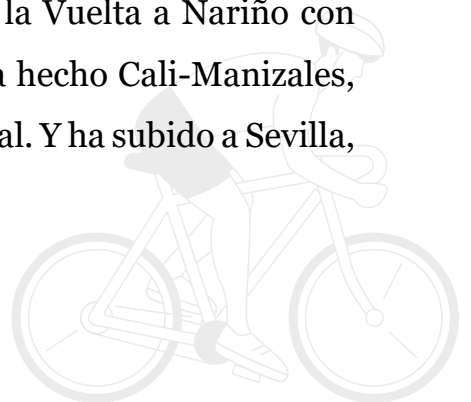


de silencio, que por momentos disfruta, como la pausa cuando evoca la frase: “Ninguna foto vale una vida”.

Es un trigüeño pispo –de pestañas largas–, que es menos serio de lo que aparenta. “Ese man tiene un humor y un valor inigualables, al lugar donde se accidentó él mismo le puso la curva del mocho”, dice el colega Eduardo Contreras, que lo acompañó a una rodada en julio de 2022 para una nota del programa *Los Informantes*, cuando aún debía cargar su brazo en la espalda, así como se tercian las indígenas a sus bebés cuando van al surco a labrar la tierra. Ese día los acompañó Jarlinson Pantano, que primero fue ídolo y ahora es amigo: “Juan es un berraco, yo he visto a muchos quejarse por menos en la vida y en el ciclismo”, asegura un hombre que carga a costas una etapa en el Tour de Francia, un señalamiento social por *doping* y una capacidad de resiliencia ante las adversidades, más grande que su palmarés. Es en la mente donde se disputan las verdaderas batallas y las de Juan comienzan por la escritura, no sólo en sentido figurado porque debió reescribir su nueva historia, sino porque debió volver a aprender a escribir con la mano izquierda. Le cuesta, pero lo hace. “En todo este tiempo he cambiado como 55 veces de firma”, afirma con evidente exageración, pero no da el brazo –que le queda– a torcer. Se le da más fácil el diseño, el dibujo a mano alzada, las imágenes.

Decía Jorge Luis Borges que de todos los instrumentos del hombre el más asombroso era el libro, pues es una extensión de la memoria y de la imaginación, mientras que los otros son del cuerpo; y citaba los de la vista, el telescopio y el microscopio; y de la voz, el teléfono; y dos del brazo: la espada y el arado, que pueden en positivo significar la lucha y la supervivencia. Juan lucha ahora en el duatlón, porque nadar en aguas abiertas y profundas le da terror. “El mar por la orillita”. Por eso abandonó el triatlón; y a Indervalle, porque se sentía amarrado, atado en sus expectativas. Hace pista y ruta. Le gusta la primera, porque le va mejor. “Es un solo tuestazo”, asegura, un solo esfuerzo rápido y furioso, agrega con clara evocación cinematográfica. Otra de sus pasiones, en las que destaca el talento del polémico director Quentin Tarantino o las actuaciones siempre impecables de Denzel Washington o de Morgan Freeman o de cualquier otro actor o actriz negros. Tan sólo 20 afros se han ganado el Oscar desde 1929, entre más de 300 blancos y ese desbalance habla de retos y calidad, como los que él se impone para lograr la excelencia y el triunfo.

La ruta es dura, pero se entrena con gente ‘normal’ y hace parte de la preparación. Ha corrido tres veces la Vuelta a Nariño con buenos resultados, con y sin el brazo. Ha hecho Cali-Manizales, 265 kilómetros. Ocho horas voleando pedal. Y ha subido a Sevilla,

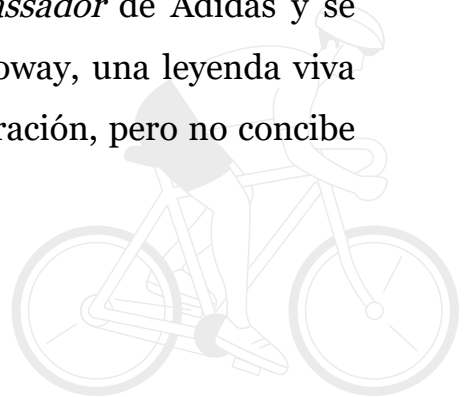


por la curva del violín, una ruta dura que tiene muchos “ya casi llega”. Todavía hay quienes le preguntan: ¿ve y ya te cortaron el brazo? Y él responde con una agudeza mordaz: “No, hoy lo dejé en la casa”. Con la misma que asegura que su duelo fue sólo de una semana: del 1 al 7 de enero de 2021. Única crisis de incertidumbre. Ninguna más, habían pasado cinco meses desde el accidente y una cirugía sin éxito. Diana Marcela Ortiz, fisioterapeuta y docente universitaria, asegura que el caso de Juan es un ejemplo de resiliencia y vitalidad. “Tiene una fortaleza física que en un deportista de alto rendimiento es normal, digamos, pero la fuerza de su espíritu es algo descomunal” y añade que su disciplina y compromiso la asombraron desde que lo conoció y comenzaron las terapias a las que asistía con una puntualidad inglesa. Camila Erazo, su agente y representante, lo considera recatado pero justo, abordarlo sin invadir su privacidad es encontrarse con un ser humano excepcional que tiene en la disciplina tal vez su mayor virtud, en medio de otras como la superación y el nunca postergar sus responsabilidades.

A Juan Carlos en el accidente no se le rompió un solo hueso, pero sí el plexo braquial, que es un entramado de nervios que envía señales desde la médula espinal hasta el hombro, el brazo y la mano. El miembro quedó con irrigación sanguínea, pero

sin sensibilidad y, por ende, sin funcionalidad. Por eso tomó la decisión de cercenárselo, pensar más en él y menos en un saco largo de huesos, pellejo y músculos inservibles. Es vanidoso y le gusta verse bien, porque el duelo ya pasó. El *paracycling* es su nueva realidad y sus nuevos réditos: Juegos Nacionales, Copa Colombia y un medallero generoso. Necesitaba liberarse y de ahí que para algunos comprender una decisión de esta magnitud, sea más arduo que asumir todas las argucias que alguien puede esgrimir para aceptarse tal y como es. Por ejemplo, por qué hay quienes luchan contra una calvicie en vez de raparse o por qué hay ejércitos de pacientes en un quirófano negándose a envejecer con dignidad.

Vive con su papá y con su hermano, que lo acogieron con amor. No habla de su familia consanguínea en su natal Palmira, donde nació el 29 de marzo de 1998, en plena Semana Santa. En la felicidad que le produce la bicicleta no hay espacio para la nostalgia o la melancolía, su brazo no le servía y lo que no sirve estorba, así de categórico es este joven de 26 años, conocido en redes sociales como El Plexo y quien hace parte del Team Gatorade Colombia, practica *running* como *ambassador* de Adidas y se entrena con el estadounidense Jeff Galloway, una leyenda viva del atletismo olímpico. Le gusta la admiración, pero no concibe



el sentir o provocar lástima, ese es un vicio que se agrava cuando el propio ser quiere inspirarla, una remota posibilidad en su mundo de pensamiento positivo. Equipo El Plexo es su proyecto de *marketing*, una marca, un sello, tal vez una ironía, acaso un sarcástico homenaje, pero es en suma una alegoría a lo que perdió para ganar en la existencia. Quiere llenar los teatros en los que alguna vez fotografió artistas, abarrotarlos con gente que no sólo quiera escuchar su historia, sino a la que le interese salir adelante, superar obstáculos, imponerse metas. Ahora quiere estar al frente de la cámara.

El arte de la vida es el arte de evitar el dolor, nos dejó dicho Thomas Jefferson, uno de los padres de la independencia gringa. Juan había pedido desarticulación de su brazo, es decir, quitarlo de raíz, con hombro y todo. Por suerte en el tira y afloje con el médico acordaron dejarlo a la altura de una camiseta manga corta. En lo que si no se pusieron de acuerdo, fue en el embeleco de que jamás volvería a montar en bicicleta. Va a rodar hasta que pueda y a correr hasta que se canse, como *Forrest Gump*, hasta que el mundo comprenda que la realidad ocurre sin pedir permiso y es ello a lo que llamamos destino, por eso este hombre se enfoca en sus capacidades y no en las limitaciones que puede suponer no tener el brazo derecho. Amante del visor y no de la

pantalla, cuando debió cubrir como fotógrafo el terremoto de Ecuador en la provincia de Manta, la vida lo estaba preparando para la experiencia, fue impactante la sacudida, lo reconoce, pero increíblemente enriquecedora.

Cuando le dicen que tiene muchas posibilidades de triunfo, corrige y dice con picardía: “Muchas no, mochas”. Me despido y le digo de corazón, ‘mochas’ gracias. Sonríe y con una humildad espontánea deja escapar un halago: “Fue una entrevista diferente”. Tomó el último sorbo de su café sin azúcar y se dispuso a regresar a su casa en el barrio El Ingenio al trote. Seis kilómetros. En breve correrá la maratón del Valle como preparación para la de Medellín, en Antioquia. Cuando lo saludé sin la confianza de quien apenas se acerca a una historia de vida tan conmovedora como positiva, extendí mi brazo izquierdo y le ofrecí mi mano con un mucho gusto afable, donde se viera normal saludar con la mano contraria. Me corrigió *ipso facto*: ¡Mocho gusto! Y ahí se rompió el hielo para contar esta historia, que ojalá refleje la gran calidez y la no menos inmensa calidad humana de su protagonista.





REMBERTO JARAMILLO ROMERO

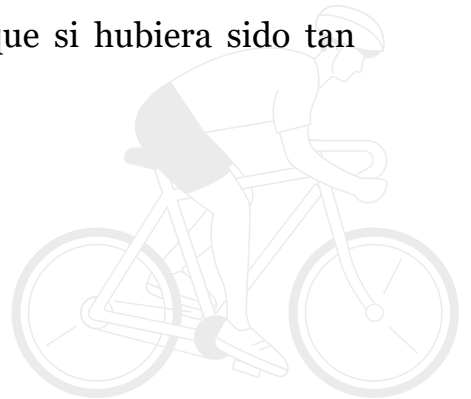
Depués del primero todos son perdedores

"EL CAMPEÓN NECESITA TODO Y ESO INCLUYE SUERTE".

*Diez razones para mi vivir, para descansar y despertar
Diez razones para ser feliz, disfrutando tu amor nada más.*

Diez razones – Martín Elías

Después de correr completas 14 vueltas a Colombia y 15 clásicos RCN y no retirarse de ninguna de todas las carreras que se disputan en el suelo patrio y algunas de las que se desarrollan en otros países del vecindario latinoamericano –en ocasiones a pesar de las más adversas circunstancias– Remberto Jaramillo Romero habla como descendía (a tumba abierta decía el fallecido periodista Alberto Martínez Práder), sin frenos en la lengua: “Aunque me cae mal, el mejor ciclista de Colombia es Egan Bernal”. Y lo dice con una seriedad que no lo caracteriza, pues este barranqueño no sólo tiene un aire a Cantinflas, sino que es un mamagallista implacable. Tal vez por eso añade con socarronería que le gusta más Rigo y que si hubiera sido tan



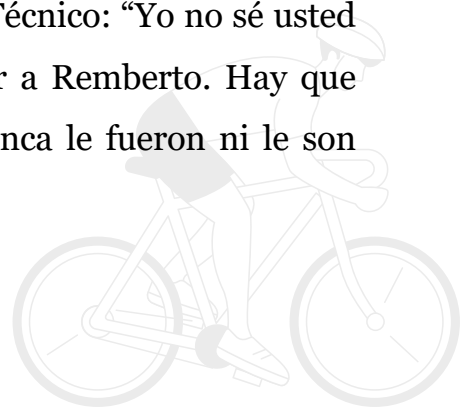
exitoso como él, también le habrían hecho una novela, porque la calidad de su recocha es famosa en el gremio de los pedalazos, que tiene más anécdotas que radios tienen las bicicletas viejas. Entre polas y con las pilas bien puestas, se desabrochó algunas. Una de ellas hubiera ruborizado al marqués de Sade, pero a él sólo le generó rabia en el momento y risa para el resto de la vida.

Es un hombre menudo y con muy pocas canas a sus 40 años. Se retiró apenas hace un lustro. Cinco años en los que ya casi no monta, pero en los que sigue aferrado de otras formas a la bicicleta. Es un trigueño que bordea el mestizaje del zambo y asegura que nunca le hicieron los bloqueadores. “Yo soy negro de puro sol”. Debe aclararse, sólo en la cara y el cuello; los antebrazos, desde la macana; y desde la parte baja de los muslos, hasta los tobillos. De resto es blanco ‘pollo crudo’. Su bigote es escaso y de su barba ni hablar, él mismo dice que es como un hueso lleno de hormigas diminutas. No es vanidoso y su pinta habitual incluye pantalón de sudadera y tenis. No se le ven manillas o pulseras, ni cadenas de oro, sólo un reloj deportivo normalito. No se le notan sus 1,73 de estatura, ni sus 78 kilos. (60 kilos era su peso habitual cuando estaba en el profesionalismo). Se conserva flaco, pero con una barriguita incipiente, como la del bolígrafo corrector ochentero, sí señores, como la del famoso *Liquid Paper*. Es serio, pero no solemne. Ama

tanto sus recuerdos como sus pérdidas en el ciclismo y confiesa sin pudor alguno que la última Vuelta a Colombia la corrió gracias a un chiste. No anduvo bien en las tres carreras previas.

“La pierna no me giró en la pretemporada”. Con resignación era consciente de que su puesto en el equipo lo había perdido. Fue informado en medio de una cena en El Santuario-Antioquia. Nunca fue el capo, pero sí el gregario de oro. Iba bien en todos los terrenos y en el de darle ánimo, confianza y seguridad a sus compañeros, era imbatible. “Estaba más aburrido que Juan Pablo Montoya, detrás del carro de la basura”. Pero no está muerto el que lucha y se tiró un salvavidas que todavía le parece increíble. El equipo iría sin él a los Estados Unidos a entrenarse para enfrentar la Vuelta Colombia. “Me dieron ganas de ir otra vez a Estados Unidos”, —dijo con una ráfaga de seguridad inalterable. Y entonces el dueño de la firma, le preguntó: ¿Cómo así y es que usted ya ha ido a Estados Unidos?” “No, nunca” —respondió Remberto. Y añadió como estocada final: —“Pero este año me volvieron a dar ganas”.

La carcajada del patrón y de todo el grupo rompió la tensión del momento. El hombre le dijo al Director Técnico: “Yo no sé usted a quién va a sacar, pero tiene que llevar a Remberto. Hay que inyectarle buena actitud al equipo”. Nunca le fueron ni le son

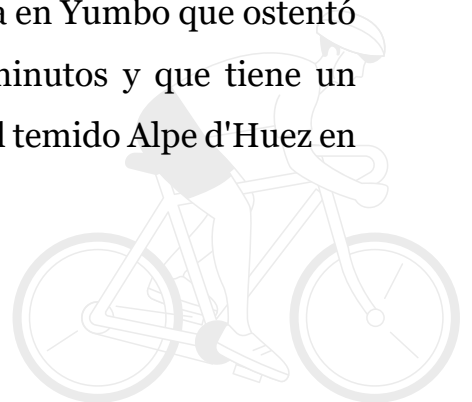


extrañas al Campeón de las metas volantes de la Vuelta a Colombia 2007, estas pequeñas victorias que no cubren los grandes medios, pero que llenan de orgullo a quienes no recibieron del todo la bendición de la fama y de la gloria. Declara sin modestia que, en un país de grandes escaladores, subía más que bien. Es decir, más que la mayoría. Y eso lo confirman amigos, como Jarlinson Pantano; compañeros, como Mauricio Soler que ganó la primera Vuelta al Porvenir que corrió Remberto; y periodistas, como Jairo Chávez Ávila, una biblia del ciclismo nacional en la región. Todos le temían a la etapa que va de Mariquita al Alto de Letras, 80 kilómetros de ascenso pleno. Pero Rember o Remby –así le dicen sus más allegados– cree que es más dura la Loma del Escobero en Envigado. 10,5 kilómetros de subida al cielo que parecen llevar al infierno. La subida a La Línea es más dura de Calarcá a Cajamarca, pero más corta: 24 kilómetros. En sentido contrario, son 50 kilómetros con más descanso. Recita las distancias como si las estuviera leyendo en un mapa y dibuja las carreteras con sus palabras como si no hubiera dejado de recorrerlas nunca en la bici.

En 2014 perdió en la última etapa la camiseta de la montaña por cuenta de una fuga en grupo de la que no recibió información oportuna. “El que entrena duro tiene derecho andar duro y a que uno en la loma sólo lo siga el culo”, declara al vaivén de unos

buenos vallenatos (canta a garganta herida *Diez razones*, de Martín Elías; y *Llegó el momento*, de Peter Manjarrés) y al calor de unas Andinas bien frías. Ostenta un tercer puesto de honor en los tiempos de subida al mítico Kilómetro 18 en Cali. En el Clásico RCN de 1986 con nadie menos que el bretón Bernard Hinault (cinco veces Campeón del *Tour de France*) como gran invitado, Lucho Herrera acabó con todos los pronósticos e impuso un tiempo de 39'15" partiendo desde el Hotel Intercontinental. Con salida desde La Portada había parado el cronómetro en 37'20". Miguel Ángel el *Supermán* López (que en 2023 se ganó nueve de las 10 etapas de la edición número 73 de la Vuelta a Colombia), en un entrenamiento con el Team Medellín EPM registró 36'59" en 2022. Y Remberto, el hijo de don Remberto Jaramillo y de doña Nelly Romero, hizo 39'06" en 2018.

Ahora que la aplicación Strava o cualquier 'reloj inteligente' mide con mayor precisión, escucha en silencio y con asombro las historias de los tiempos de los ciclistas aficionados en la cima nublada donde termina Cali y comienza Dagua. Allí aguarda en su moto a los pupilos que entrena y que espera superen su récord y muchos otros. Como el del Alto de Dapa en Yumbo que ostentó varios años ya como exciclista, en 25 minutos y que tiene un punto más de inclinación promedio que el temido Alpe d'Huez en



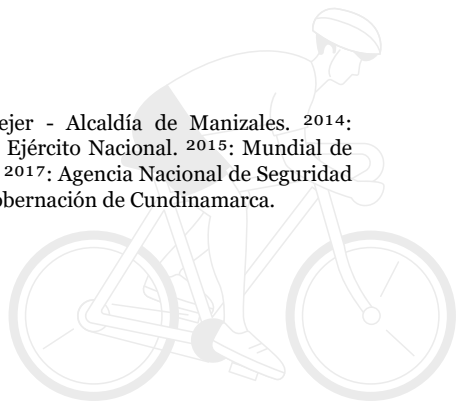
Francia: 9%. Son siete kilómetros de ascenso sin descanso que elevan hasta los 1.668 metros. El de la región Le Bourg-d'Oisans tiene una longitud de 13.9 kilómetros y un promedio de 8% que sube hasta los 1.118 metros.

Todos los que padecen hoy la goma del ciclismo aficionado han escuchado –y hasta leído– que, en el profesionalismo, si no se triunfa en Europa de la bicicleta no se puede vivir, pero de lo que todos están seguros, es que sin ella no vale la pena hacerlo. Lo cierto es que este hombre que logró etapas y obtuvo triunfos parciales, que se codeó con los grandes y acarició la fama, que siempre fue protagonista en vueltas reinas, que embalaba y escalaba con la misma habilidad; desde que se ganó la primera carrera de novatos con tan sólo once años, no ha vivido de otra cosa y para otra cosa que no sea el ciclismo. Puede sonar sobrador, pero asegura que siendo un pela'o cuando necesitaba ganar ganaba, “porque tenía más técnica que condición física”. No sabía entonces que el verdadero poder radica en la mente y no en el cuerpo, como nos dejó dicho el emperador romano Marco Aurelio en sus *Meditaciones*. A los doce ya pertenecía a un club al

que lo llevó un entrenador que le vio condiciones y en adelante, vistió el uniforme de casi una decena de equipos colombianos en los trece años en los que fue ciclista profesional, entre 2006 y 2019¹³. Sigue siendo un ser humano humilde, servicial e incondicional.

Después del impulso de su padre, un ciclista recreativo que le regaló su primera bicicleta, Remberto no ha dejado de pedalearle a la vida. En 2010 fue el único corredor de la Vuelta a Colombia nacido en Barrancabermeja, que define como la ciudad de las tres pes: Petróleo, pescado y putas. Y cuatro años después, el único barranqueño que se ha vestido como líder de la montaña. El ídolo de su infancia, su gran inspiración, fue el santandereano Hernán Buenahora, que enarbola en su primer apellido lo que todo ciclista anhela: ganarle al reloj. Tuvo la oportunidad de correr a su lado en 2002 un circuito en el Panachi (Parque Nacional del Chicamocha). El hombre venía de ser quinto en el Giro de Italia y a pesar de la diferencia de edad se hicieron buenos amigos. Oriundo de Barichara, era tan santandereano y tan aguerrido como él. Rember jovencito seguía sus participaciones en el Tour

¹³ 2006: Frugos del Valle. 2007: Frugos-Indervallo. 2013: Coltejer - Alcaldía de Manizales. 2014: Gobernación de Santander - Inder Santander Fuerzas Armadas - Ejército Nacional. 2015: Mundial de Tornillos - Pijaos. 2016: Mundial de Tornillos - Formesan - Pijaos. 2017: Agencia Nacional de Seguridad Vial. 2018: Deprisa. Y en 2019: Team Saitel Aguardiente Néctar - Gobernación de Cundinamarca.

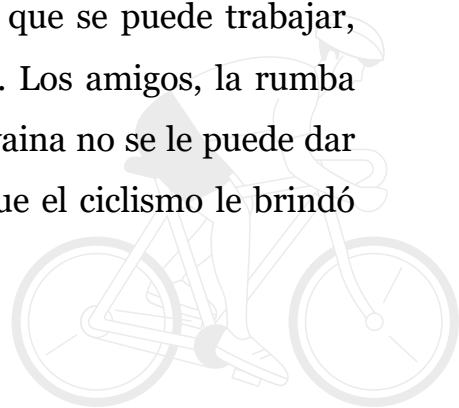


de Francia, donde en 1995 ocupó la casilla 10 y se trajo la camiseta de la combatividad; en la Vuelta a Colombia, que ganó una vez y ocupó dos segundos lugares; y en el Clásico RCN, del que se ganó la última edición oficial en 2004.

Cuando se le pregunta hace cuánto llegó a Cali, responde con otro chascarrillo: “Yo no me acuerdo, pero Cristo Rey era chiquito”. La verdad es que fue la tierra que le brindó la oportunidad de ser profesional, por eso y por sus características en la ruta, siempre creyeron que era vallecaucano, como el bugueño, Luis H. Díaz; el cerriteño, Rogelio Arango; o Luis Carlos Manrique, otro santandereano que todo el mundo cree valluno, como el champús o los aborrajados. La oportunidad se la dio don Orlando Bermúdez, de Gripofen, su primer patrocinador. Dejó a su familia, a sus dos hermanos por parte de papá y a sus dos hermanas, una de ellas ya fallecida, en su Barranca del alma. Aquí echó raíces muy temprano. Entrenaba duro y sus sacrificios los empapaba de adrenalina. Conoció en unos campeonatos nacionales a Lady Abonía Cortés –subcampeona en dos ocasiones de esas lides–, su esposa y la madre de sus tres hijos: Miguel Ángel (17), Juan David (10) y Victoria (dos añitos). Se la presentó un amigo aficionado a la ruta, Alejandro Rodríguez Baquero, un hombrecito pequeño y de pocas palabras, al que Remberto le pone la canción *Los enanos sí bailan*, cada que llega a su negocio.

Es la Bicicletería Élite. Tiene más nombre que espacio, pero es la base de su pequeña solidez financiera. Es un taller, almacén, punto de encuentro y cervecería (es una exageración, pero vende cerveza), ubicado en la comuna 5 de Cali hace 16 años, cerca del barrio Los Andes y de la Urbanización Barranquilla. Allí se dan cita exciclistas profesionales, aficionados, recreativos y toda esa fauna que encuentra en la bicicleta aquello que les pareciera esquivo en la vida cotidiana: autocontrol, fuerza de voluntad, dominio del pensamiento, atisbos de poder y “esa meta a la que todos quieren llegar: la felicidad”. Así define Remberto a la esquiva felicidad, mientras apunta en su cuaderno uno a uno los servicios y las ventas que hace en su negocio. Es un espacio chiquito y desordenado, cuatro metros de frente por seis de fondo. El escenario infinito de los espacios inmensos de la evocación. Allí los problemas son tan minúsculos como pequeño es el local, porque la consigna es reírse y divertirse.

Brindarle a su hijo –que sigue sus pasos en el ciclismo–, el apoyo que él no tuvo en términos de dirección, es otra de sus metas. Considera que tiene más condiciones que capacidades (de nuevo la dupla cuerpo/mente), pero que se puede trabajar, todavía es un niño y la disciplina cuesta. Los amigos, la rumba y la novia son tentaciones duras. “A esa vaina no se le puede dar como a cajón que no cierra”. No duda que el ciclismo le brindó



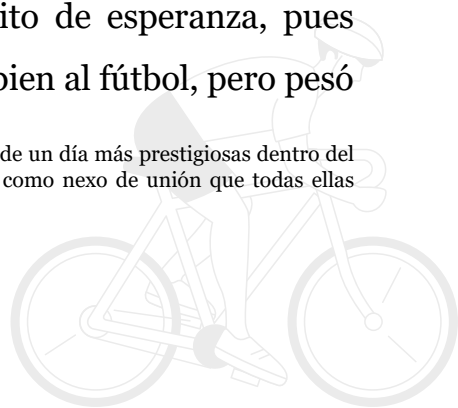
una familia y el arte de aprender a vivir la vida. Satisfacciones, obstáculos, sufrimientos, metas... por respeto al deporte y a los deportistas está preparándose, quiere llegar a ser el Presidente de la Federación Colombiana de Ciclismo. Estudia Tecnología del Deporte en la Escuela Nacional del Deporte. Ya es técnico y tecnólogo, pero quiere ser profesional. En 2021 se estrenó como técnico en la Vuelta de la juventud. Dirigió Strong Cycling del Valle. Ha trabajado con Mindeporte. Fue entrenador y es seleccionador del Programa Team de la Secretaría del Deporte de Cali. Siempre quiere llegar más lejos, más alto, más fuerte. Eso le dejó el ciclismo profesional.

Miguel Ángel ve todo en su padre. Al ciclista, porque a pesar de su juventud asegura que nunca se deja de ser ciclista, sólo que la bicicleta cambia de lugar en el podio de la vida. Al guía, porque él es quien le marca su derrotero y destino. Al hombre, que con su ejemplo lo educa. Y la meta, no a la que quiere llegar, sino la que quiere superar. “Quiero correr las tres grandes”. Por supuesto, se refiere al Tour de Francia, el Giro de Italia y la Vuelta a España. Más que dinero o fama, lo que primero quiere alcanzar es prestigio, porque “el deporte a veces es desagradecido”. Es menudito y trigueño como su papá, pero fortalece la ruta con pista: velocidad, semifondo, cuartetas, persecución por equipos, etc. Antonio Ulises Cortés, un ciclista recreativo de 75 años que

se toma muy en serio su afición, afirma que el hijo de Remberto llegará lejos. Y lo hará porque si tiene las condiciones humanas de su padre y pule las capacidades con sus enseñanzas, está llamado a ser un gran ciclista. John, el mecánico del taller hace tres años, un tipo con tatuajes, aretes e hincha acérrimo del América, escucha al cucho y lo confirma: ¡Sisas!

Remberto bebe otro sorbo de cerveza, destapa otras tres y lanza otra de esas sentencias como macondianas con la que nos despabila a todos: “Hoy tengo más ganas de beber, que de vivir”. Lady, se ríe, pero le reclama con los ojos. Alejandro, brinda, siempre pone la canal. Antonio, choca su puño, no está tomando. Y John, el mecánico, pues vuelve con su contundencia verbal: ¡Epa firma! Rember afirma de manera categórica que los ciclistas tolimenses y los ‘boyacos’ beben cerveza como televisor viejo: isin control!; y que el mejor ciclista del mundo es el belga, Remco Evenepoel, primero en la historia en ganar una Gran Vuelta, un Monumento¹⁴, el Mundial en Ruta y el Mundial Contrarreloj. Un hombre que decepcionado se retiró del fútbol a los 16 años cuando pertenecía a la selección prejuvenil de su país, porque ‘chupaba mucha banca’. Dicha admiración debe encerrar un hálito de esperanza, pues asegura que su hijo Miguel Ángel jugaba bien al fútbol, pero pesó

¹⁴ Monumento es como se conoce en ciclismo a las cinco carreras de un día más prestigiosas dentro del calendario internacional. Se tratan de cinco pruebas que poseen como nexo de unión que todas ellas fueron creadas antes de la Primera Guerra Mundial.



más la ‘burra’. Por eso le tiene dos bien fierruditas, dos maquinotas. No los ‘pescuezos’ en los que él comenzó a rodar. Unos ‘andamios’ pesados, unas ‘cascorrias’. “Son un par de ‘burrotes’ le digo, no los ‘perros’ en los que yo comencé a montar”.

Evoca con algo de nostalgia que debía taparle la marca a la primera bicicleta costosa que tuvo (una Giant Pluma Negra), porque no se acomodaba bien en la que le daba su equipo. Iba en contra del contrato, lo mismo que tomar trago. La compró con sus ahorros, aunque un “trique traque” (traqueto) le había dicho escoja la que quiera. Vive y bebe tranquilo. Una noche, después de una etapa en la Vuelta a Colombia de 2016, se fueron a tomar cerveza en Salento con Robinson Charapud y Mauricio Ortega. La idea era tomarse un par de ‘birras’ para conciliar el sueño, pues después de tanta bebida energizante ‘tiraban mucho bombillo’ con el insomnio. Pero a Ortega se le fue la mano y lo subieron borracho al cuarto, como a los toreros, ‘en hombros’. Al otro día se corría la etapa once Salento-Armenia-Calarcá-Ibagué, con trepada al Alto de la Línea. Era el líder, había ganado la sexta etapa Medellín-Alto de las Palmas y le había quitado un día después el liderato a nadie menos que al español Óscar Sevilla, en la etapa Caldas-Manizales, que también ganó. No volvió a soltar el primer puesto

de la carrera, ni de la montaña; y llegó victorioso a Tunja después de las trece etapas de la vuelta. Fue el campeón 'irre-tufo-able'.

Rember suspira y lanza su última sentencia: "El campeón necesita todo y eso incluye suerte". No niega que la tuvo, pero hicieron falta cosas. De pronto sobraron otras. Se encomendaba a Dios antes de cada etapa, de cada entrenamiento, y a fe que lo protegió. Alcanzar 90 kilómetros por hora en el descenso de La Línea es suicida. Ha visto videos y ahora siente miedo, aunque en ese momento sólo pensara en la meta. —¿Sabe qué fue lo peor que me pasó en el ciclismo? No me atreví respuesta alguna, creí que se estaba poniendo triste y nostálgico. Había rememorado el accidente en 2005 del transmóvil de RCN Radio, bajando a Calarcá, en el cual murió el narrador Alberto Martínez Práder y resultó herido el comentarista Héctor Urrego. —Fue en un entrenamiento en la recta Cali-Palmira. Iba solo. Sentí que una moto me alcanzó y no me adelantó. Iba a rueda. Ahí pegadita. Yo miraba de reojo. De pronto un ladrón. Hasta que se me olvidó. Después del peaje volteé a mirar y el tipo que la conducía venía haciéndose la paja. Me dio rabia, obvio. Me armé con la bomba de aire. Lo insulté. ¡Mucho degenerado! Salió despavorido. Después me dio risa.



A Remberto le tomó varios días, tal vez un par de meses, comprender que esa situación tan bizarra, no era su culpa. Y pensó bien, porque las aberraciones humanas son una especie de submundo insondable y ese hombre masturbándose, ‘armado, puñaleando el gorila’, no era un animal, sólo un desdichado ser lleno de frustración y colmado de miseria. Y él en cambio, un ciclista consciente de que la vida no es buena ni mala, sino un lugar para el bien y para el mal, para el triunfo y para la derrota, para la gloria y para el olvido, que aún tiene la buena fortuna de no retirarse de la carrera de la vida.



ALEJANDRO VARGAS SALAS

Sin su pierna derecha de raíz es triatlonista

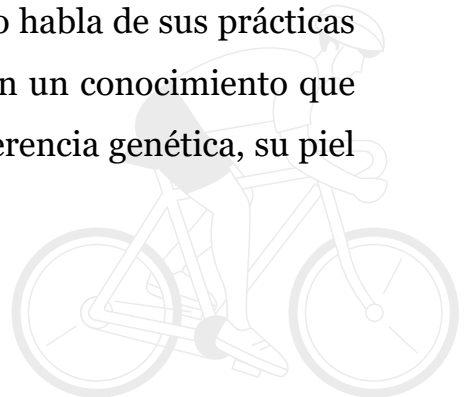
POLVO DE LOS CAMINOS

¡Ay zamba, ay vida!

*Polvo de los caminos ocultan el llanto de ausencias tan largas
Vientos en remolinos que llevan mi canto pa' dónde no sé.*

Polvo de los caminos - Agustín Irusta

Es un tipo serio, disciplinado y puntual. Su día comienza a las 4:00 a.m. con una oración y la convicción de que su vida está puesta al servicio del triatlón. “Yo soy triatleta y después lo demás”, afirma con una certeza hasta cierto punto temeraria, pues es hijo, hermano, esposo, padre, administrador de empresas, docente universitario y otras facetas que conforman y complementan la vida de cualquier persona. Una suma de factores que cada quien organiza según sus prioridades. A las 5:00 a.m. ya está en la piscina y hora y media después, según el plan de trabajo, hace atletismo o sale a rodar. En apariencia es un hombre recio, con el rostro adusto y parco en el diálogo, pero cuando habla de sus prácticas deportivas lo hace con una claridad y con un conocimiento que le encienden la mirada. Más allá de su herencia genética, su piel



se ha oscurecido producto de las largas e intensas jornadas de entrenamiento en el trote, la natación y la bicicleta, que los fines de semana lo absorbe. Es un hombre preclaro que habla con una seguridad que transmite confianza.

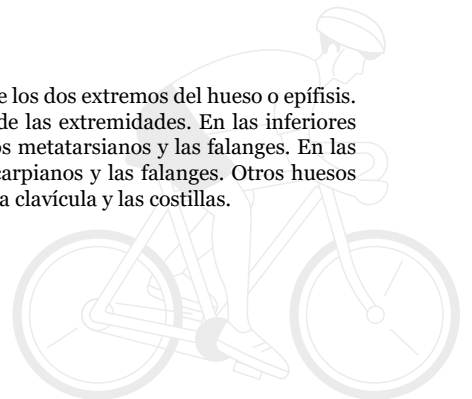
Alejandro Vargas Salas nació el año en el que el M-19 desplegó una ofensiva sin precedentes en toda la nación, el mismo en el que la Madre Teresa de Calcuta visitó el país y en el que Fabio Parra ganó su primera Vuelta a Colombia, que partió de Cúcuta y terminó en Cali: en 1981. Aunque su familia vivía en Puerto Tejada, su mamá fue trasladada al Hospital de Santander de Quilichao el 27 de enero para garantizar una mejor atención y en esa fecha y lugar llegó al mundo el papá de Tatiana Vargas Castaño, de trece años; y de Aarón Vargas Cáceres, de tres años larguitos; sus hijos con Sandra y Claudia, pilares fundamentales de su vida y la ratificación de que el ser humano tiene la asombrosa capacidad de rehacerse siempre, de terminar y arrancar procesos, de comenzar cada vez que extravía o cambia de camino, por lo que debe reencontrarlo, adecuarlo y mejorarlo o, simplemente, construir uno nuevo para seguir adelante.

Tiene 43 años y hace 34 vive en Cali. 40 días de nacida tenía su primogénita cuando sobrevino el diluvio de la tragedia: un accidente el 28 de abril de 2011 en el que perdió su pierna derecha

de raíz. Una amputación desarticulada porque su diáfisis¹⁵ quedó muy astillada. Esa tarde soleada y polvorienta le cambió la vida. El muchacho futbolista, gran trabajador, buen bailarín y padre novato, adelantó por la izquierda –como debe ser– a un camión mezclador de concreto, a la altura del angosto puente sobre el río Cauca, que une en el sector de El Hormiguero a los departamentos de Cauca y Valle del Cauca. Cuando quiso volver a ubicarse a la derecha de la vía tras superar la nube de polvo y sortear una seguidilla de cráteres, la llanta delantera de su moto cayó en un hueco y se fue al suelo. En el aire sólo pensaba en que debía pararse cuanto antes –el gran vehículo acechaba–, pero luego hay un bache en su memoria y no recuerda nada. Después, sólo una fuerte presión sobre su pierna y, en medio del *shock*, el pedido atormentado de que movieran el dobletroque. No lo hicieron por alguna razón jurídica, la que en esos tiempos ordenaba el Tránsito: no alterar la escena del accidente, no mover los vehículos involucrados para la realización del croquis.

Bien sabemos hoy que, en la Antigüedad, cuando la ciencia y la fe no tenían límites claros y definidos, el 40 no era un número

¹⁵ La diáfisis tiene forma cilíndrica y alargada. Está localizada entre los dos extremos del hueso o epífisis. Los principales huesos que poseen diáfisis son los huesos largos de las extremidades. En las inferiores el ser humano tiene diáfisis el fémur, la tibia, y fibula (peroné), los metatarsianos y las falanges. En las extremidades superiores, el húmero, el cúbito, el radio, los metacarpianos y las falanges. Otros huesos largos que poseen diáfisis, pero no están en las extremidades, son la clavícula y las costillas.

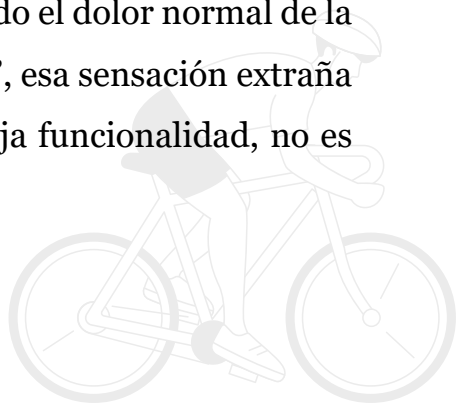


sino una hipérbole: significaba muchísimos; y esos fueron los obstáculos y los pensamientos que debió superar este hombre que ya era un deportista convencido cuando su hija –hoy deportista como él, tenista– lo había ilusionado 40 días y trasnochado 40 noches. Cuando 40 minutos después llegó la ambulancia y habían movido el camión, terminó la presión que operó como torniquete y comenzó el desangre y el dolor, que no lo ha abandonado nunca, sólo ha migrado de la extremidad inexistente a la parte de la cadera. “Son unos corrientazos muy intensos, un dolor que crece, no avisa, no hay indicios de que va a suceder, qué lo genera y tampoco una frecuencia determinada”, explica con una lógica casi matemática, acaso la misma que utiliza cuando dicta clases particulares sobre la ciencia de los números que creara Pitágoras de Samos. Pueden pasar meses sin sentir dolor o repetirse en dos o tres días de una misma semana. O tres o cuatro veces en un minuto. Aquí no ha podido despejar la fórmula o plantear una ecuación.

Una enfermera que pasaba en un bus que se detuvo en el lugar le hizo un torniquete. (Siempre hay algún ángel en medio del infierno). Su hermano llegó al lugar y Alejandro fue trasladado a la Clínica Valle del Lili. Los médicos no se explican cómo no entró en paro cardiorrespiratorio si había perdido casi toda su sangre. Le aplicaron seis bolsas y dos de plasma. “Ahora todo depende

de él”, sentenció el equipo de galenos. Con la evocación de un torrente sanguíneo semivacío, pero con un espíritu rebosante de carácter, asegura: “Si el señor del camión no frena a tiempo, me hubiera aplastado las dos piernas y si hubiera movido el carro antes, cuando yo lo imploraba, tal vez no estaría vivo”. Lo asevera sin rencor y más bien con un tono de agradecimiento al pensar que hubiese podido ser peor.

Al centro médico llegó entumecido, con poca movilidad en sus brazos y sus manos rígidas e inflexibles, como desprendiéndose de la vida. Su recuperación tras la amputación –que los médicos decidieron con celeridad– fue muy rápida. Baste decir que estuvo sólo un día en la Unidad de Cuidados Intensivos y luego cuatro en la de Cuidados Intermedios. Salió de la clínica cinco días después del accidente, una proeza en medio de la desventura. Dichos procesos suelen ser más largos y complejos, pero en este caso todo fue tan rápido como la pregunta que martiriza a la humanidad cuando sobreviene una tragedia individual y el ser humano se siente solo entre la multitud y pierde la conciencia de que ningún sentimiento es para siempre: ¿Por qué a mí? Fueron tres semanas sin dormir y sintiendo el dolor normal de la amputación y el insólito “dolor fantasma”, esa sensación extraña de un cerebro que, a pesar de su compleja funcionalidad, no es



tan perfecto como creemos y se demora en comprender que ese miembro ya no está. Lo superó con terapia neural y conciencia plena de su nueva condición.

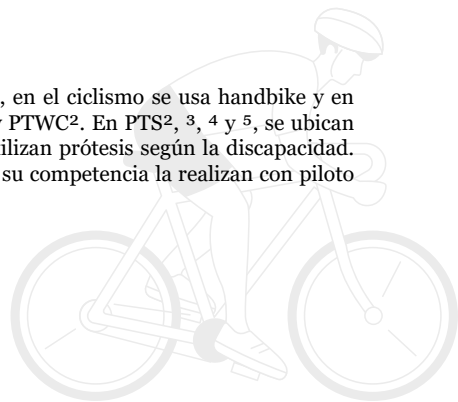
Toda la vida ha sido deportista. Jugó fútbol amateur hasta los 21 años y cuando el profesionalismo ya no fue posible se dedicó a las artes marciales. El apoyo de sus compañeros y alumnos de Kun-fu resultó determinante en su recuperación anímica, pues lo instaron a seguir, a no desfallecer, a seguir. Lo intentó, pero se fue desmotivando, ya no era igual, ya las patadas no tenían la misma contundencia, la misma potencia o altura, no estaba satisfecho, su técnica y fortaleza ahora estaban mermadas, reducidas en una sola pierna. Quería practicar un deporte que le implicara utilizar todo lo que ahora tenía, un cuerpo atlético sin la pierna derecha. Un amigo de Indervalle le sugirió el *powerlifting* o levantamiento de potencia, pero tampoco le sonó, le implicaría sólo trabajar con los brazos.

Pasó el tiempo y Alejandro contactó en 2016 a un entrenador de paranatación y eso si le gustó, pues suponía un trabajo más completo. Además, le sugirió que entrenara también *paracycling*. No tenía implementos y siguió en el agua. Entretanto se sumergió

en el mundo de las clasificaciones de los paradeportistas¹⁶, a los que catalogan según la capacidad que les queda después de su discapacidad. Alejandro es S9 en natación, que incluye a los deportistas con restricciones en las articulaciones de una pierna o los que tienen dos amputaciones por debajo de la rodilla. Competía con personas con parálisis cerebral que en algunos casos era mínima y al ser completas en términos de su cuerpo, tenía una desventaja grande y no le iba bien. Fabián Calle, su entrenador, le sugiere entonces en 2017 el triatlón. Ya con natación y ciclismo, en 2018 comenzó a sentir lo que en su momento le brindaron el fútbol y el Kun-fu: todo el cuerpo en procura de una disciplina total.

Entrena en el Complejo Panamericano, en la piscina de kayak polo que le asignaron a su club, el Runmax, que se utiliza también para nado sincronizado. Su entrenador Jonhatan Alzate Ramírez, licenciado en Educación Física y Deporte y quien ostenta el record Iroman en Colombia, el mejor tiempo en un Iroman *full*, y a quien Alejandro considera de otro planeta, lo define como un hombre admirable. Cuando arrancó con el triatlón pensaba que por su discapacidad sería categoría PTS2. En una competencia en San

¹⁶ En la PTWC, compiten deportistas que utilizan silla de ruedas, en el ciclismo se usa handbike y en el atletismo, silla de ruedas; los deportistas se ubican en PTWC¹ y PTWC². En PTS², ³, ⁴ y ⁵, se ubican paraatletas con discapacidad física o parálisis cerebral, algunos utilizan prótesis según la discapacidad. PTVI ¹, ² y ³, participan deportistas con discapacidad visual, toda su competencia la realizan con piloto en bicicleta tándem.



Andrés en la que quedó de segundo, el CEO de la IT World hoy el Word Triathlon, lo clasificó en una categoría inferior, la PTWC, por su amputación desarticulada podría competir en silla de ruedas, una *handbike*, un triciclo anverso (dos ruedas adelante y una atrás) que opera con sus brazos. Esa fue la motivación definitiva y aunque más dura, con mayores posibilidades de triunfo.

Los atletas paralímpicos tienen una condición muy particular: son motivadores sin decir una sola palabra, sólo con su actividad, con su vida misma. Tienen ese efecto particular. Alguna vez una joven le dijo con un tono como de enojo en la cima del Cerro de las Tres Cruces: ¡Subí por vos! Si este man puede con muletas, por qué yo no, le expresó con más amabilidad y un poco más recuperada, con más aire en los pulmones y menos engreimiento en el corazón. En la pista de trote del Parque de la salud en Pance mientras corría un señor le pidió una foto para llevársela a su hija. Le expresó que ella siente que tiene una limitación, pero él considera que es más mental que física. “Sé que esta fotografía le dirá mucho más de lo que yo le he dicho”, y siguió trotando con el ronronear del río como telón de fondo. Yady Fernández, amputada como él –pero de la pierna izquierda y también en un accidente en

moto—y quien hace pista y ruta en bicicleta convencional con una adaptación el sillín que le permite equilibrarse pues sostiene su nalga y el muñón, considera que “Alejandro más que un ejemplo de superación, es un ejemplo de valor físico y espiritual”.

Le gusta la loma en bicicleta, pero la considera muy dura. “Yo me les pegó a los grupos de ciclistas convencionales en el plan, pero en la loma ya me queda muy de para arriba”, reconoce; y añade que también montó en bici convencional, pues competía como PTS, pero los resultados no le eran muy favorables. Ciertas categorías encierran de entrada unas penalizaciones en tiempo para intentar equilibrar las competencias, el análisis que hicieron con su grupo al cambiarse de categoría, y que lo motiva cada día, es que ello amplía sus posibilidades internacionales. De ahí que no haya podido —ni querido de alguna manera— acostumbrarse a la prótesis, que le suponía utilizar una especie de corsé que le incomodaba, le tallaba la parte baja del abdomen y le impedía moverse con destreza como lo hace con sus muletas. A falta de una, es como si este hombre tuviera tres piernas; son dos ágiles extensiones de su brazos fibrosos y potentes que le permiten moverse con una facilidad asombrosa.



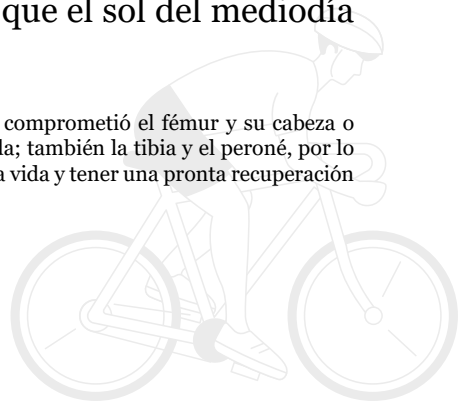
Si bien no hay una competencia próxima, acoge el lema de los scouts: siempre listo. En 2019 se truncó la participación en los Juegos Nacionales, porque un deportista se cambió de categoría y no había con quién enfrentarse. “En el paradesporte también se mueven cosas extradesportivas”, recalca con la seriedad que lo caracteriza. Vino la desmotivación, pues era considerado el mejor de Colombia en su momento y en su categoría. No hubo apoyo para competir en otros lugares donde había grandes posibilidades, Canadá, por ejemplo. Ya en pandemia redujo el ritmo de sus entrenamientos y su nivel bajó, no quiere que eso le vuelva a pasar. Nadaba, porque la sensación de libertad es suprema, pero ya no hacía con tanta constancia bicicleta y atletismo. En 2022 retomó con más fuerza y el año pasado el apoyo emergió como una tromba: Indervalle y la Federación lo tienen entrenando a tope.

Los Juegos Nacionales están lejos y es preciso foguearse. Este año no han competido y eso es vital para cualquier deportista que quiera medir resultados. En el calendario del triatlón tiene su mira puesta en dos eventos internacionales que se realizarán en Colombia: un suramericano, que sería la segunda vez que se celebra aquí; y una copa mundo en la que nuestro país sería la primera nación de Suramérica en organizarla. Sería representar a Colombia, sin haber tenido aún la posibilidad de competir

por el departamento. Un contrasentido o una de esas ironías tan proclives en el ámbito deportivo nacional. Mientras espera, entrena y educa. Alejandro Vargas es profesor de la Escuela de Ingeniería Industrial de la Universidad del Valle y orienta cursos como Análisis Económico e Inversiones; Evaluación y Administración de Proyectos; y uno que resume su existencia, Emprendimiento. De ahí deviene su precisión conceptual, la organización de sus ideas con la misma meticulosidad con la que organiza su tiempo y proyecta su futuro en la vida y en la competencia deportiva, que lo motiva a ser mejor cada día, a ratificar el nombre de su cuenta de Instagram: alejoinvencible.

Lejos está la tarde en la que se dirigía de su natal Puerto Tejada, donde le ayudaba a su tío con el servicio de instalaciones eléctricas; al colegio de Cali donde daba clases de artes marciales y gimnasia, cuando en el sector de El Hormiguero le cambió la vida. Un camión, una llanta y una malaventura. Cuando intentó moverse y no pudo, supo que algo grave había sucedido. Había sufrido aplastamiento y desprendimiento de su pierna derecha¹⁷. Inicialmente no sintió dolor físico. Eran las 2:30 p.m., esa hora en la que el sopor lo envuelve todo, en la que el sol del mediodía

¹⁷ El aplastamiento de la llanta fue en la zona de la rodilla, pero comprometió el fémur y su cabeza o diáfisis, que es la que se incrusta en la cadera y quedó muy astillada; también la tibia y el peroné, por lo que desarticular la pierna entregaba más posibilidades de salvarle la vida y tener una pronta recuperación tras la amputación.



comienza lánguidamente a dobligar sus rayos y a entregarse de a poco a la brisa del atardecer todavía lejano. Parafraseando la letra de la zamba interpretada magistralmente por el exquisito cantante argentino Agustín Irusta, ese camión se llevó en su rodar un pedazo de alma, nunca más vendrá por la huella, pero gracias al deporte Alejandro encontró la calma.

Hoy le duele haber perdido su pierna, pero no le duele no tenerla. Hoy algo tan simple como ver a alguien caminar le parece fascinante. Hoy extraña más el baile que el fútbol. Hoy esa discapacidad adquirida es un plus. Hoy sabe que una cosa son las ganas y otra el desempeño. Hoy es feliz porque hace todo lo que le gusta. Hoy es un hombre fuerte, física y mentalmente, “pero hay momentos, hay momentos... eso no se lo puedo negar”, confiesa con la voz sin el ímpetu y la vehemencia características. Tiene el tatuaje de un dragón en un lado de la espalda baja, al que considera uno de sus errores en la vida; y dos aretes, un par de aros negros que le dan un halo de muchacho rockero e irreverente. Nada qué ver con su personalidad reservada. Hasta cierto punto esos dos zarcillos, tal vez distantes de su seriedad conceptual, ratifican su avasalladora personalidad.



YADY VANESSA FERNÁNDEZ BRAVO

Sin su pierna izquierda hace bici de ruta y pista

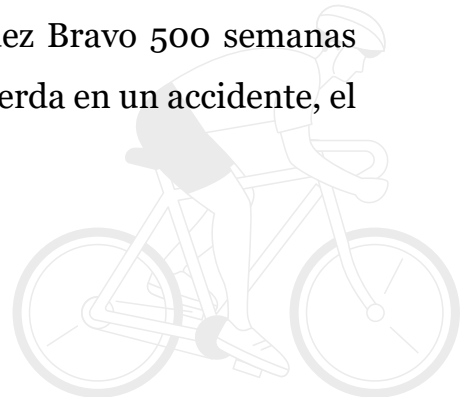
¡SORPRENDE EL TAMAÑO DE SU SONRISA!

*Los caminos de la vida, no son como yo pensaba
Como los imaginaba, no son como yo creía.*

Los caminos de la vida – Omar Geles

“¡Eras mi amiga!, no sabes cuánto me dolió que me dejaras.

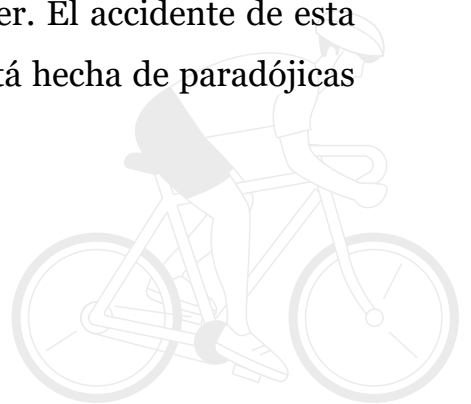
Adiós pierna”. Es la última línea de una carta que nadie nunca jamás podrá leer. Sólo existen algunos fragmentos vívidos en la memoria de la mujer que la escribió. Lo hizo como parte del proceso psicológico de adaptación a su nueva condición física y de despedida a una parte de su cuerpo que se le adelantó a la muerte. Aunque toda ella estuvo 20 minutos sin signos vitales y cubierta por una manta cual cadáver insepulto. El escrito fue quemado y convertido en cenizas, como en una especie de ritual alegórico del Ave Fénix que en la mitología griega se regenera cada 500 años para tener larga vida. Y vaya que fue efectivo, porque la renovación de Yady Vanessa Fernández Bravo 500 semanas después de haber perdido su pierna izquierda en un accidente, el



16 de febrero de 2014, es sencillamente asombrosa. No le gusta su segundo nombre, pero su segundo apellido es una insignia de su inconmensurable valor.

La vida, todos sabemos, está hecha de instantes, de momentos breves que pueden cambiarla o acabar con ella. En minutos, incluso segundos, la vida se pierde o cambia de manera radical. Nacida en Palmira-Valle del Cauca, el 13 de marzo de 1992, su vida transcurría entre Colombia, España, el fútbol y su familia. Era una muchacha que rodaba por el mundo detrás de una ilusión llamada balón y la idea de hacerse profesional en un deporte históricamente jugado por hombres. “Para mí el fútbol era todo, bueno, eso era lo que yo creía, pero la vida me enseñó que no, que era sólo una parte de ella”, dice con la mirada algo triste y la sonrisa tenue a flor de labios. Fueron 16 años dedicados a la pecososa, pero un cambio de frente en el campo del destino la puso en otro lugar y en otra práctica. De la cancha y el césped, a la ruta y a la pista en bicicleta. Su vida casi se le acaba por cuenta del conductor de un vehículo que manejaba en estado de embriaguez, arrolló a la motocicleta donde iba de parrillera y el destino testarudo la puso luego encima de una bicicleta.

A los seis años ya pateaba un balón en Borrero Ayerbe (Kilómetro 30 en la vía al mar), un corregimiento de Dagua-Valle del Cauca, a los 12 se fue a vivir a la Isla Gran Canaria en España y a los 22 estaba inconsciente en el asfalto de una carretera en la costa de Guayaquil-Ecuador, con un torniquete que le hizo un buen y anónimo samaritano, debatiéndose entre la vida y la muerte. Eso la salvó, la aparición providencial de un buen cristiano. Fueron 15 días en estado de coma y con la vida en puntos suspensivos. Su primo, Ramiro Fernández, un médico cirujano de 37 años con el que se dirigía al balneario La Montañita, en la provincia de Santa Elena, falleció a su lado. Las vacaciones se habían convertido en una pesadilla. Yady todavía se debate entre el subconsciente, eso que la mente suprime en una especie de instinto natural y protector, pero que puede salir a flote; y el inconsciente, ese nivel más profundo, ese archivo inescrutable de eventos, sentimientos y pensamientos que la memoria no logra recordar, pero que están ahí como esa gota en apariencia inofensiva cuya persistencia silenciosa perfora la roca. Recuerda muy poco, estaba sedada cuando despertó a su nueva realidad, siempre con una sonrisa y con esos pequeños lunares espaciados en su rostro que son los puntos suspensivos de la belleza de su ser. El accidente de esta mujer es la ratificación de que la vida está hecha de paradójicas



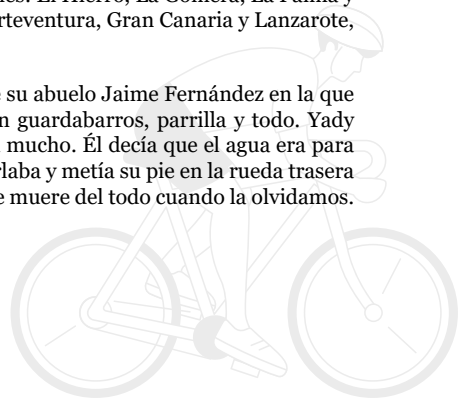
contradicciones, fue el final de una vida y el reinicio de otra, como la del sol o del tiempo, una resurrección sin muerte total.

La vida después de la muerte es una constante en casi todas las doctrinas y concepciones religiosas o espirituales del mundo, pero la vida después de la vida es un escenario poco explorado. Yady tiene 32 años, mide 1,64 m. pesa 62 kilogramos y tiene una fortaleza física y emocional que ya quisiera la mayoría de inconformes que va por la vida pateando su desdicha imaginaria y con las dos piernas renegando sobre su lacónico existir. Cuando el balón no rodó más para ella como delantera y asimiló su nueva situación, se ubicó en la cabeza el golpe de pedal, el ciclismo como nueva disciplina y doctrina. Ese deporte donde si te detienes viene el retiro, donde la competencia es, sobre todo, consigo misma y el reloj un juez implacable. Ciclismo adaptado. Pista y Ruta Categoría C2, aunque también se aventuró en 2020 en el ciclomontañismo. “Aquí es más duro competir que en el fútbol, hay que llevar el cuerpo al límite. Yo las ganas de competir no las pierdo y quiero seguir para llegar muy lejos, competir a nivel internacional”, comenta sin dejar de sonreírle a la vida, como retándola para que le cuelgue más medallas.

Cuando su mamá, Selene Bravo, viajó a la madre patria en la búsqueda de un mejor futuro tras haber enviudado, la pequeña Yady quedó al cuidado de una tía, que la apoyaba en su pulsión irrefrenable por el balompié, que la llevó desde el equipo del Km. 30, donde vivían, a integrar cinco equipos de Canarias¹⁸, donde luego vivió con su mami, hasta llegar a su selección entre 2007 y 2010; para luego ser llamada por el DT Ricardo Rozo para hacer parte de la pre Selección de Colombia sub 17 en 2011, que clasificó por primera vez a un campeonato mundial en Alemania, ese mismo año, mientras vivía en Santander de Quilichao, con sus abuelos¹⁹. “Yo venía de jugar en alfombras de césped en España y aquí tocaba probar en potreros, se me dificultaba mucho controlar el balón”, afirma con algo de nostalgia mientras agrega que no pudo expresar todo su potencial y que haber llegado a Alemania le habría podido torcer el destino. Recuerda que era un gran equipo, con Catalina Usme como la líder indiscutible. La de Yady ha sido una vida de rodadas, de muchas vueltas y revueltas, de idas y regresos que le forjaron un carácter fuerte y unos desapegos que incluyen no extrañar esa parte de su cuerpo que ya no está.

¹⁸ El archipiélago de Canarias está formado por siete islas principales: El Hierro, La Gomera, La Palma y Tenerife, que forman la provincia de Santa Cruz de Tenerife; y Fuerteventura, Gran Canaria y Lanzarote, que componen la provincia de Las Palmas.

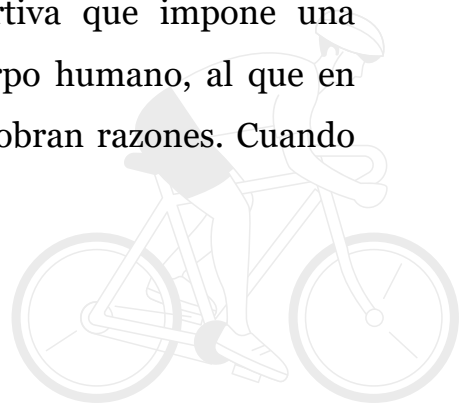
¹⁹ En la entrada de su apartamento está como nueva la bicicleta de su abuelo Jaime Fernández en la que siempre la llevaba a la escuela, una turismera de las antiguas, con guardabarros, parrilla y todo. Yady recuerda que siempre lo hacía caer de aposta, porque lo molestaba mucho. Él decía que el agua era para las matas y no era muy devoto del baño diario. La pequeña se le burlaba y metía su pie en la rueda trasera para frenar. A veces sale en ella para comprobar que la gente sólo se muere del todo cuando la olvidamos.



La pérdida, cuando no se convierte en verdugo, es una gran maestra de la vida. Aplaudida en pleno por los futbolistas de la Selección de Colombia el 23 de mayo en el Estadio Nemesio Camacho El Campín cuando se despedían del país rumbo a Brasil 2014, a Yady algunos dirigentes le prometieron de todo y ninguno le cumplió nada. Ni Luis Bedoya, que era el presidente de la Federación Colombiana de Fútbol, hoy suspendido de por vida de cualquier actividad relacionada con este deporte a nivel profesional, por corrupto; ni Andrés Botero, entonces director de Coldeportes, quien renunció al cargo en medio del escándalo por malversación de fondos y retrasos en las obras para los Juegos Nacionales de 2015; sólo Gina Parody, en aquel momento directora del SENA (Servicio Nacional de Aprendizaje), acusada de la crisis financiera de la entidad y salpicada después como ministra por el escándalo internacional de sobornos de Odebrecht, le ayudó con una prótesis mecánica que le laceraba su muñón. Guarda silencio y su mirada parece perderse en lontananza del piso 13 de su apartamento, cuya torre fue bautizada con el nombre del río que baña a Londres, en Inglaterra: el Támesis. “Mirá ese atardecer”, me dice como extasiada. Giro mi cuerpo y los arreboles envuelven el Cerro de La Bandera y parte del suroccidente de Cali. “Allá tengo que subir con la prótesis, he ido, pero con muletas”, sentencia como imponiéndose otro reto, ahora en el senderismo.

El café sabe igual en cualquier vaso y Yady lo sabe. Lo bebemos a sorbos lentos mientras me confiesa con una certeza asombrosa que el anhelo de la competencia sigue intacto. Yady salió del hospital en Guayaquil en silla de ruedas, luego debió acostumbrar sus axilas, sus brazos y sus manos a las muletas; hasta que llegó la prótesis, sólo mecánica, agarrada de su muñón, de lo poco que le quedó abajo de la ingle. Hay prótesis biónicas, que se conectan a la central de arriba, a la máquina perfecta del cerebro, con sensores que van al sistema nervioso, pero pueden costar más de 100 millones de pesos. Lo que sí no venden son prótesis para el espíritu, esas deben construirlas quienes las necesitan y Yady podría vender por montones. De hecho, aunque no estudió –y se arrepiente un poco de ello, aunque hay una justificación– trabaja en educación por vocación innata, dicta charlas donde motiva a chicos de escasos recursos, o que han padecido traumas o que quieren seguir el camino deportivo, para que tomen conciencia sobre todas las limitaciones, donde la física es tal vez la menos importante.

Yady cambió de rey –el fútbol por el ciclismo–, pero no de reina: la competencia. Y si bien las pérdidas siempre son dramáticas, hay un estímulo en la práctica deportiva que impone una constante a superar los límites del cuerpo humano, al que en este caso le falta un miembro, pero le sobran razones. Cuando



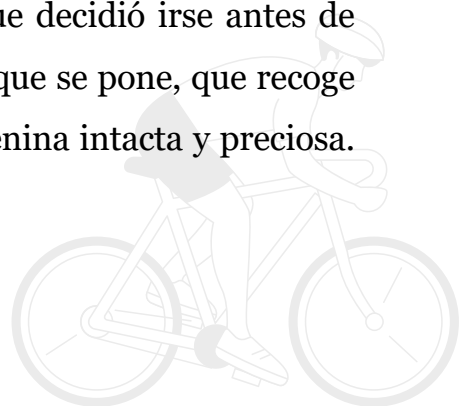
asesinaron a su padre, el trauma emocional de la pequeña fue tan severo, que su capacidad neuronal se vio levemente afectada, pues el cerebro abrumado se desorganiza y entra en un modo de sobrevivencia, apaga las estructuras superiores de razonamiento y del lenguaje, lo que imposibilita el aprendizaje. Luego, todo vuelve a la normalidad y hoy la inteligencia emocional de esta mujer es admirable. Dice que habla como una colegiala, yo creo que piensa como una maestra de la vida. Tiene la compleja virtud de decir cosas inteligentes con palabras sencillas.

Yady es signo piscis y atiende mucho su intuición, esa parienta de la clarividencia que no sabe cómo, pero sabe que sabe algo sobre aquello que el otro no sabe. No es un poder, acaso sólo sea una facultad extrasensorial que le haya dejado su visita fugaz por los límites y confines de la muerte inexorable. Presencias que no están dadas para todos los mortales y que pueden ser de otros espectros, de otras dimensiones que la lógica convencional no comprende. “Yady es el aire que respiro”, asegura Selene – su mamá–, cuyo nombre significa la personificación de la luna en la mitología griega y es una titánide, la versión femenina de un titán, un ser que despliega una fuerza excepcional. Y no es simple alusión mítica o metafórica lo del aire. Cuando le avisaron del accidente de su única hija, se le fue la respiración. En ese

momento perdió el sentido y le pidió Dios: “Si Yady está muerta llévame con ella, quítame la vida, o sino, déjame vivir”. Ahí siguen respirando las dos y sus corazones latiendo juntos en la distancia.

“A mí me tomó 18 meses asimilar mi nueva condición. Cuando me radiqué en Palmira después del accidente me dediqué a tomar, a embolatar las penas con alcohol, a escuchar vallenatos, reggaetón y rancheras, hasta que José Gabriel “Chepe” Castro una vez me llamó a la casa y me dijo: ¿quiere conocer el mundo en una bicicleta?”. Y ahí comenzó a desintoxicar el cuerpo y el alma. A los tres o cuatro meses –y por cuenta de aquella invocación del más importante entrenador y seleccionador de ciclismo paralímpico colombiano–, ya estaba ganando medallas en Bucaramanga y metiéndose es este mundo de las bielas, donde en plena competencia no hay descansos, ni intervalos, ni once compañeros, sólo se depende de sí mismo. Aunque compite con otros deportistas en condiciones similares, su verdadera lucha – como la de todos los de sus características– es con ella misma y con ese fantasma al que le falta todo lo que ella aún tiene.

Ese fantasma es una pierna izquierda que decidió irse antes de tiempo, que no habita la bota del bluyín que se pone, que recoge y que luce ceñido con una elegancia femenina intacta y preciosa.

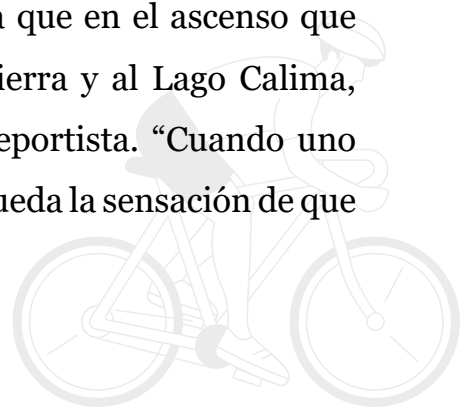


En 2017 le robaron su bicicleta y un entrenador de la liga quería cobrársela, aduciendo que era su responsabilidad cuidar su elemento de trabajo. La estaba timando y Yady lo puso en su sitio, es decir, lo mandó a la mierda. La consigna de esta mujer pareciera ser: a reír que nacimos llorando. No es el tamaño de su dentadura o la forma de sus labios, sino tal vez la grandeza de su corazón la que hace que sonría en todo momento, incluso cuando evoca circunstancias difíciles de la vida. Al igual que el padre de la desobediencia civil, el estadounidense Henry David Thoreau, Yady considera que el precio real de algo es la cantidad de vida que entregas a cambio; y pues ninguna cosa vale más que la vida misma, ni una bicicleta, ni nada. Las cosas no saben que existimos y esa es la desgracia de los materialistas. Yady ha madurado con los años y con los daños, con los obstáculos que le ha puesto el destino, con los palos en la rueda de la vida. Nada la derrumba, pero por supuesto que tiene momentos tristes y a veces quisiera escribirlos, desahogar su caudal de emociones. Ya llegará ese momento, por ahora escribe contratos en su negocio como promotora de artistas.

“Si sorprende el tamaño de tu sonrisa, es porque no conocen el tamaño de tu corazón”, reza una pancarta que sus amigas del Club Achamán, en Canarias, le hicieron cuando le recogieron fondos y se solidarizaron con su accidente. Era otra prueba más de su fortaleza. Todas sabían que en esa pierna que ya no estaba, Yady

se había roto el ligamento colateral medial y los meniscos, y que su recuperación no sólo había sido meteórica, sino un ejemplo de resiliencia para todo el equipo. “Es una lesión cuya recuperación tarda entre seis meses y ocho meses. Yo a los cuatro meses ya estaba jugando fútbol”, asegura como si estuviera hablando de una cortada de uñas. De esa fortaleza hablan sus cuatro tatuajes: una leona en el dorso de su antebrazo derecho, los machos sabemos que el león es el más poderoso de los animales, hasta que la hembra se despierta, ruga y sale de caza; el nombre de su primo, muy cerca de la muñeca de su mano izquierda, donde hay cicatrices del accidente, porque su recuerdo la acompañará siempre; una cruz alada en su nuca, que es esa especie de calvario y protección que cargamos todos; y un caballo, también alado que no sabe si es Pegaso, ni por qué se lo hizo, sólo quería algo que matizara la cicatriz en el abdomen que le dejó la cirugía para revisar los estragos del impacto que por poco le revienta su vida.

Todos los que conocen a Yady admiran su capacidad de reinventarse, su tenacidad frente a los desafíos y su increíble positivismo. Jarlinson Pantano, exciclista profesional y organizador de la Ruta Pantano, asegura que en el ascenso que de Mediacanoa en Buga lleva a Puentetierra y al Lago Calima, confirmó que esta mujer es tremenda deportista. “Cuando uno rueda al lado de personas como Yady, le queda la sensación de que

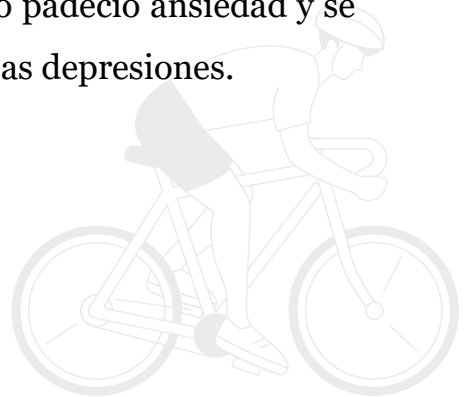


los impedimentos siempre son más mentales que físicos, porque su determinación está puesta en la meta y no en el triunfo”, afirma sin vacilación un gregario que varias veces probó las mieles de la victoria. Asimismo, Remberto Jaramillo, su entrenador y también exciclista profesional, no duda en aseverar que es una mujer a la que no han amilanado las circunstancias adversas y se entrena con más disciplina que muchos. “Yady hace ver y sentir que la vida es más fácil, cuando las metas son claras y los objetivos alcanzables, con trabajo duro”, puntualiza con la misma convicción con la que les dice a los prejuveniles: ¡ella es un ejemplo!

Yady tiene una homónima, una cantante mexicana famosa en redes sociales que hizo popular un *cover* de la canción *Amarte por mil años más*, sobre un amor que trasciende la vida misma y que nuestra Yady no la conocía, pero refleja en buena medida la historia de su vida y el amor por los seres que más adora. Quiere ser mamá y sentir ese amor que no se equipara con ningún otro. Quiere tener una casa propia y está trabajando para eso. Quiere triunfar y que el mundo sepa que es mucho más que la pobre chica futbolista que perdió una pierna y ahora monta en bicicleta. Quiere ganar en los próximos Juegos Nacionales para que el Valle siga siendo líder, para que aumente su palmarés, para que siga siendo el departamento que más veces ha sido campeón, el de

más títulos consecutivos, el de más oros en una sola competición, el de más medallas totales en un solo certamen. Quiere escribir y volver a echar sus cenizas al viento para que renazcan las esperanzas y nadie se sienta menos por tener menos.

Por eso entrena ruta en la mañana y pista en la tarde en el velódromo Alcides Nieto Patiño, cuando no está deshabilitado por lluvia. Desayuna dos veces, algo ligero al levantarse para no rodar con el estómago vacío y “uno más trancadito” cuando llega de voltear por las carreteras aledañas a Cali y sentir –cuando pasan las tractomulas o los trenes cañeros–, que es un soplo la vida. No ha vuelto a hacer ciclomontañismo, las piedras no son lo suyo. Ni las de rabia, ni las rocas del camino, no puede darse el lujo de andar tropezándose en la vida, ni física ni mentalmente. Le gustan las películas de terror, como si no fuera suficiente con ver cada noche los noticieros de televisión en nuestro país o trepar una montaña endiablada. “Cuando subí a Pico de Águila, me remolcaron en el primer kilómetro, es durísimo”, reconoce mientras con un asomo de pícaro cobardía añade que las primeras tres o cuatro curvas son mortales. Y lo dice quien le miró los ojos a la muerte, quien en su proceso de duelo padeció ansiedad y se sumió en profundas, solitarias y silenciosas depresiones.



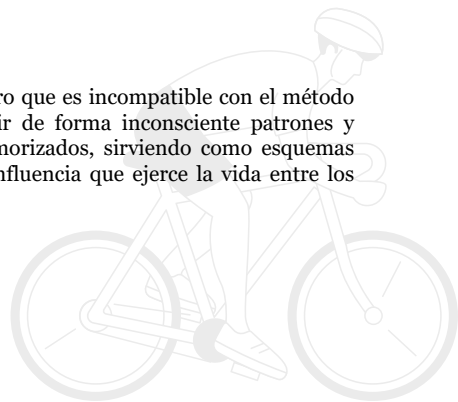
En Colombia admira a la santandereana Marta Bayona, la reina colombiana de la velocidad y la pista ya casi por tres lustros, con más de 40 medallas, varios records y su objetivo puesto en los Olímpicos de París este año. Y en el mundo a la alemana de origen ruso, Kristina Vogel, nacida Kirguizistán y campeona mundial de pista, oro en los Olímpicos de Londres y Rio de Janeiro, y quien en junio de 2018 quedó cuádruplejica tras sufrir una lesión en la médula espinal. Estaba entrenando y unos aficionados no midieron ni las emociones ni los riesgos, se le atravesaron y la hicieron caer. Fue su última rodada. Y aquí va la última anécdota de Yady Vanessa Fernández Bravo, digna de un argumento para el guion de una película de Alfred Hitchcock o Stanley Kubrick. Una especie de encadenamiento al pasado que ella rompió.

Un tío abuelo suyo perdió un ojo siendo muy pequeño, eso lo acomplexó e hizo de él un hombre tosco y huraño. Luego, ya adulto perdió una pierna en un accidente, lo que exacerbó su resentimiento con la vida. Intentó suicidarse de la manera más extraña para nosotros, pero no para los orientales: apuñalándose. Un harakiri criollo, no por honor sino por la imposibilidad de

aceptar una desventura. No lo logró y debió cargar con una desgracia mayor, cuando ya entrado en años por complicaciones de salud perdió la otra pierna y se infartó al ver que le había sido amputada. No soportaba la idea de verse incompleto y desigual. Parece un cuento de terror, una invención de la ficción, pero es realidad pura y dura.

En una de las múltiples variaciones del cuento *El Zar y la camisa* de León Tolstoi, se refiere la leyenda del rey que manda a buscar al hombre más feliz del reino para que le llevaran sus zapatos, calzarlos y arrebatarle su dicha. Pero el hombre más feliz del reino no sólo no tenía zapatos, sino que no tenía pies. Yady no se atreve a decir que sea la mujer más feliz del mundo, ni que ella tenga el don supremo de encontrar la felicidad y que alguien la busque para alcanzarla, pero sí está segura de haber superado en su constelación familiar²⁰, la desgracia de una pérdida que no es total, es solamente una parte del cuerpo que se va antes de tiempo, pero mata a muchas personas en vida. De eso y de nada más, pero usted y yo ahora sabemos, que está segura de mucho, de muchísimo más.

²⁰ Es una pseudociencia (presentada como científica y fáctica, pero que es incompatible con el método científico) que postula que las personas son capaces de percibir de forma inconsciente patrones y estructuras en las relaciones familiares y que estos quedan memorizados, sirviendo como esquemas afectivos y cognitivos que afectan su conducta. En suma, es la influencia que ejerce la vida entre los miembros de una familia a causa del rol de cada uno de ellos.





JUAN JOSÉ BETANCOURT QUIROGA

Tiene parálisis cerebral espástica

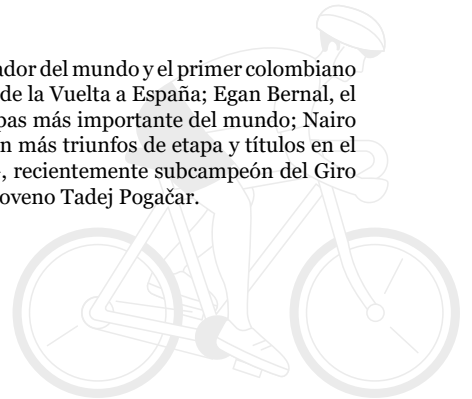
BRONCE EN TOKIO E ILUSIÓN DORADA EN PARÍS

*Juanito Alimaña si tiene maña es malicia viva
Y siempre se alinea con el que está arriba.*

Juanito Alimaña – Héctor Lavoe

Entre el barrio Provivienda y la Urbanización San Marcos de Funza, está el Parque Juan José Betancourt Quiroga, un espacio que es una estrategia consolidada real para que los más pequeñitos desarrollen sus potencialidades en la práctica deportiva de su preferencia, donde el ciclismo se destaca, pues Cundinamarca es sin duda alguna la cuna de los grandes pedalistas nacionales²¹. Ubicado en la provincia de Sabana de Occidente – como la municipalidad –, el parque no rinde homenaje a ningún prócer de la Patria Boba, a algún presidente de esta república bananera y extraviada o a cualquier politiquero de ocasión, sino

²¹ Como Lucho Herrera, considerado en su momento el mejor escalador del mundo y el primer colombiano en ganar la montaña en las tres grandes de Europa, y ser campeón de la Vuelta a España; Egan Bernal, el primer colombiano en ganar el Tour de Francia, la carrera por etapas más importante del mundo; Nairo Quintana (del altiplano cundiboyacense), el ciclista colombiano con más triunfos de etapa y títulos en el Viejo Continente; y Daniel Felipe Martínez –entre otros muchos–, recientemente subcampeón del Giro de Italia ²⁰²⁴, detrás de un hombre máquina de otro planeta: el esloveno Tadej Pogačar.



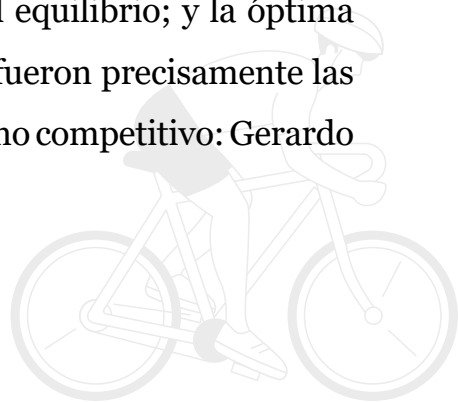
a alguien con muchísimos más méritos: al mejor paraciclista colombiano y uno de los mejores del mundo nacido en Funza, que en la lengua muisca significa “el gran señor o varón poderoso”.

En los Juegos Paralímpicos de Tokio 2020 (realizados en 2021 por pandemia) Juan José ganó medalla de bronce para Colombia en la prueba de ruta masculina Clase T1-2, que él jocosamente comenta: “es categoría borrachos como yo”. Y lo hizo en medio de un aguacero torrencial que arrojó el Velódromo Internacional Fuji de la capital japonesa y lo envió al asfalto cuando iba punteando la carrera, de donde se paró como el luchador que siempre ha sido, con una persistencia que llega hasta la obstinación cuando se traza un objetivo y decide cumplirlo. Era la madrugada del jueves 2 de septiembre en Colombia y una fecha agridulce en Japón, pues en 1945 el imperio japonés firmó el documento de rendición ante los aliados liderados por Estados Unidos, que puso fin a la Segunda Guerra Mundial.

Ese día en Funza todo fue alborozo y alegría, un hijo del terruño había puesto la bandera local y la de la patria en uno de los tres escalones del podio de las justas deportivas concebidas por el barón Pierre de Coubertin en 1894 en la Universidad de la Sorbona en París bajo el lema: más rápido, más alto, más fuerte;

y que había muerto justo 84 años antes de que Juanjo lograra su hazaña, también un 2 de septiembre, pero de 1937. Cuando regresó victorioso, hasta los compañeros de estudio que algún día le hicieron *bullying* o matoneo, lo llamaron para felicitarlo y sumarse al orgullo porque la pequeña población conurbada a Mosquera y a Bogotá, apareció ese día en el mapa del mundo. “Llegó grande”, confiesa su madre María Esther Quiroga, a la que le dolió que el muchacho les dijera cuando volvió de Tokio: “Déjenme que tengo que ser responsable y hacer mi propia vida”. Y se fue de la casa. Tenía 22 años y no sabía nada de cocina, de ropa, de orden. Las formas líquidas del sentimiento rodaron por las mejillas de la familia, pero Juan José tenía planes...

Juanjo tiene una vida normal. Siempre quiere hacerlo todo y hacerlo bien (tal vez eso sea lo anormal en este mundo alocado). Maneja carro en Bogotá, que debería considerarse de por sí una intrepidez y sacó su licencia sin ningún tipo de ayuda o ‘palanca’. De hecho, comenzó a montar en bicicleta convencional, a pesar de su parálisis cerebral, que afecta su motricidad, pero en nada su intelecto. De ahí viene su propio chascarrillo de “borracho”, por su dificultad en la movilidad pues para él es más difícil el equilibrio; y la óptima articulación en el habla, condiciones que fueron precisamente las que sorprendieron a quien lo llevó al ciclismo competitivo: Gerardo



Rodríguez, un afiebrado por las bielas, dueño de un negocio de bicicletas en Funza. Ocurrió en una competencia que buscaba escoger el equipo de la Fundación Esteban Chaves, liderada por don Jairo Chaves, el papá del gran ciclista colombiano al que todos conocemos como el Chavito²². A Juan José lo había inscrito su hermana mayor María Alejandra y en medio de la carrera se cayó. La convocatoria era abierta, para ciclistas convencionales y no había ninguna cláusula que no le permitiera participar, pero por supuesto, era un ‘colado’. Un gran colado, un chico persiguiendo sus sueños a pesar de sus condiciones físicas.

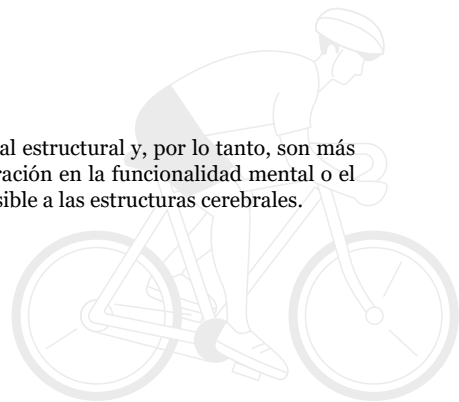
Tenía unos 16 años tal vez, recuerda María Alejandra que admira en su hermano la tremenda disciplina y la resiliencia que son el motor de su existencia, y agrega que “para él no hay límites, sólo los que cada quien se impone”. Es la respuesta de Juanito cuando algún periodista desubicado le pregunta por sus ‘limitaciones’. Ese día se cayó –más que su constante, levantarse ha sido su verdadera condición en la vida– y Gerardo quien fungía como mecánico de la Fundación acude y le pregunta: ¿Muchacho qué tiene? ¿Está bien, qué le pasó? Hasta trató de meterle los dedos

²² Jhoan Esteban Chaves Rubio es el primer ciclista no europeo en ganar el Giro de Lombardía y el primer ciclista latinoamericano en ganar un Monumento de Ciclismo, conformado por las cinco carreras estrenadas antes de la Primera Guerra Mundial. Por su orden de disputa durante la temporada son: la Milán-San Remo (Italia), Tour de Flandes (Bélgica), París-Roubaix (Francia), Lieja-Bastonia-Lieja (Bélgica) y el Giro de Lombardía (Italia).

a la boca porque creyó que estaba convulsionando. Juan José tambaleante sólo quería volverse a montar en la bicicleta y –en medio del agite de su respiración, de la caída y de los curiosos– le costaba hacerse entender. Creyeron que se había golpeado la cabeza, que había sufrido una conmoción o una contusión cerebral²³, incluso algún apostado en la vera del trayecto de la carrera sugirió que estaba borracho. ¡Otra vez! ¡Una vez más! Y no, sólo era él, el chico de Funza que aprendió primero a montar en su triciclo y luego a caminar –a los cinco años–, el mismo que desafió todos los pronósticos médicos, el que siendo un bebé no seguía con la mirada a su mamá mientras lo amamantaba y al que hoy toda la familia (y 10,6 mil en Instagram) sigue con la mirada y con el alma, con la expectativa y con la ilusión cuando compite y, cuando por lo regular, triunfa.

Gerardo Rodríguez quedó impresionado, fue quien le vio el potencial de su indómito carácter competitivo, algo impetuoso y desafiante; y lo lleva a hablar con Jairo Chaves, el papá del Chavito, que se convirtió en una especie de segundo padre para Juan José, de hecho, cariñosamente lo llama Pá. No fue fácil

²³ Las contusiones y laceraciones cerebrales implican daño cerebral estructural y, por lo tanto, son más graves que las conmociones cerebrales, que consisten en una alteración en la funcionalidad mental o el nivel de conciencia causada por una lesión que no provoca daño visible a las estructuras cerebrales.



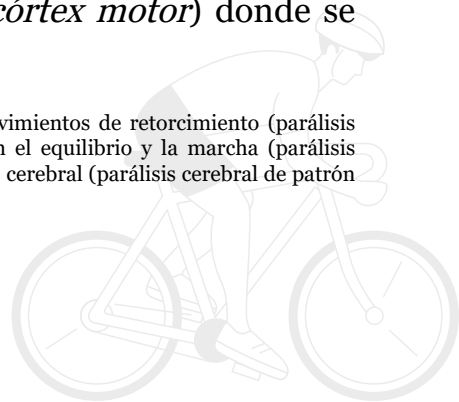
convencerlo de que corriera en una bicicleta adaptada, pero lo lograron. “Juan José es disciplinado, perseverante, muy dedicado y a veces malgeniado”, asegura José Sánder Betancourt Quesada, su papá, un tolimense tan alto como noble que mira a su esposa y se sonríen con algo de recelo como para definir de quién heredó la última característica. No se necesita un tribunal de arbitramento, María Esther es santandereana de armas tomar y siempre le dijo a su muchacho: “No te confíes, eres una persona normal, siempre hay que luchar por lo que se quiere, alcanzar las metas y triunfar”. Juan José entrena cuatro horas diarias y sólo descansa los domingos. Son 28 horas a la semana. Tadej Pogačar sólo necesita 17 horas semanales de entreno en carretera para ser el mejor ciclista del mundo, pero no debe como Juan José, vencerse primero a sí mismo, a su condición y luego vencer a sus rivales.

Su primera salida internacional fue a Holanda, por cuenta de la Fundación de Esteban Chaves. Corrieron 25 participantes y quedó en el puesto 12. “Fue un orgullo tan grande como duros fueron los sufrimientos que pasamos para que saliera adelante”, dice su mamá con vehemencia, porque fue muy difícil que la sociedad de Funza entendiera que lo de Juan José es una cuestión de motricidad y nada tiene que ver con lo cognitivo. Es sólo que su corazón necesita un poco más de tiempo para verbalizar lo que su mente ya sabe. Eran

épocas en las que la inclusión educativa apenas daba sus primeros pasos, aunque la social ya hubiera avanzado algo en el camino de aceptar que no moverse o hablar igual que todos, lo hacía diferente pero no desigual en términos de derechos y deberes. Fue una lucha encontrar cupo en el ICBF (Instituto Colombiano de Bienestar Familiar). En todos los jardines infantiles le negaban atención porque aducían que requería cuidado especial. No lo recibían, pero su familia insistió hasta completar su educación básica. “Pasó por todos los colegios, no es como ahora que la inclusión es una cuestión obligatoria”, afirma Esther con algo de justificada inmodestia. Juan es bachiller del Colegio Miguel Antonio Caro de Funza, una institución pública en la que le fue mejor que en los colegios privados donde estuvo sometido al acoso escolar, esa forma de violencia que en algún momento esta sociedad no sólo llegó a considerar normal, sino necesaria para forjar la personalidad, el carácter y aprender a defenderse.

Hay varios tipos de parálisis cerebral²⁴ y la de Juan José es la más frecuente de todas, la espástica, que afecta el movimiento y el control de los músculos, ya que la lesión se ubica en un área del cerebro llamada corteza motora (o *córtex motor*) donde se

²⁴ Hay otros tipos de parálisis cerebral que pueden generar movimientos de retorcimiento (parálisis cerebral atetoide, también llamada disquinética) o problemas en el equilibrio y la marcha (parálisis cerebral atáxica). Hay niños que tienen más de un tipo de parálisis cerebral (parálisis cerebral de patrón mixto).



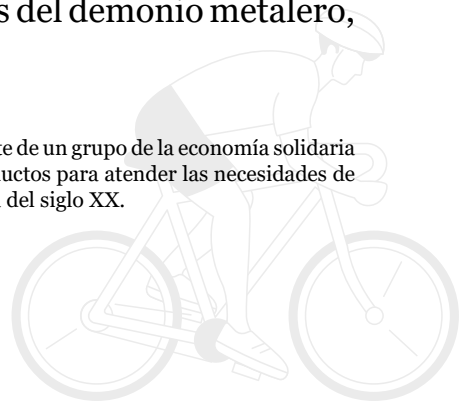
planifican y controlan todos los movimientos. Para el caso de Juanjo no es ni leve ni muy grave, más bien intermedia, pues sus movimientos espasmódicos o entrecortados, le permiten valerse por sí solo y volar en su bicicleta adaptada, que necesita mucho más espacio que una cicla convencional en ruta, es más, requiere más espacio que una moto en carretera. Los músculos de Juan no hacen lo que él quiere que hagan, debido a la tensión y la rigidez, pero con terapias desde muy niño y con su tenacidad a prueba de incrédulos, alcanzó su máximo potencial y fluidez. Tres meses de nacido tenía el pequeño Juanito cuando su mamá decidió llevarlo al médico porque no le parecía normal que el chiquillo llorara tanto, que no la mirara como miran los bebés a sus mamás cuando toman pecho, y lo que le parecía más extraño, ella sentía que él no la escuchaba. Su instinto no le falló.

Lo que el 15 de julio de 1999 fue alegría por la llegada del varoncito al hogar Betancourt Quiroga, se convirtió en una interminable sucesión de médicos, costosas resonancias, visitas al neurólogo, al ortopedista, al fisiatra, y exámenes complejos que debían hacerse con Juan José despierto y ello suponía medicamentos muy fuertes. Fueron días con sus noches completas sin dormir, pero soñando con un diagnóstico certero sobre su condición. Esa sobre la que les llegaron a decir: está condenado a una silla de ruedas

de por vida. Hoy ya no los trasnocha, o bueno sí, pero cuando las competencias son en el Viejo Continente; o cuando se cae en una carrera, o cuando sale a entrenar por Cajicá, Cota, Facatativá, Gachancipá, La Vega, San Antonio de Tequendama, Sisga, Sopó, Tocancipá, Zipaquirá o cualquiera de las rutas donde la mayor preocupación de su familia es rogarle a Dios para que le vaya bien y los conductores respeten la vía y la vida. Porque desde que tenía cuatro años cuando sus papás le compraron su primera bicicleta, Juanjo se tomó en serio el juguete. Después a los nueve años, su abuelo José Gentil Betancourt Molano le cedió una pesada bicicleta que se ganó en una rifa de Cupocrédito²⁵ en su pueblo, que afianzó más su afición y el amor por el hombre que lo esperó en la meta en Tokio, aunque llevaba cinco meses de haber partido del plano terrenal. Eso dice Juan José y nadie lo pone en duda.

Por eso en la foto con la medalla de bronce en su cuello y el trofeo en su mano izquierda que le dio la vuelta al mundo deportivo, aparece Juanjo con una sonrisa que no le cabe en el rostro y con su brazo derecho levantado y su mano con la icónica señal de los rockeros: índice y pulgar extendidos; anular y corazón, retraídos, sostenidos con el pulgar. No son los cachos del demonio metalero,

²⁵ La Cooperativa Unión Popular de Crédito (Cupocrédito) hizo parte de un grupo de la economía solidaria que se inspiró con el propósito de conformar un portafolio de productos para atender las necesidades de socios sobre todo del campesinado colombiano en la última década del siglo XX.

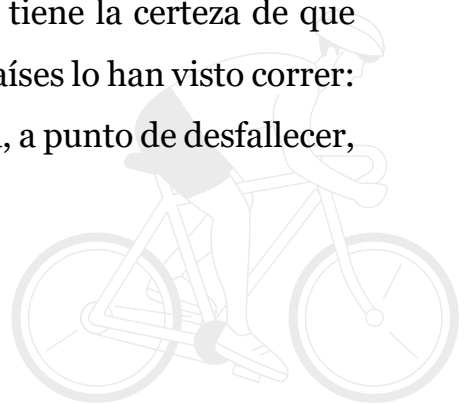


ni esa señal que entre músicos reconoce una interpretación impecable. No. Juan José vio a su abuelo Gentil en la meta celebrando su proeza con la misma señal. Se habían tomado una foto los dos en San Andrés, una vereda de Dolores-Tolima que tiene un cielo único y un verde refulgente, haciendo la misma señal. Una complicidad que trascendió los límites de la vida y de la muerte, de la materialidad y de la espiritualidad, en suma, de todo aquello que nos conforma en las tres capas vitales de la corteza cerebral: la conciencia, el inconsciente y el subconsciente.

Contra todo pronóstico Juan José Betancourt siempre ha andado a contracorriente. Es terco e incansable. Cuando en la Escuela de Ciclismo de Funza necesitaban un paralímpico, ahí estaba Juanito en una bicicleta convencional. Cuando debía estar inscrito en una liga y él ya pertenecía a la de Cundinamarca, gracias a Héctor Julio Mayorga, un entrenador que se retiró del ciclismo activo con el récord nacional de la hora. Cuando por primera vez fue a los Juegos Nacionales, ahí estuvo al frente para ir luego a correr a Bélgica y quedar de quinto, entre los mejores del mundo. Hace poco estuvo en Italia y Bélgica, preparándose, puntuándose para París a donde va por la dorada. En Portugal y Chile fue medalla de plata. ¡Subcampeón mundial! Este muchacho testarudo no se da nunca por vencido. “Le quedan por ahí unos ocho años

de alta competencia, otros dos Juegos Paralímpicos”, aseguran los expertos en *paracycling*. Por eso en breve se concentrará en Medellín–Antioquia, para que nada lo desvíe de su objetivo: ganar. Ni siquiera la mayor motivación que ahora le mueve más el corazón y la contrarreloj de la vida: Zowie Amelia, su bebé de cinco meses y el más bello resultado de su plan de fuga del hogar cuando retornó de Tokio.

Nació el 31 de enero de 2024. Movidos por la ignorancia ya se estarán preguntando si normal. Pues sí, es una niña preciosa, concebida con el amor que se profesan Juan José y su esposa Camila Santafé, una ciclista aficionada hinchada por supuesto del equipo cardenal de Bogotá –eterno rival de Millonarios–, administradora de empresas y visionaria empresarial, con la que se casó 25 de noviembre de 2022 y con la que acordaron que ninguna de sus familias gastaría nada en la boda, sólo ellos. “Es una esposa admirable”, asegura la suegra santandereana y ello tipifica la frase como indiscutible. Camila –a propósito del piropo– ya admiraba la persistencia y la perseverancia de Juan, pero el día de la caída en Tokio se enamoró como la que más cuando lo vio pararse como quien persigue un sueño y tiene la certeza de que acostado no lo logrará. Una veintena de países lo han visto correr: caer y levantarse. Llegar rendido a la meta, a punto de desfallecer,



pero combativo. Un ascenso en Escocia le hizo pensar que el Alto de Yerbabuena, el de La Calera, el Páramo del Guerrero o el Alto del Águila vía Pacho-Cundinamarca, eran colinitas de entreno. Admira a otro Juan José, a Mochoman, el muchacho al que el conflicto armado le quitó dos brazos, una pierna y un ojo y apenas si puede oír. “Yo siempre pienso: jueputa (sic) si este man puede por qué yo no”, reflexiona Juanjo claritico. También admira a Nairo, a Rigo y claro, a su mentor y apoyo, a Esteban Chaves, el Chavito; pero para él, Juan José Florián es un superhombre.

Con su esposa decidieron el nombre de la pequeña, que de entrada suena raro, pero cuya justificación enamora: Zowie es de origen árabe y significa vida. Amelia es de origen germánico y significa trabajo. Es la mixtura perfecta de lo que esta pareja es y quiere hacer. “Queremos consolidar una marca personal e impactar a la sociedad, dejar un legado con la historia de vida de Juan”, asegura esta joven madre y novel esposa que habla como si tuviera más años que trofeos y medallas ostenta su marido, novato también en las lides de la paternidad. Tienen un lote en Funza y cuando llegue la hora del retiro del ciclismo, quieren construir un hotel y vivir de él, para ver crecer y educar a su hija, que ya decidieron será única. Y que ojalá –que significa Dios quiera– puedan mostrarle la medalla de oro ganada en París, y

que todavía esté la valla en la entrada del pueblo donde está papá con la de bronce en Tokio y no se haya borrado el mural que está en el parque Juan José Betancourt Quiroga, al lado del también funzano Brayan Mauricio Triana, nadador paralímpico; donde Juanjo aparece con esa presea y con su triciclo, para que se sepa desde aquí y hasta la eternidad que los sueños sí se cumplen, para los que tienen el valor de hacerlos realidad. Sólo para ellos, para los que son sensatos y saben que pasado mañana, mañana será ayer y aprovechan cada segundo de la existencia para trascender, así tengan habilidades diferentes.





LIBARDO VICTORIA CHAVES

Tiene secuelas de afasia y hemiparesia

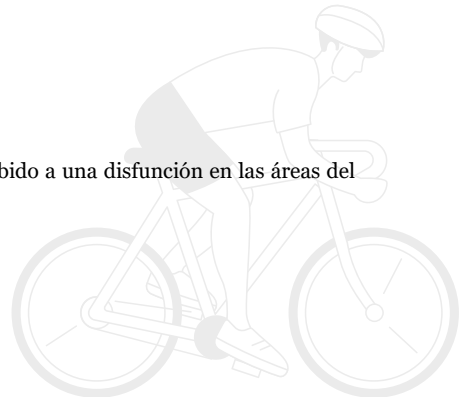
LA BICICLETA COMO INSPIRACIÓN ARTÍSTICA

*Si un corazón triste pudo ver la luz
Si hice más liviano el peso de tu cruz
Nada más me importa en esta vida.*

A rodar la vida, Fito Páez

Tenía 10 años cuando murió su abuelo materno. Aunque las secuelas de un golpe casi mortal en la cabeza le afectaron su capacidad de expresar y comprender el lenguaje oral y escrito, su corazón vence la afasia²⁶ y recuerda con una exactitud para él prodigiosa que cuando iba a visitarlo en Palmira, le asombraba la estética de su bicicleta. Una Schwinn modelo 1947 a la que el viejo le tenía varios remoquetes. Todas sus formas equilibradas, sus ángulos y curvas, sus colores vivos y el negro de sus llantas impolutas siempre, esa mezcla entre metal y caucho; y la campanilla que todos respetaban en la Villa de las Palmas,

²⁶ La afasia es la pérdida o trastorno de la capacidad del habla debido a una disfunción en las áreas del lenguaje de la corteza cerebral.



donde las bicicletas ya eran llamadas los caballitos de acero y les competían a las victorias, esos carruajes tirados por caballos de verdad, en las callejuelas del pueblo hoy convertido en ciudad. Admiraba con devoción esa máquina que entrega una de las mayores satisfacciones en la vida: llegar a algún lugar impulsado por el esfuerzo propio.

Puede sonar a cliché, a lugar común y hasta a sonsonete, pero Libardo Victoria Chaves a sus 49 años reconoce que nunca imaginó que algún día esa bici sería suya. Que la abuela se la regalaría unos años después de haber estado arrinconada y desvencijada en el patio solariego de la casona donde se levantó una familia con orígenes caucanos y nariñenses, porque a ella como a la bicicleta, el abuelo las había dejado solas en este mundo. Y así llegó a su vida la Panadera, la Montañera o la Llantagorda, la bicicleta que está ligada a su existencia. Con ese regalo Olga Sánchez sembró en el joven adolescente una seducción que no pudo derrotar ni la tragedia: una pulsión por la libertad que lo llevó a convertirla en parte de su ser. Siendo un pela'ó la arregló él mismo y le respetó su originalidad. Era la evocación de su abuelo Guillermo Chaves, el legado de su héroe, su medio de transporte, su vehículo para la diversión y hasta un elemento clave de seducción.

Cuando decidió estudiar Arquitectura en 1993 –primero en la Universidad San Buenaventura, donde hizo cinco semestres; y luego en la Universidad del Valle– la bicicleta estuvo con él y él con la bicicleta. Lo escucho y recuerdo el grafiti de un ciclista poeta y medio profeta: “Me gusta mi vida a tu lado y encima de ti también”. Todo iba bien. Pero incluso la libertad necesita límites, y mucho más la interior, la que no supone obstáculos físicos, sino limitaciones al vuelo a veces irracional de la mente y sus fanatismos desbordados. En Univalle entró en contacto con grupos juveniles con los que se identificó, pero también con los que llegó a prácticas sociales y culturales que por poco le cuestan la vida. La tribu urbana lo absorbió de tal forma que en medio de su errado y cerrado libertinaje le opacó su individualismo y lo hizo esclavo de quimeras.

Era un muchacho normal, con una familia con valores y principios anclados en el respeto y la fe. Iba y venía en su bicicleta todos los días, que para los años noventa era ya un clásico, una pieza de colección, una “burra veteranísima” que todos admiraban; como los trazos de Libardo, el chico que escuchaba *heavy metal* y pintaba las paredes de su cuarto con las imágenes negras de su mente rebosada de utopías, creatividad, fantasías y talento. Todo



en esa cicla vintage era digno de asombro: su sistema metálico de frenos sin guayas, su sillín con amortiguación trasera niquelada y visible, su luz frontal encapsulada como farola de auto antiguo, sus guardabarros con guardapolvos, su protector de cadencia para no engrasar la bota del pantalón bota campana; y la parrilla en la que el abuelo cargaba de todo, desde el pan que llevaba con sagrada religiosidad todos los días, los múltiples encargos de la abuela y hasta a la abuela misma, cuando más joven y atlética, se montaba de lado y con la pierna cruzada, para recorrer algún trayecto breve de Palmira y de la vida.

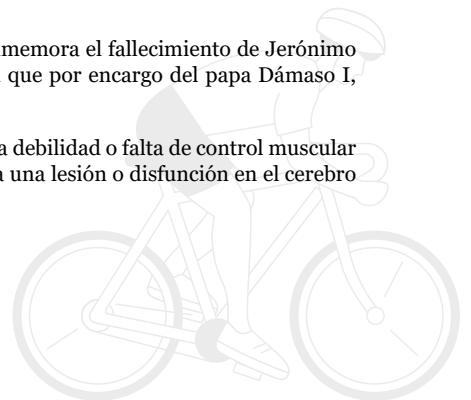
Nadie en la familia se percató en algún momento de que Libardo se había convertido en metalero –con sandalias de hippie y pelidesordenado–, en seguidor acérrimo de esa música pesada que sacude las convenciones y estructuras sociales. Un joven reaccionario y silente que se percibía contestatario ante el mundo, desde su visión particular de la vida. Un ensimismado de esa subcultura efímera que terminó sumergiéndolo en ciencias ocultas y ritos satánicos. Otra víctima de una supuesta ideología donde lo que está muerto no puede morir, un luto gótico permanente, lúgubre y desolado que en medio de su pesimismo a ultranza le decretó acabar con su vida. Después de una noche intranquila y

movido por esas fuerzas aún indescifrables del suicidio y otras sustancias, se lanzó el 30 de septiembre de 1999²⁷ a las 7:00 a.m. desde la terraza del segundo piso de su casa en el barrio Los Andes de Cali, cual cóndor herido para morir en solitaria rendición.

Para fortuna de él, de su familia y de la bicicleta, no lo logró. Sufrió un trauma craneoencefálico severo y múltiples fracturas en su cuerpo cuyas consecuencias hoy son visibles e invisibles. Una lesión cervical en las vértebras C5 y C6 de la columna, secuelas de afasia y hemiparesia²⁸ derecha, una férula en su pierna derecha y un bastón en su mano izquierda para ganar estabilidad. Y múltiples cicatrices en el cuerpo y en el alma. De las dos, las segundas son muy difíciles de superar, porque borrarlas es imposible. Corría 1999 y Colombia se acercaba al final del siglo de la misma manera como lo había empezado en 1900: en guerra. Y con un agravante, la peor crisis económica de su historia. Hasta ese día montó en bicicleta, aunque todavía se aventura una vuelta a la cuadra en un triciclo adaptado que le permite evocar esa libertad que ahora sólo reside en la creación artística. Hoy vive en el segundo piso

²⁷ Es el Día Internacional de la Traducción, fecha en la que se conmemora el fallecimiento de Jerónimo de Estridón, traductor de la Biblia del hebreo y del griego al latín que por encargo del papa Dámaso I, llamada la Vulgata (de vulgata editio, “edición para el pueblo”).

²⁸ La hemiparesia es una condición médica que se caracteriza por la debilidad o falta de control muscular en la mitad del cuerpo, ya sea el lado derecho o izquierdo, debido a una lesión o disfunción en el cerebro o el sistema nervioso central.

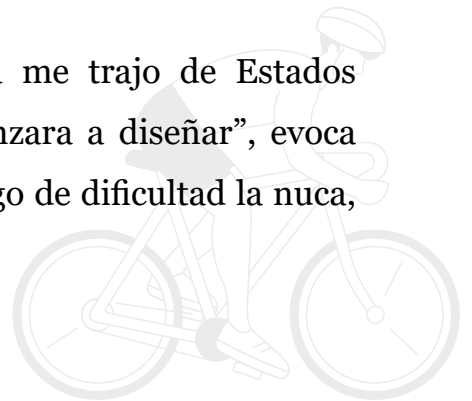


de la misma casa, adecuado para él y su discapacidad adquirida. “Tengo una silla en la ducha y me baño sentado”, confiesa con la sonrisa de un niño que delata su propia travesura.

Quedó vivo, pero debió arrancar prácticamente desde cero. Debió aprender todo de nuevo. A hablar, a coger los cubiertos para comer, a reconocer, a cepillarse los dientes, a escribir, a dibujar, a caminar, a todo. Estuvo postrado en una cama de hospital tres largos meses a donde su papá Libardo Victoria Rojas lo visitaba con una constancia admirable y una fortaleza no menos envidiable. Le cantaba *El Niágara en bicicleta* de Juan Luis Guerra, mientras le acariciaba sus pies y lo consentía como a un recién nacido. *No me digas que los médicos se fueron... Oh, Oh, Oh... No me digan que no tienen anestesia... Oh, Oh, Oh...* Libardo Jr. se reía, un merengue dominicano a él, a él que era de rock pesado y experiencias duras. Supo después que la canción era una crítica audaz al sistema de salud de los países subdesarrollados. Ahora escucha jazz, hip hop, salsa; tararea *A rodar la vida*, de Fito Páez; o canturrea *Bicycle Race (Carrera de bicicletas)*, de Queen, una metáfora de la diferencia y el complemento escrita por Freddie Mercury, de cómo se puede amar en la desigualdad de pensamiento y cómo con empatía se arma el rompecabezas de la convivencia, mientras se medita sobre dos ruedas.

No fue fácil. Toda su familia acompañó su proceso evolutivo. Su mamá María Johny Chaves y su hermana Olga María, han sido, son y serán fundamentales en su increíble recuperación. Olguita –así le dicen sus familiares y amigos más cercanos– considera que fue una batalla muy fuerte entre la vida y la muerte que le hizo entender el poder de la fe. Entender que se puede ser vulnerable y fuerte a la vez; y que en medio de la tragedia las manifestaciones de amor fueron el escenario de lo que describe como un milagro. “Yo acudí al hospital en compañía de Adriana Aldana, una gran amiga del colegio, que me dijo que oráramos antes de subir a ver a Libardo, que estaba en el último piso”, recuerda con una devoción entre nostálgica y asombrosa. Los médicos no lo querían operar, decían que no había nada que hacer. Oraron sentadas en un murito del patio del hospital y reanudaron su camino. “Eso nos permitió encontrarnos en los primeros escalones con un amigo de Libardo con el que entrenábamos buceo, sabíamos que era médico pero no que era neurocirujano. Nos saludamos, lo puse al tanto y él fue quien operó a Libardo para que Dios y la vida le dieran una segunda oportunidad”, confiesa con la certeza de que esos minutos de oración fueron la salvación.

“Cuando aquí casi ni se veían Olguita me trajo de Estados Unidos un computador para que comenzara a diseñar”, evoca con emoción Libardo, que mueve con algo de dificultad la nuca,

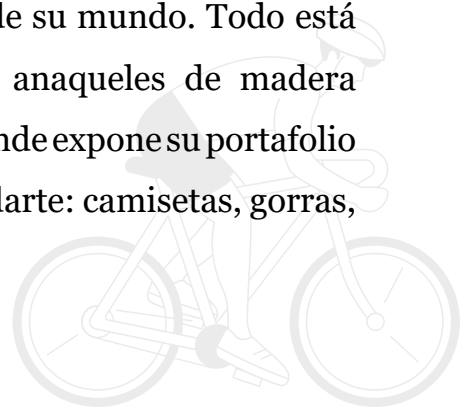


rezagos de una infección ósea que después del accidente y la primera recuperación, lo tuvo otro mes y medio internado en la clínica. Así es la vida, donde hay una cicatriz hay una historia. Olga recuerda que fue un momento muy doloroso para la familia, pero al mismo tiempo, de un aprendizaje sublime, increíble, casi divino. Y sentencia con una impactante contundencia: “Las secuelas físicas de mi hermano, recuerdos, y anécdotas que quedaron son referentes que me ayudan a no desfallecer cuando estoy en dificultades, es como si ese episodio de nuestras vidas aun estuviera presente pero esta vez para bien”. María, su mamá, cuyo segundo nombre –Johny– debe deletrear y explicar a todo el mundo, contrarió la máxima de Antonio Ricci, el personaje protagónico de *Ladrón de bicicletas*, la película del italiano Vittorio de Sica: “Tu madre y sus oraciones no nos pueden ayudar.” Las dos son pilares fundamentales de su vida, desde el día aciago en el que Libardo repicó otra frase de la cinta convertida en clásico del cine universal desde 1948, que para el caso si aplica con exactitud: “se vive y se sufre”.

Pasó de una cama hospitalaria a una silla de ruedas y luego a un caminador (alrededor de tres años duraron esos avances paulatinos), para ahora con mucho esfuerzo, dedicación, terapias y cinco pastillas de medicina diarias, valerse por sí mismo. En 2011 conoció otro bastión espiritual, otra mujer que llegó para ratificarle

como en el drama cinematográfico de Roberto Benigni que la vida es bella y que el primer deber del ser humano es ser el mismo y no pertenecer a ninguna manada. Eliana Ortiz es la madre de su pequeño Miguel Ángel, de ocho años, que les pintó la vida y está a punto de ser cinturón rojo en taekwondo. El chico tiene puesta una camiseta auriverde, la de la selección de Brasil, e intuyo por pura fiebre futbolera que esas patadas podrían cambiar de destino. Eliana también es su socia en *Victoria Arte, todo hecho a mano*, un proyecto de vida hecho realidad con la bicicleta como protagonista, porque la considera un artefacto ligado a toda la humanidad, con una especie de espíritu, de conciencia poética de la vida.

Ubicado en el local 68 –desde 2011–, del Parque Loma de la Cruz, en el corazón del tradicional barrio San Antonio, Libardo asegura que cada que lo abre y respira el olor a madera y cuero, se siente más vivo que los pajaritos que revolotean en las tardes cuando el viento quiere desacomodarlo todo. Al frente y a los lejos está el Cerro de las Tres Cruces; y muy adentro de su local, cerquita de su alma, toda la coherencia del diseño, la visión palpable del arquitecto, la coherencia y el respeto por su entorno. Su negocio es una especie de diseño microcósmico de su mundo. Todo está meticulosamente dispuesto: la luz, los anaqueles de madera desmontables y los soportes metálicos, donde expone su portafolio de productos con la bicicleta como estandarte: camisetas, gorras,



bolsos, pañuelos, billeteras, carteras, llaveros, pulseras, imanes y un etcétera tan largo como extensa una etapa del Tour de Francia o la recuperación de un hecho tan doloroso como terrible.

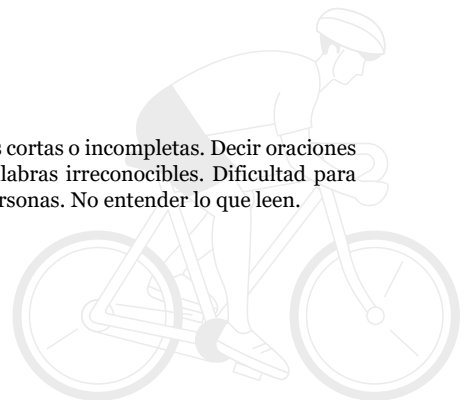
Sobre su mesa de trabajo, sus herramientas y en su mente muchas ideas. Le gusta el silencio y los sonidos de la naturaleza para crear. “La lectura se me dificulta, pero sé que debo mejorar cada día, porque tengo un hijo”, asegura con la voz calmada y una serenidad extraña, producto tal vez del desespero controlado que debe generarle el pensar bien, pero no poder comunicarlo rápido. Se graduó en 2006. Culminar sus estudios profesionales hizo parte de su proceso de recuperación. Su papá lo llevó y acompañó todos los días a las clases en la Universidad del Valle, institución que lo apoyó sin restricción alguna. Incluso lo exoneraban de inglés o de cualquier otro trabajo que supusiera la necesaria utilización del habla. Misma condición de la que se aprovecharon quienes una vez graduado no le pagaban lo justo por su trabajo, porque no podía hablar de forma fluida. Esa fue una de las razones para buscar otra alternativa para ganarse la vida y seguir adelante.

Eliana es su traductora, no porque Libardo no hable, sino porque con su mirada le pregunta aquello que él recuerda, pero no puede verbalizar con fluidez. Sonríe y la mira. Y ella, como en un acto reflejo, se despacha con el dato preciso, con la fecha, con el nombre

de la medicina, con el del diagnóstico médico sobre alguna de las repercusiones que se perciben en su cuerpo y en su mente, hoy tan lúcida como siempre, sólo que un poco más pausada y tarda. “He progresado mucho, imagínese, ahora tengo esposa”, revela con risueña galanura y añade que sólo tenía vacilones cuando hablaba menos. Es un hombre que piensa mucho antes de hablar, algo que debería hacer la humanidad entera. Y ella, una mujer que lo secunda con legítima admiración. “Yo soy la esposa y le digo a los cuidadores: hay capacidades en ellos, sólo que diferentes”, manifiesta Eliana con un amor a todas luces incondicional. Libardo –liberado de complejos– escucha con suma atención y pareciera estar auscultando la esencia de sus dos interlocutores: su esposa y un entrevistador perplejo. Ha de ser la misma atención que profesan los 15 miembros de grupo de apoyo al que asiste para hacer terapia y manejar la afasia²⁹, un proceso que puede durar décadas sin un regreso a la redención absoluta o total.

En medio de las terapias de recuperación en casa y en otros espacios conoció a Carlos Barrera Estupiñán (q.e.p.d.), un cuadripléjico que sólo podía mover la cabeza y pintaba y realizaba

²⁹ Los rasgos más distintivos de la afasia son: Hablar con oraciones cortas o incompletas. Decir oraciones sin sentido. Sustituir una palabra o un sonido por otro. Decir palabras irreconocibles. Dificultad para encontrar las palabras. No comprender conversaciones de otras personas. No entender lo que leen.



esculturas con la boca. Sus obras al óleo y acuarela, y sus torsos femeninos perfectos, inspiraron a Libardo, que hizo pintura y serigrafía; y pasó luego a la escultura, a moldear en arcilla sin tanta fruición; y después a estampar, a trabajar en el taller de su abuelo paterno, Pedro Paulo Victoria Gonzáles, un chatarrero que convertía fierros viejos en cosas funcionales como camas, mesas, sillas, closets; y que María Elisa Rojas, su esposa, aprobaba o desaprobaba con un acierto infalible. Por eso ahora asegura que no anda copiándole nada al vecino, se dedica a crear, a dejar un sello con su marca que en Instagram es *victoria_artenbici*; y en la colina más reconocida de Cali, a poner en práctica su gusto por el espacio y las creaciones humanas que lo armonizan. Sólo él que estuvo tan cerca de la muerte, puede hablar con tanta vehemencia de la creación, esa particularidad fundamental de la vida.

Libardo Victoria Chaves es un artista. Tiene la sensibilidad y la pinta. Lleva su cabello bajito, pero no rapado. Ya no llena cuadernos con trazos indescifrables y dibujos pérfidos para soportar las soporíferas clases en la universidad. Ya no vive atormentado. Ahora la libreta de apuntes está en su cerebro maltrecho pero lúcido que cada día ordena más para crear y recuperar tiempos y saberes. Ha perdido cabello, pero ha ganado experiencia. Sus entradas son

más amplias que sus ingresos. Su barba canosa y algo desordenada acentúa su imagen de creativo nato. También el collar de marrocos africanos. Lleva dos pulseras en su mano derecha, una negra y otra entre marrón y camel, que por supuesto fabricó él. Como Salvador Dalí o Marcel Duchamp, quienes también crearon obras a partir de la bicicleta y sus formas, este hombre fabrica objetos cuyo valor radica en la exclusividad y la carga simbólica y emocional de lo que para él significa la bicicleta; algo similar al trabajo del artista coreano, Seo Young Deok, que usa las cadenas de la bicicleta para ‘esculpir’ sobre el vacío de la juventud contemporánea. Mucho ha rodado la bici desde que Leonardo DaVinci, hizo un boceto de ella en 1490 en el *Codici Atlanticus*.

Libardo fue más ciclista urbano que recreativo, pero recuerda que en la vieja y renovada Panadera subió a Pance, a La Buitrera, a La Quisquina en la Palmira de sus ancestros; y alguna vez fue a Yumbo y unos amigos lo animaron y terminó yendo hasta el Lago Calima, una ruta para verdaderas ‘máquinas del pedal’. Y hasta con Biciarte, un grupo de activistas de izquierda de Univalle que se reúne los miércoles en las Canchas Panamericanas para hacer paseos nocturnos, hizo recorridos que ahora son su inspiración. La Flaca –otro apodo de la bici– también se transformó en medio



iBICI...BLE MENTE!

del proceso: después del accidente fue bicicleta estática, luego triciclo y, finalmente, inspiración y logo del emprendimiento con el que este luchador se gana el sustento para su familia. La bicicleta lo ha llevado a EE.UU., México, Ecuador, Argentina y a un sinnúmero de ciudades de Colombia. No montado en ella, sino trepado en cuanto objeto se le ocurre para ponerle su sello: una abstracción negra de la vieja Schwinn modelo 1947 que heredó de su abuelo. Todo.



JORGE ALBERTO MARTÍNEZ

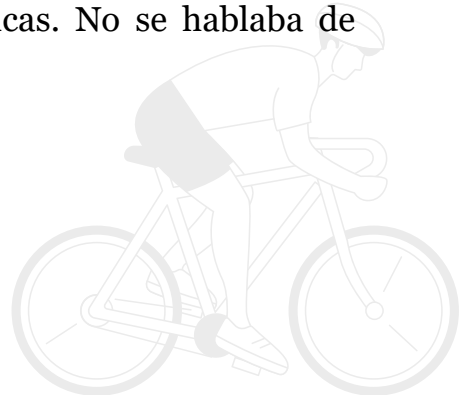
Murió en su bici arrollado por un vehículo

CUANDO LA MUERTE TAMBIÉN MADRUGA

*Decisiones, cada día, alguien pierde, alguien gana, ¡Ave María!
Decisiones, todo cuesta (persígnate). Salgan y hagan sus
apuestas, ciudadanía.*

Decisiones – Rubén Blades

Jorge Alberto Martínez era un hombre feliz. Tenía los dientes blancos, parejos y grandes. Y dos hijas. Era como popularmente se dice: un muelón. Pero un muelón bonito, recuerda Katherine Ocampo, una compañera en el Colegio Coomeva, que lo conoció por allá en la década del 80, cuando era el arquero titular de la selección de fútbol de ese plantel educativo en Pance y novio de Claudia Trisancho (q.e.p.d.) de la promo 88. No había un muchacho más carismático en el Torneo de colegios del sur de Cali (Pio XXII, Los Cedros, Lacordaire, Claret, Colombo Británico, Berchmans...) donde además de los trofeos los muchachos se disputaban el protagonismo con las chicas. No se hablaba de



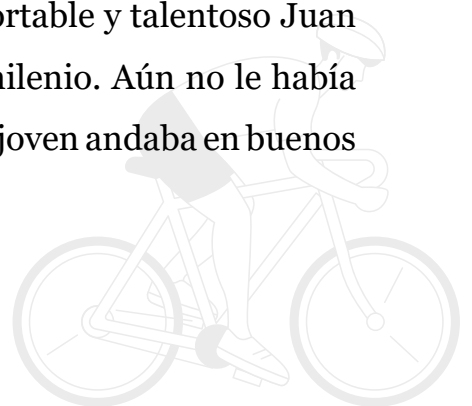
bullying o matoneo por aquellas calendas, pero su recocha era 'bastante seria' evoca el flaco Villa. Era un cansón de miedo que tenía algo que terminaba por encantar. Daba la sensación de estar sonriendo siempre. Sus ojos un poco achinados completaban el cuadro de un rostro fascinante y a veces enigmático, como de quien vive rápido porque morirá joven.

Lalo, Aníbal, Diego...todo el equipo lo quería. Yo también. Me regaló uno de sus buzos de arquero cuando ingresé como portero suplente del equipo, para ganarme un cupo en la selección del colegio, porque entre los delanteros había mucho crack y muy pocas posibilidades. Era tal el nivel del equipo, que al colegio fue a jugar la Selección de Colombia sub 20 dirigida por Luis Alfonso Marroquín y que integraban en 1985 jóvenes que hoy son leyenda: René Higuita, J.J. Tréllez, John Edison Castaño, Wilmar Cabrera, Pepe Romeiro, Jairo Ampudia y James Rodríguez (padre), entre otros. La plasticidad de Jorge en el arco fue apenas comparable con la elasticidad del espíritu que desplegaba en cada saludo, en cada comentario tras una jugada, tras una atajada, en cada despedida después de ese y de cualquier partido. Era un hombre atlético y un deportista consumado. Amante acérrimo del Deportivo Cali, hincha furibundo y hasta irritante con los rivales de patio, los americanos. El uniforme del colegio también era verdiblanco,

aunque se burlaba de los dos pinos emblemáticos de su escudo, pero cantaba con el corazón henchido el himno del cole: “Son dos pinos su emblema y bandera y es su lema enseñar a aprender...”

Se graduó de Economía en la Universidad San Buenaventura donde no abandonó ni el fútbol, ni esa propensión a recochar a los compañeros y encantar a las compañeras. Era una tendencia un poco suicida –en términos de socialización– seducir en broma a las novias de sus amigos, que comenzaba con una reconocida caballerosidad y una habilidad suprema para el baile, pues era amante de la salsa y un bailarín que conquistaba con los pies y con las graciosas ocurrencias de su cabeza. No era gran bebedor y con el trago su relación fue siempre distante, aunque cuando estaba muchacho cedía un poco a la presión social de sus amigos más vagos que se daban cita sobre todo en la Plaza Norte y en algunos bares de la Avenida Sexta. Heredó el apodo de una novia por lo que un grupo de amigos le decía: ‘pescado’. Todo el mundo, sin embargo, sólo le decía: Jorgito. Su simpatía era un imán.

Le gustaba la velocidad. Fue de los tantos colombianos que madrugaban a ver las carreras del insoportable y talentoso Juan Pablo Montoya a comienzos del nuevo milenio. Aún no le había picado del todo el bicho de la bicicleta. De joven andaba en buenos

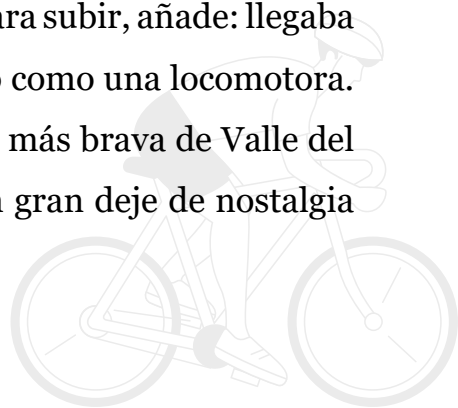


carros, pues su papá era gerente de un reconocido concesionario de la ciudad. No era un hombre ostentoso y su vanidad era apenas la de un muchacho ‘norteño’ que tuvo la posibilidad de estudiar sin las afugias propias de la mayoría y que comenzó gerenciando el primer almacén Jorge Arabia –el del centro–, propiedad de un libanés que vio en las telas la posibilidad de tejer un próspero negocio que en Cali se volvió tradición, pues fue pionero en confiar en el cliente y vender a crédito. Era un hombre solidario, como Jorge, que además era inquieto y emprendedor.

Su carismática personalidad no se quedaba sólo en agradar y hacer amigos o amigas, sino que se entretrejía con un liderazgo que también le resultaba innato, muy natural. Cuando sin temor alguno hacía una propuesta de trabajo o negocios, la seriedad era su compromiso y su palabra, una especie de documento notarial. Así lo demostró desde siempre, en el colegio, en la universidad, en el barrio, en el conjunto residencial, en el equipo de trabajo de la agencia de seguros o en su grupo de rodada en bicicleta. En cada lugar donde se hizo notar con un distintivo que no era altivez, tampoco vanidad, era una suficiencia basada en la confianza que nunca fue necesidad. En suma, unas infatigables ganas de hacerlo todo y bien, como si supiera que se iría temprano de este mundo, del plano terrenal de donde pareciera no haberse ido del todo para aquellos que lo conocieron y lo quisieron.

Hizo todos los recorridos posibles de los ciclistas aficionados en Cali y otros más de gran fondo. Su esposa, Angélica Franco, también salió en bicicleta con él, pero el cuidado de las dos pequeñas de a poco le fue quitando tiempo al pasatiempo. Era tal el compromiso de Jorge con la bici que si no salía iba al gimnasio y hacía spinning, que riñe con la filosofía del ciclismo: la libertad, pues se hace sobre una bicicleta estática. Cuando la lluvia arreciaba en invierno, se refugiaba en esta práctica que también tiene beneficios, pero constriñe el espíritu ante el encierro y un espejo. Recuerda Marco Antonio Arce, un amigo, compañero de rodada y vecino, que siempre salían muy temprano, a las 4:30 a.m. para estar en su casa de la Unidad Residencial Caramanta a las 6:30 a.m. y comenzar la jornada laboral. Rutas como La Vorágine, Pueblo Pance, Colinas de Miravalle o La Buitrera, las hacían de manera regular. Ya el kilómetro 18, Dapa o Guachinte o Mandivá, después de Santander de Quilichao, eran recorridos largos de fin de semana.

El ascenso no era la especialidad del viejo Jorge, recuerda “Tomatico” como es reconocido Marco en el gremio de los ciclistas aficionados. No era muy bueno para subir, añade: llegaba y cumplía, pero en el plan jalaba al grupo como una locomotora. Logró coronar el Alto del piojo, la subida más brava de Valle del Cauca, por el municipio de Vijes. Con un gran deje de nostalgia

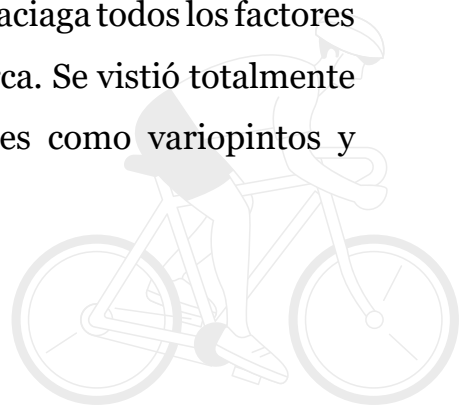


recuerda que hicieron el Gran fondo de Sura: Cali-Puente de tierra-Cali; que se entrenaron con un Cali-Pereira durísimo, y se regresaron en carro; él hizo la Ruta Colombia, que recorre de Cartagena a Barranquilla, con un sol y un viento demoledores; era un ciclista aficionado muy ‘profesional’, muy disciplinado y comprometido. Le gustaba más la bicicleta de ruta que la de montaña, pero las respetaba igual. Tal vez era por esa propensión a la velocidad, a vivir rápido, a exprimirle todos los minutos a las horas, todas las horas a los días. Esa lucha contrarreloj interna que se imponen en silencio todos los que en un recorrido arañan segundos que únicamente cuentan para cada quien y algún amigo gomoso. En una ruta que jamás es rutina, los tiempos se registran como inmensas victorias individuales en la competencia consigo mismo. Porque no es cuestión de ganarle a nadie, sino de desafiar los propios límites. Medallas y trofeos que sólo penden en el alma del ciclista aficionado.

La semana en la que murió Jorge, no se había podido salir mucho por la lluvia. Los caleños son flojos para el agua y cuando llueve la ciudad experimenta una suerte de parálisis social. No en vano en Cali no prosperó El Bogotazo. El 9 de abril de 1948 cayó un diluvio a las 2:00 p.m. que disipó la turba enardecida que alcanzó a saquear un par de ferreterías en el sector de Santa Librada, en nombre del inmolado caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán al

que le habían disparado a la 1:05 p.m. La pinarello Dogma 65.1 Think 2 881, negra, estuvo colgada en su garaje como esperando el desenlace luctuoso, hasta ese viernes fatal. Era el día de cumpleaños de Marco Antonio, su vecino, su amigo, su pana de bicicleta. Jorge preguntó por él en portería. Pero Tomatico no pudo salir ese día. Tenía una reunión con su jefe en Centro Empresa y el tiempo no le daba. No le avisó a Jorge porque ese día salieron muchos a rodar. No estaría solo. Los más prudentes dicen que el grupo era de unos 30 ciclistas, pero con los que fueron uniéndose en la vía alcanzó el medio centenar.

Eso fue el viernes 10 de mayo de 2019. Otro día de rodada normal. Otra madrugada como cualquiera. Sólo que a las 5:30 de la mañana en la vía Alfaguara-Miravalle, los primeros rayos del sol no se habían asomado del todo y la penumbra fue cómplice y testigo de una tragedia que pudo haber sido peor. Cerca de la portería de la Unidad Residencial Campestre Las Mercedes una Renault Koleos, que adelantaba a otro vehículo, embistió a Jorge de frente. Cuatro ciclistas se habían apartado del lote para buscar el ascenso y el hombre de la gran sonrisa había picado en punta. Ese día estaba volando. En aquella aurora aciaga todos los factores confluyeron para su encuentro con la parca. Se vistió totalmente de negro, aunque tenía tantos uniformes como variopintos y



visibles sus colores. No llevaba luces, sólo un casco con algunos visos rojos. El carro que lo embistió estaba en pico y placa y el conductor iba a alta velocidad para alcanzar a entrar a Cali. El grupo alcanzó a esquivarlo. Jorge no. Iba frenteando el corte. Luchó tres días por la vida en la Clínica Valle del Lili. Tenía el interior destrozado, la caña del sillín se le incrustó en el perineo; órganos estallados y múltiples fracturas en su cuerpo. No resistió.

Varias veces se rio de quienes le dijeron que cogiera seriedad o que dejará de andar en bici que era muy peligroso. A menudo decía que el peligro era estar vivo y que no se debe salir con miedo a rodar. También que la fuerza para montar en bicicleta no estaba en las piernas, sino en la voluntad de querer hacerlo. Es muy difícil, casi imposible explicar lo que significa montar en bici. Quien nunca ha rodado poniéndole el pecho a la brisa y a la vida, meditando sobre dos ruedas, no ha sentido en realidad la libertad y la paz. Para los que no entienden, ninguna explicación sería suficiente y para los que entienden ninguna es necesaria. Nada se parece tanto a la felicidad como esa sensación oculta de peligro y de miedo que impulsa a los ciclistas –tanto aficionados como profesionales– a acostarse muy temprano y a levantarse en la madrugada para enfrentar un deporte donde se es al tiempo el motor y el conductor, el chasis, la carrocería y el pasajero.

Tenía su propia Agencia de seguros y su propio grupo de ciclismo: Leñeros. Y negocios inmobiliarios. Por cuenta de los seguros de rigor su esposa e hijas quedaron con recursos suficientes para vivir sin él. Se radicaron en los Estados Unidos. Se negaron a hablar del episodio. La negación hace parte del proceso de aceptación, como hizo parte del momento aciago. Los amigos de rodada sólo pudieron asistir al velorio. El funeral fue un acto cerrado sólo para la familia. Nada de rituales con la bicicleta. Tal vez algo de oculto resentimiento. Nada compensa la pérdida de su esposo y padre. La magnitud de la tragedia aún no la dimensionan. Pudo haber sido mayor, una gran catástrofe con muchos muertos. Pero Jorge se adelantó a todos. Incluso se le adelantó a la vida con su prematura partida. Así son los líderes. Así también, los héroes anónimos.



